

LA DIVINA AVENTURA

POR

CATULLE MENDÈS
Y
RICHARD LESCLIDE

PARIS

E. DENTU, EDITOR

1881

DIVINE AVENTURE

PAR

CATULLE MENDÈS ET RICHARD LESCLIDE



PARIS

E. DENTU, ÉDITEUR

LIBRAIRE DE LA SOCIÉTÉ DES GENS DE LETTRES

PALAIS-ROYAL, 15-17-19, GALERIE D'ORLÉANS

—
1881

Tous droits réservés



LA DIVINA AVENTURA
CONFESIONES DEL CONDE DE CAGLIOSTRO
ESCRITAS POR ÉL MISMO
DESDE LA PRISIÓN DE SAN LÉO D'URBINO

LECTOR,

Quizás te asista el derecho de preguntarnos si estas Memorias son realmente auténticas.

Lo son.

O al menos no vemos razón alguna para que no lo sean, puesto que las circunstancias que relatan se adecuan a las costumbres reales y al carácter del ilustre conde de Cagliostro.

Acéptalas pues como la obra personal del Gran conde.

Además, si nos preguntas mediante que aventuras el manuscrito de estas Confesiones ha llegado a nuestras manos, serás castigado por la historia que te contaremos.

Una buena anciana, de nombre Lorenza, vivía todavía en Roma en 1849, en la época de la ocupación francesa. Vivía en una de esas callejuelas contiguas a San Bartolomé, en la isla Tiberiana. Todos los días soleados, – esos días son frecuentes en Roma, – la anciana salía de su casa y venía a sentarse a orillas del Tiber, sobre una pequeña silla que arrastraba consigo. Escuchaba el rumor de un barco de lavanderas vecino, y se regocijaba con los estallidos de risa de aquella juventud. El sol le calentaba la espalda, las risas le calentaban el corazón.

Nosotros también amábamos a las lavanderas. Ellas nos saludaban sin volverse, ajustando sobre sus cabellos despeinados sus pañuelos de cabeza. Nos plantábamos valientemente en las orillas del agua, sirviendo de blanco a sus chanzas, algunas veces a sus sonrisas. Los romanos aman los cumplidos en la cara; hubiese sido impertinente no hacerlo. La anciana se divertía con esos juegos galantes y alguna vez nos alentaba con buenas palabras. Hablaba bien, como una persona que ha visto mundo. Se decía que antaño había sido la esposa de un famoso mago; incluso se dedicaba a decir la buenaventura y vivía de su brujería.

Era una bruja benevolente; una hermosa anciana que había debido ser una bella joven. Nos prestaba con mucho gusto algunos centavos para comprar tabaco que ella esnifaba. Eso nos había hecho amigos.

Una tarde en la que se quejaba de una de sus piernas que no quería seguirla, le ofrecimos nuestro brazo y la acompañamos a su casa, bajo los bravos un poco burlones de las lavanderas que nos felicitaban por nuestra conquista. Las dejamos reír. Tuvimos el coraje infundido por nuestra caridad. Lorenza se conmovió. Nos dijo su nombre, nos

mostró cartas y papeles que tenía en un cajón. Eran curiosos. La buena anciana no sabía leer. Nos los entregó. Helos aquí.

LIBRO PRIMERO

LA ADOLESCENCIA DE UN INMORTAL

LIBRO PRIMERO

LA ADOLESCENCIA DE UN INMORTAL

I

Donde son relatadas las razones que me deciden a escribir mis memorias.

¿Qué acaba de referirme Frai Pancracio, mi carcelero y amigo? La Revolución francesa se alza, y el rey Luís ha sido decapitado por una máquina llamada “guillotina” que un médico francés dice haber inventado, aunque haya sido empleada hace mucho tiempo ya, en Roma concretamente, pues se lee en el relato del suplicio de los Cenci: «Cuando la señora Lucrecia se tendió sobre la plancha, el verdugo activó el resorte, y el filo cayó.»

¡Un pueblo libre y un rey asesinado, en tan pocos días! y yo, ¿qué hago aquí?

¿En qué sepulcro me han enterrado? En el momento en el que una voluntad suprema pone patas arriba Europa y la arroja a la aventura, yo me pudro entre cuatro paredes. Sin embargo, ¿no soy yo o mis seguidores quienes han preparado esta revolución? ¿Acaso no la he anunciado en mis profecías? ¿No he sido yo quien predijo tres años antes la caída de la Bastilla?

¡Ah! ¡Francia todavía sigue siendo el mejor país! Yo, el divino Cagliostro, ¡qué necesidad tuve de venir a Roma para caer como un imbécil bajo las garras de la Inquisición! Esos monjes me han torturado y humillado; me han hecho débil y cobarde con sus monstruosos interrogatorios.

Sin embargo, ¿qué puedo hacer?

Esperar. Me siento más fuerte, más ardiente que nunca. ¿Tengo cincuenta años? Apenas. Y además ¿qué digo? ¿Acaso no soy inmortal?

Para resignarse, para reservarse con provecho, hay que evitar la cólera, y cuando uno no puede olvidar hay que recurrir a los recuerdos. Eso hace que el tiempo pase más aprisa.- De ese modo contaré a Frai Pancracio esta extraña historia que arrastro tras de mí, desconocida, prodigiosa, oscura y deslumbrante a la vez. Sí, la escribiré y la leeré; eso nos divertirá a ambos. Pancracio me es fiel. Este espía, que se ha acercado a mí para venderme, se ha convertido en mi amigo. Me pertenece, pues lo he hecho Rosacruz y lo he convertido a la Luz.

Además, si me ocurriese alguna cosa, – nunca sabe uno a que atenerse con la santa Iglesia romana, – estos papeles serían una despedida para mi esposa, para esa pobre Lorenza que debe aburrirse bastante en el convento de Santa Apolonia. ¿Qué diantres puede hacer ella allí, ella, que en su vida no ha recitado ni un *Ave*? Sé que es charlatana y cotillea con su confesor y que ve de lejos, por las mañanas, al sacerdote que dice la misa. Algo es algo. Un convento es mejor que una prisión. ¡Oh, Dios mío! Yo lo afirmo y os ruego que reflexionéis en ello, ¡no he visto desde hace cuatro años más que la falda de la Virgen! ¡Ya se acabó el tiempo en el que daba el Beso de Paz a tantas hermosas Iniciadas! Cacemos esas quimeras amables y comencemos a escribir la Divina Aventura del conde de Cagliostro.

Por qué mi tío Tomas me metió en un convento en el que debía hacerme monje, y como me volví alquimista.

Pasé mi primera infancia en la ciudad de Medina, en Arabia, educado bajo el nombre de Acharat, nombre que conservé en mis viajes por África y Asia. Había vivido en el palacio del jeque Salahaym, con mi maestro Althotas...

¿A qué viene esta digresión? Por desgracia, así comenzaba la apología que hice aparecer en Francia después de que me hubiesen encarcelado en la Bastilla. Nadie se ha atrevido a refutarla, pero Pancraccio nunca querrá creer una palabra, ni Lorenza, ni yo... Es extremadamente difícil decir la auténtica verdad. Eso es casi imposible.

¡Tanto mejor! ¿No soy un hacedor de milagros?

Nací en Palermo, el 8 de junio de 1743, de una bonita morena, Felicia Braconieri, y de un vendedor ambulante llamado Pierre Balsamo.

Mi madre tenía unos grandes y dulces ojos y sabía bellas canciones; pero no he conservado ningún recuerdo de mi padre.

Por el contrario, me acuerdo de mi tío Tomas, que distribuía más bofetadas que bendiciones, y mi tío Cagliostro, que era mi padrino y del que he conservado el nombre.

No sé gran cosa más sobre mis inicios en la vida. Pasaba por ser un niño guapo, y como era perezoso, sucio, goloso, y ladrón en mis momentos de perdición, mi tío Tomás me destinó a la carrera eclesiástica.

Me ingresaron en el convento de San Roque, de Palermo, de donde me escapé escalando los muros; pero me capturaron y fui encerrado en el claustro de los Ben Fratelli, en Castelgironne, de donde no me escapé, aunque grandes eran mis ganas, porque las murallas eran muy altas y las puertas estaban bien cerradas. Todavía no tenía el don de realizar prodigios.

En Castelgironne la regla era muy estricta; había que ser sabio y comportarse como un santo; esta última condición me irritaba en gran manera.

Se me confió al boticario del convento, especie de anciano monje y médico, que me empleó en apilar drogas y a hacer mezclas. Pasaba mis días en su laboratorio, donde me encontraba más a gusto que en la iglesia y en el confesionario. Además, iba con él a cuidar a los enfermos fuera del convento. Eso rompía mi clausura y me procuraba algunas distracciones. Me gustaba estar con los febriles, me interesaba por los moribundos. Miraba con agrado a los fallecidos cara a cara, no considerándolos mala compañía. El reverendo padre, que no se enfadaba conmigo, me mostraba lo fuerte y lo débil de la ciencia, y de mi mismo. Me di cuenta pronto de que las buenas palabras que él murmuraba constituían más de la mitad de los remedios en sus curaciones.

Sí, comprendí desde entonces el poder del verbo humano; además, ayudaba algunas veces a morir a las personas y eso me proporcionó una especie de filosofía.

Pero el monje, – que fue mi auténtico Althotas, – no solamente era médico; hacía sus pinitos con la alquimia. Empleaba tardes, y a menudo noches, consultando gruesos y antiguos libros amarillentos que no me prohibía abrir. Al principio yo no comprendía nada. Sin embargo, me implicué con una singular pasión en los trabajos del viejo monje. Al lado de las retortas donde destilábamos las hierbas medicinales, casi siempre teníamos un crisol sobre un horno de fuelle, y esta última cocina no era de la que se encargaba el monje precisamente.

En realidad, como Althotas soplaba mucho y charlaba poco, nunca supe lo que buscaba; lo cual no me ha impedido más tarde manifestar a los hombres que yo lo había encontrado. Y los hombres me creyeron. Ahora bien, puesto que toda convicción sincera engendra una especie de realidad, es cierto que yo había encontrado en efecto algo.

¿Lo qué? Estaré dispuesto a contarlo.

Sin embargo, mientras me hacía médico y alquimista, también me convertía en un gran muchacho, y comenzaba a darme cuenta de ello.

III

Que trata de un nuevo modo de interpretar los libros sagrados.

A algunos pasos del convento vivía una hermosa muchacha llamada Rosaura; y me parecía que ese nombre, – pues había aprendido un poco de latín, – quería decir a la vez rosa, brisa y aurora.

Había un poco de todo eso en nuestra bonita vecina.

Ella se dejaba ver normalmente en su ventana. Cuando yo salía del convento con Althotas, no dejaba nunca de verla, y agradecía a Dios que le hubiese hecho amar el aire libre hasta ese punto. No hay que decir que la miraba con ojos muy encendidos. Por su parte, ella no era avara de sonrisas ni de guiños que me quemaban las vísceras, como se suele decir; todo eso daba mucho que pensar a mis dieciséis años de novicio.

Pero tenía una adolescencia tímida, con todo su descaro, y los cien pasos que me separaban de Rosaura me parecían infranqueables.

La hermosa muchacha acabó por acosar de tal modo mis pensamientos que sin duda cometí graves errores en nuestras mezclas farmacéuticas; el padre Timoteo, nuestro prior, habiendo tomado su medicina para la gota que padecía, a punto estuvo de fallecer, no de la enfermedad sino del remedio; para castigarme y corregir mi aturdimiento se me nombró lector en el refectorio, con ayuno obligado

Aunque la pitanza del convento era bastante mediocre, para mí fue toda una desazón ver a los hermanos darse grandes convites de sopa de cebollas y legumbres sazonadas con sal, mientras yo estaba reducido a pan seco y a agua pura. Tanto me abandonaba a mis sueños de amor que más de una vez me pareció verse formar en el humo de las soperas una imagen femenina que era la mismísima Rosaura, vestida con ese solo vapor.

Mi distracción dio lugar a escándalos que dieron mucho que hablar sin ser necesario.

Una vez, leía en nuestra mesa el capítulo de la Biblia que trata del Arca de Noe, y que seguramente es uno de los más interesantes de esta maravillosa historia...

«Y el Señor dijo a Noe: Quiero hacer una alianza contigo. Entrarás en el arca con tu esposa, tus hijos y las esposas de tus hijos. Toma un par de cada especie de seres vivientes que estén en la tierra o en el cielo; toma ante todo a Rosaura de Castelgironne, y ¡concédele el mejor lugar en tu arca! Es la más bella de las criaturas a las que tú harás entrar allí; la servirás de rodillas, y sus ojos te iluminarán durante todos los días de lluvia. Ve a buscarla; la encontrarás en su ventana, inclinada como una flor, con blancos hombros que se ven salir de su vestido de seda. La envolverás con cálidos ropajes, para que no se resfríe, pues va a haber humedad, y cuando el buen tiempo regrese, te enviaré mi arco iris para hacerle un cinturón...»

Se me dejó proseguir bastante tiempo, pues los monjes que comen escuchan con oídos muy distraídos las lecturas piadosas que se realizan en ese momento. Algunas palabras principales, percibidas confusamente en una historia que saben de memoria, les bastaban para seguir el hilo por la imaginación más que por el oído. No fue más que al cabo de un cuarto de hora cuando unos murmullos crecientes, risas apagadas me aludían; y fui terriblemente fustigado por el propio padre prior, temible devoto que, algunas veces tomaba por placer el lugar del hermano fustigador, y que, por añadidura, no me quería particularmente a causa de mis remedios.

En otra ocasión cometí una falta más grave. Empujado por no sé qué calor de la sangre, subí al púlpito de lectura con intenciones agresivas. Tenía a Rosaura en la cabeza y en las venas, y cuando abrí los evangelios situados ante mí, la percibí en el margen, graciosamente iluminada, en traje de visita, con un paje que llevaba la cola de su vestido. El libro la llamaba... no sé qué nombre. Pero ¡qué importaba! Yo la llamaba Rosaura. Fingiendo leer, la describía con entusiasmo a mis auditores, y, Dios me perdone, creo que les hablaba de sus brazos desnudos con los que yo había soñado la noche anterior.

Rosaura buscaba su hijo, un querubín que había perdido algunos días antes. Lo encontró en la iglesia, le regañó, quiso llevárselo, y se quedó estupefacta cuando el niño le respondió: «Mujer, ¿por qué me buscas?» Entonces yo me indigné ante tal respuesta a semejante madre! que declaré que en su lugar habría aplicado unas buenas bofetadas a ese impertinente. Rumores. Se me ordenó bajar. Me negué; afirmé haber leído el texto; confundí a la Virgen y a Rosaura en tal historia que no podía distinguir la una de la otra; se me tiró violentamente de mi vestido; lancé una patada al rostro del agresor que no era otro que el padre Timoteo; gritos, tumulto; fui arrojado al suelo, golpeado e introducido en un calabozo donde se me abandonó a mis pensamientos.

Jamás había estado sometido a semejante prueba. Tras algunas horas de rabia impotente, me quedé dormido. Cuando me desperté, en una atmósfera pesada, espesa y fría, en una humeada malsana, con un hambre devoradora, creía estar para siempre hundido en un *in-pace* y condenado a morir de privaciones.

Se contaban en el convento siniestras leyendas sobre monjes desaparecidos de repente, de los que nunca se había vuelto a hablar. El castigo me pareció desproporcionado a mi falta. Sin embargo el tiempo transcurría. Recorrí mi prisión; no encontraba más que un montón de paja podrida, con los restos de un grueso cántaro roto. Las horas me parecieron muy largas. Creía haber pasado dos o tres días en esa tumba, cuando unos pasos arrastrados y una luz rojiza me hicieron saber que venían hacia mí. Reconocí dos siniestros rostros, el hermano carcelero y el padre Timoteo. Este último tenía bajo su brazo el instrumento de suplicio, – un látigo formado por fuertes y hermosos nudos, – que acariciaba con complacencia. Me estremecí de cólera, y sentí en mis nervios una tensión formidable! Mi debilidad y mi desaliento habían dado paso a una enérgica resolución. Miraba a esos monstruos como si hubiesen venido a matarme y a sepultarme. Haciendo alarde en mi desesperación de una intrepidez de la que todavía me acuerdo, me puse a la defensiva. En los guiños de ojos de los recién llegados, pude deducir que al venir de la luz del exterior, los monjes estaban cegados por la oscuridad. Enseguida aproveché esa ventaja y tomé un enorme fragmento del cántaro, asestando un violento golpe en la coronilla del prior que cayó de espaldas. Me volví hacia el hermano carcelero que no era capaz de una gran resistencia. Tuvo miedo, me pidió clemencia de rodillas. Me apoderé de su manojito de llaves y salí, tras haber cerrado la puerta y dejado dentro a mis enemigos vencidos.

Tenía las llaves y conocía la casa. Precisamente era la hora en la que los hermanos estaban todos oficiando. Me hice pequeño, pasé desapercibido, disimulaba y evitaba encontrarme con alguien; finalmente llegué a la calle, aturdido de mi éxito, ¡sofocado por el aire libre! Rosaura estaba en su ventana, yo empujé su puerta siempre entreabierta, y un momento después me encontraba a sus pies.

IV

Me conduje muy mal, pero los demás no se comportaron mejor.

Ya no recuerdo lo que le dije a Rosaura. Hablaba atropelladamente. Las ideas se amontonaban en mi cabeza, las palabras en mis labios. Le di la impresión de ser un extravagante, un loco, un enamorado. Ella cerró su puerta, cerró su ventana, pero no cerró su corazón. Esa muchacha me salvó.

A decir verdad, aunque sin experiencia, me di cuenta que había exagerado un poco las cosas comparándola con la Virgen María. Pero si ella no tenía valor para el calendario, tenía grandes cualidades en los cara a cara profanos.

Como Rosaura no carecía de relaciones en el mundo, mis problemas no podían haber caído en mejores manos. Ella veía con frecuencia al cardenal C..., que la recibía a sus horas íntimas y le daba consejos. El excelente prelado, que se interesó en el escándalo que yo había provocado, se encargó de arreglar el asunto con el convento. Lo consiguió; además, me liberó de mis votos, me reconcilió con mi familia y prometió asegurar mi futuro, lo que hizo sin retardo, dándome, junto con veinte escudos, la orden de abandonar de inmediato Catelgirone. Creo que se había vuelto un poco celoso de mí, a causa de nuestra amiga común. En cuanto a Rosaura, me vio partir sin pena; yo era tan joven y tan apasionado que había acabado por encumbrarla con mi amor.

Cuando estuve de regreso en Palermo, no me quedaban más que tres escudos; alguna vez me había detenido en el camino, más bien en los cabarets que en las iglesias, y había visto menos vestidos de monjes que de señoritas.

Mi tío Cagliostro me abrió su puerta y no me escatimó consejos. Más para satisfacerlo que por inclinación, ingresé en un taller de pintura donde tomé lecciones de dibujo. En realidad no conseguí otra cosa que adquirir malos conocimientos. Se me enroló, sin tener necesidad de rogarme mucho, en una banda de tunantes que se dedicaban al pillaje en la ciudad y se hacían temer por las mujeres y burgueses que transitaban al anochecer. En estas compañías, aprendí a manejar la espada con habilidad, e hice mi noviciado de espadachín en unas disputas que podían haberme dejado tirado en la cuneta. Afortunadamente fui abandonado con unos rasguños. Se me enseñó a beber, y algunas casquivanas cuyo forro no era feo, acabaron la educación galante felizmente comenzada por Rosaura.

Debo hablar de una facultad singular de la que no sabría enorgullecerme, pues se la debo sobre todo a la naturaleza. Si hice algún progreso en el dibujo, mi mano adquirió una ligereza y destreza tales que imitaba sin esfuerzo las escrituras más complicadas, y eso con una perfección tan grande que no se podía distinguir mi copia del original. No medía todo el potencial de este talento que sólo era empleado al servicio de mis camaradas. ¿Cómo les iba a rechazar falsificar entradas de espectáculos, cuando no me costaban más que el tiempo invertido en realizarlas? Eso no perjudicaba en nada al director, que siempre tenía plazas vacantes. Además, mis amigos se comportaban bien; felices de entrar sin pagar, no insultaban a nadie y no silbaban las obras. Cuando un buen muchacho, mal mirado por un policía puntilloso que se molestaba con nuestros pecadillos, tenía necesidad de papeles o certificados, ¿no habría sido descortés por mi parte negarme? Yo no hacía daño a nadie. Confieso eso

libremente y francamente, pues jamás tuve la idea de falsificar billetes de banco, trabajo por lo demás bastante tedioso y muy difícil.

Se jugaba mucho en nuestros garitos, pero a mí no me gustaban ni las cartas ni los dados. Me repugnaba ser bastante hábil para ganar, y no tenía suficiente dinero para perder. El talento de algunos de nuestros compañeros me parecía peligroso, y sentía que sería mal asunto emularlo. Podría citar, y de los más rectos, muchos que han acabado en galeras.

Durante esos estudios, donde se alternaban estas distracciones, cumplí mis dieciocho años y me enamoré por segunda vez en mi vida.

Debería decir “por primera vez”, pues el sentimiento que me inspiraba Emilia era tan puro, aunque tan ardiente, que hasta apagaba el recuerdo de la embriaguez sensual en la que me había iniciado la conquista de Rosaura.

Emilia era mi prima y habíamos jugado juntos siendo niños. Ella volvió con su familia tras haber acabado su educación con las monjas del Rosario. La vi con estupefacción, casi con espanto, bella y orgullosa como una joven reina.

Esta italiana de dieciséis años era ya mujer hasta la punta de las uñas de los pies. Y tendiéndome su mano morena, diciéndome ¡Hola, primo!, me echó una mirada que hizo de mí su esclavo. Apenas pude impedir caer a sus rodillas.

Lo que me disgustó fue ver llegar a nuestra casa, al mismo tiempo que a Emilia, a uno de mis amigos, el caballero Trivulce. Creo que había visto en alguna ocasión a mi prima, de casualidad, en el locutorio del convento. Mi tío le permitió presentar sus respetos a la ex pensionista y el muy impúdico nos colmaba de visitas.

Al principio Emilia le puso buena cara, y yo creía tener un rival peligroso. Me equivocaba. Italiana, y en consecuencia dos veces mujer, a mi prima le encantaba ser cortejada, eso era todo; en realidad, solo le conmovían mis cuidados y mis ternuras. Su preferencia era más acusada a medida que pasaban los días, y yo miraba al caballero con gran compasión. Mas de una vez, yo había rogado a mi prima que me concediese una cita misteriosa por la noche; ella me pedía que esperase, sin decir si o no, pero con tal sonrisa, con tal mirada, que mi corazón era presa de palpitaciones.

Finalmente, un día me dijo lo siguiente:

–Eres un buen chico, Joseph, y estoy segura de que me quieres.

–¡Claro que te amo, Emilia!

–Ven esta noche al jardín, cuando todos duerman.

–¡Cielos!...¿A qué hora?

–A medianoche, ¿de acuerdo?

–¡Oh, Emilia!

–Hasta esta noche – me dijo desapareciendo.

¡Qué jornada! Una primera cita es algo muy bueno: fustiga la sangre y ejercita los nervios.

Llegó la noche. No toqué casi la cena, si bien mi tío Cagliostro me dijo:

–Pareces preocupado, Joseph.

–No, tío.

–Encerrado en mi cuarto, escuché diez campanadas, once, once y media, once y tres cuartos. Bajé al jardín a paso de lobo y me oculté en un parterre que flanqueaba la avenida que se alejaba de la casa. ¡Sonaron las doce! Transcurrieron algunos minutos. En la profunda oscuridad, distinguí una forma ligera que avanzaba hacia mí, bañada con una luminosa blancura, y comprendí porque la noche era tan negra: todas las claridades dispersas habían convergido en mi prima.

–¿Eres tú, Joseph?

–Sí, prima, soy yo.

No puede decir más. Mi voz moría en mi garganta. Emilia tomó mi brazo y caminamos por la oscura avenida. Yo, tan valiente con Rosaura, no sabía que decir a este ángel.

Tenía ganas y miedo de tomarla entre mis brazos y cubrirla de caricias. Temblaba mientras estos locos pensamientos me pasaban por la cabeza. Finalmente, como impacientada por mi silencio, Emilia se decidió a hablar.

–¡Querido Joseph!– dijo...

Me estremecí deliciosamente. Ella continuó:

–Estamos solos, ¿verdad? Acércate a mí, más aún, y escucha mi secreto.... Joseph, ¡tengo un amante!

–¿Tú?... ¿Tú, Emilia?... ¡un amante!

–Desde luego – dijo ella;– ¿acaso no me crees? Se trata de Trivulce.

–¡Trivulce! ¡Ah! entiendo. Es un amante, de acuerdo, y yo soy otro también. ¿Y el hermano Peppo, que viene a pedir limosna todos los sábados y que se te declara, es tu amante también? Así hacen tres.

–¿Estás delirando?– me dijo.– ¿Me tomas por una chiquilla? El caballero es mi amante; tú debes saber lo que quiere decir esa palabra. Si te confieso esto es porque contamos contigo para que nos ayudes en nuestros amoríos...

Podéis concebir mi estupefacción y mi desesperación. ¿Qué podía responder? No lo sabía. Sentí de repente algo que me cayó en la cabeza.

Era un bastonazo. Fue seguido de otro, luego otro más, y otro, hasta que mi tío, reconociendo mi voz, se detuvo súbitamente para decirme:

–¡Cómo! ¿eres tú, Joseph?

Emilia había huido.

–¿Qué diantres haces aquí?– continuó el buen hombre estupefacto. Te tomaba por Trivulce que, según me han contado, viene por la noche a dar la serenata a mi hija. Es la hora y el momento de hablar con tu prima. Tú la ves todo el día y puedes hablarle en todos los rincones. ¿A qué vienen tantos cuchicheos? ¿Acaso la amas? Eso me agradaría sobremanera. He pensado más de veinte veces en que contrajeseis matrimonio.

–¡Ah! tío, ¡qué bastón más espantoso!

–Lo había elegido para la ocasión.

–Me ha roto algo.

–Tal vez.

–¡Oh!

–Sí, te he hecho daño, lo comprendo. Ve a acostarte, no es el momento de hablar de negocios. Mañana ya hablaremos. Ahora no quiero.

–Yo tampoco, tío.

¡Oh, no! No era ese el momento de hablar de negocios. Es imposible describir la noche que pasé. Mordía mis sábanas, despedazaba el cabezal, emitía gritos absurdos, tenía ganas de levantarme y asesinar a Trivulce. Simplemente para tranquilizarme. Matar a alguien, sobre todo a Trivulce, me hubiese sido de gran consuelo. Tan era así que me quedé dormido de madrugada, agotado. Me desperté muy tarde y no bajé hasta que se puso el sol.

Mi tío sonreía con aire animado; Emilia bajaba los ojos y parecía muy interesada en la costura que tenía entre sus manos. Yo tenía un aspecto bastante penoso, como es natural.

–¡Eh! Puedes besarla, – dijo mi tío con una buena carcajada. – Vamos muchacha, déjate besar. ¡Le debes una indemnización por lo que pasó ayer noche!

Lo confieso humildemente; al recibir la autorización de besar a mi prima no pensé en otra cosa, excepto en el placer que iba a sentir.

Me acerqué. Ella me miró, asombrada, pero no se opuso a los besos que deposité sobre sus mejillas.

Hecho eso, mi tío juzgó de buen gusto dejarnos solos, y salió frotándose las manos.

Emilia se levantó rápidamente, me arrastró hacia una ventana para leer en mis ojos, y me dijo alegremente:

–¡Ah! ¡qué bueno eres! ¡Has dejado creer a mi padre que querías casarte conmigo, para desviar las sospechas que tiene sobre Trivulce!

Continuemos diciendo la verdad; pongamos al desnudo las vilezas de mi corazón. Bajo la mirada de esa criatura tan seductora, había olvidado la cruel confesión que me había hecho la víspera, y le respondí:

–En realidad, yo quiero casarme contigo.

–¡Eso es imposible!

–¿No me quieres ni un poquito?

–Sí, tanto como quieras, como una hermana, como una prima. Pero una no se casa con quien ha jugado de pequeña. ¿Ya no te acuerdas?

Enrojecí con esa alusión a los juegos de nuestra primera infancia. Es cierto que en otros tiempos yo había representado en más de una ocasión al “maestro de escuela” y corregido a la pequeña niña de un modo indiscreto y completamente íntimo. Pero eso no impide amarse. Al contrario. En una palabra, yo hubiese tomado a la ingrata por esposa en ese mismo instante, por poco que ella hubiese querido responder por su futura fidelidad, – e incluso sin eso.

No me permitió tener ni la más mínima esperanza.

–Dejémonos de locuras – dijo – estoy comprometida con Trivulce desde hace más de un año. Me ha escrito, me ha hablado, nos hemos amado; seré la Señora de Trivulce dese el momento que nuestros padres lo permitan. Mientras esperamos, contamos con vernos lo más a menudo posible, y, gracias a ti, no será difícil.

–¡Gracias a mí!

–Sí. Mi padre, al creer que quieres ser mi esposo, me dejará libre; además, tú le dirás que Trivulce es tu amigo, que tienes que verle en casa todos los días, por la noche también. ¿Entiendes? ¡Ah, querido Joseph! ¡Cómo te bendeciremos, Trivulce y yo!

–Prima, ¿qué papel quieres hacerme representar?

–El de nuestro protector, de nuestro ángel de la guarda. Mi querido Joseph, no te niegues. Te querré mucho, te besaré. ¿Quieres?

Jamás he sabido la cantidad de demonios que pueden existir en la más angélica de las mujeres, pero es cierto que ahí están. Emilia se había sentado sobre mis rodillas; sus ojos fulguraban con llamas que ya había visto anteriormente en la mirada de Rosaura. Le hice los juramentos que me dictó; pareció completamente satisfecha, y yo, cobardemente, también lo estaba. Fue ese día cuando advertí que el cuello de mi prima tenía un olor muy pronunciado a clavel quemado por el sol.

Esa misma noche, Trivulce vino a visitarnos, con aire respetuoso y discreto del cual yo comprendía, mejor que la víspera, su cruel significado.

Besó la mano de Emilia a la francesa, y se mostró más cariñoso que de costumbre. Fue un error. Mi tío, que ya sospechaba, – se acordó del garrote destinado a Trivulce y que yo había padecido, – mi tío no vio sin irritación las galanterías del caballero, y le indicó claramente que se fuera de buenos modos y definitivamente.

Una hora después, Emilia vino a buscarme a mi cuarto.

–Joseph, – me dijo, –¿es así como cumples tus promesas? ¿Por qué no has defendido al caballero antes?

–Por desgracia, – respondí – es que he cometido la tontería de amarte.

–Sí, sí, ya lo sé. Escucha, aquí tengo una carta; se la llevarás a Trivulce.

–¡Oh, prima!

–¿Por qué no? Si me amas, debes amar estar a mi servicio.

–De acuerdo, lo haré, pero no por nada.

–¿Qué quieres a cambio?

–Un beso por cada carta que me encargues.

–Pero, Joseph, sin duda escribiré muchas cartas!

–¡Ah! ¡muchas, pero no bastantes!

No recuerdo lo que respondió mi prima; pero creo recordar que, cuando se retiró yo había recibido por adelantado el precio de un gran número de recados.

Así que fui el mensajero de los dos enamorados. Desde que salí de la casa de mi tío, estaba seguro de encontrarme con el caballero emboscado a alguna distancia y esperándome con ansiedad. Realmente estaba muy prendado. Pasábamos nuestras veladas juntos. Jamás se hartaba de hablar de Emilia. Por otra parte, con Emilia, yo esperaba hablar de Trivulce. Él me decía lo bella que era; ella me decía lo apuesto que él era. Trivulce me colmaba de regalos y me prestaba dinero; yo aceptaba todo de buen grado. Como teníamos la misma talla, yo ponía sus trajes que me sentaban muy bien, y algunas veces olvidaba devolvérselos. Eso complacía a Emilia y le hacía ilusión. Trivulce tenía la costumbre de perfumarse de ámbar, sin exceso y de un modo galante; cuando yo llevaba puesto uno de sus trajes y en el que mi prima reconocía el olor, me besaba con más placer. Realmente había acabado por interesarme en esos amores que me hacían la vida encantadora. Les permitía encontrarse por las noches en el jardín, pero en raras ocasiones, y eso les costaba caro. No los abandonaba en esas ocasiones, pues me consideraba el guardián del honor de la familia. Sin embargo los asuntos no se arreglaban; la época fijada por mi tío para mi boda con Emilia se acercaba y, por otra parte, los padres del caballero, cuyas riquezas habrían sin duda modificado la decisión del tío, resistían a todas las súplicas de Trivulce y amenazaban con hacerle encerrar. Más o menos desesperado, el pobre muchacho decidió huir, y su elocuencia fue tal que mi prima se dedicó a acompañarle.

Ni pidieron mi consentimiento, pues ni Trivulce ni Emilia hablaban de llevarme con ellos. Su ingratitud me afectó penosamente. Al principio me opuse a su huida de un modo absoluto. No puedo decir lo que le costó a Trivulce convencerme, pues se me creería interesado. Todos sus esfuerzos no hubiesen bastado si Emilia no hubiese mediado. Desde el primer momento en el que yo me sacrificaba por mi rival, ella había podido apreciar mi cariño apasionado, mi devoción absoluta. Ella ya no me regateaba besos. Nuestra amistad había llegado a tal grado de confianza que no teníamos nada que rechazarnos el uno al otro.

Cuando la vi llorar de pena por abandonarme, y cuando me permitió detener sus sollozos sobre sus labios, me decidí a dejarla partir. Me juró que jamás me olvidaría, y sin quererme anticipar a los acontecimientos, declaré que ella tenía palabra.

Mi tío quedó muy apenado por este suceso del que quiso injustamente hacerme responsable. Me reprochaba no haber vigilado a mi novia lo suficientemente cerca. Sin embargo, la pena profunda que me causaba la lejanía de Emilia acabó por acercarnos. Aprovechaba para defender la causa de los fugitivos que me daban noticias de vez en cuando. Los abuelos de Trivulce fueron los primeros en rendirse y vinieron a ver a mi tío que, finalmente, se dobló. Con un perdón general terminó esta historia, y los dos

amantes proclamaron que me debían su felicidad. Hay que reconocer que no tenía nada que perder.

Siento que me convierto en un dios.

Fue después de la boda de mi prima cuando se despertó en mí la pasión por los viajes, afición que jamás me ha abandonado y que tan insuficientemente satisfago en el patio de esta prisión. Pero no podía pensar en viajar en la mediocre situación en la que me encontraba. El mundo me parecía una conquista que se me debía; uno no parte a la guerra sin municiones, es decir sin dinero. Toda mi actividad, a través de mis ocupaciones y mis debilidades, no tendía a otra cosa que a encontrar los medios de entrar en campaña.

Tenía que desbrozar y sementar el campo inmenso de la estupidez humana, y era un hombre con tendencia a recoger dos cosechas en una. No es que no tuviese escrúpulos y principios; pero, admitiendo que el hecho de apropiarse del dinero de los demás es un robo, el tributo que los imbéciles pagan a las gentes de talento es un simple canon.

Palermo era un teatro demasiado estrecho para que pudiese desplegar en él mis talentos. Además me había forjado una muy mala reputación. Gozaba de gran popularidad entre los bribones de la ciudad, pero incluso esta popularidad no me permitía codearme con las personas de la buena sociedad, y me veía obligado, al no poder vivir solo, a frecuentar a gente a la que no habría confiado mi bolsa aunque tuviese una.

Había entablado amistad en el cabaret, creo, con un vendedor de falsos remedios, muy conocido en la ciudad, que elaboraba hermosas recetas. Yo lo ayudaba en sus manipulaciones, un poco por mi atracción hacia la química, mucho por una fantasía amorosa que me inspiraba una hermosa muchacha llamada Fiorella, la cual actuaba en las ferias a las que acudía el charlatán.

Era una joven rubia, delgada y bien dispuesta, con grandes ojos azules tan cambiantes como el cielo. Tenía modales extrañamente provocadores, tanto a fuerza de languidez, como mediante bruscos sobresaltos; nerviosa y fantástica, llena de caprichos, era imposible saber su última palabra. Lloraba por nada, reía por menos aún, y lo que me sorprendía era que reía a menudo cuando tenía que llorar y lloraba cuando tenía que reír. Siempre había un suspiro en sus sonrisas, un arco iris en sus lágrimas. Además era virtuosa, – según afirmaba.

Sin responder de su virtud, puedo asegurar que bailaba muy bien sobre la cuerda y que tenía unas hermosas piernas. En una palabra, un sujeto precioso. Se prodigaba en melindres, cantaba, tragaba sables, pero no demasiado grandes, pues tenía una boca pequeña. Además, con muy mala cabeza, había días en los que no se podía hacer nada. Rechazaba actuar sin decir por qué, e iba a pasearse a la hora de la representación. Se le imponía una sanción; la pagaba, pero no consentía en subir al escenario hasta que se le devolviese el dinero. Más de una vez se obstinó, a pesar del desenlace escrito en el guión, a querer casar a Pancracio o a Casandra al final de la obra. No venía a cuento. Arrojava su zapatilla a la cabeza del público cuando este no estaba contento. La detuvieron más de una vez para conducirla ante el juez; lo llevaba a cenar con ella, y en los postres enviaba a buscar a la esposa del juez para delatar al delincuente. Un día de tormenta, – era uno de sus días malos,– un policía mal educado se atrevió a silbarle porque ella se había interrumpido en el momento más interesante de la comedia para comprar una sandía a un vendedor que pasaba por allí. Arrojó la sandía a la cabeza del impertinente, y, como este la amenazaba, tomó la espada del apuesto Leandro y corrió

tras el policía que ni tuvo tiempo de defenderse. Le propinó un sablazo entre las costillas que le procuró muchos honores en la ciudad. Pero, después de esa bonita explosión, se tambaleó, se encontró mal y tuve que tomarla en mis brazos para llevarla al camerino del teatro.

Yo me había convertido en el responsable de la tienda, o de la barraca, a base de seguirlos de feria en feria, y como consecuencia de mi colaboración en los trabajos científicos del vendedor de placebos.

Fiorella me lo agradeció con mucha efusión, y nuestra amistad data de ese día.

Ella, que no escuchaba a nadie, me atendía un poco. Yo no tenía que temer de sus rigores, ni complacerme de sus atenciones. No tenía ninguna dificultad para cenar en el cabaret o en pasar jornadas en el campo conmigo. Rodábamos por la hierba, diciendo mil locuras, y cuando mostraba un poco de más su media blanca, exclamaba: ¡Tanto peor! Tras nuestro regreso a Palermo, extremadamente melancólicos, íbamos a visitar algún cementerio. O bien nos íbamos al baile. Cuando estábamos separados por los bailarines, a veces me enviaba un beso con sus dedos.

–¡Pues bien! Ese es mi amante! – dijo un día a un burgués escandalizado por esa cariñosa maniobra.

Tras el baile, yo la acompañaba a su casa y le pedía que me explicara lo que había dicho.

–Dije que eras mi amante – respondió – para que los demás no se me pongan pesados. ¿Por qué te interesa eso? ¿Acaso quieres ser mi amante?

–¡No pienso en otra cosa! – respondí con sinceridad violenta.

–En ese caso, –dijo con un asombro que no era fingido –¿por qué no me lo has dicho?

–¡Pero si te lo he dicho mil veces!

–Es cierto. No prestaba atención. Es la costumbre de representar comedias. ¿Así que me amas, mi pobre Joseph?

–¿Y tú? ¿No me quieres, Fiorella?

–No lo sé. Tal vez. Me parece que sí cuando me miras. Veamos, mírame sin decir nada. Veré si te amo de verdad.

Nos miramos un buen rato y yo trataba de leer el enigma que se ocultaba tras el azul de sus ojos. Ese azul producía vértigo, y no pude, de entrada, soportar su fulgor. Pero de pronto se veló lentamente bajo la caricia con la que yo la envolvía.

Sentí despertar en mi mil sentimientos confusos que traduje en la adorable charla del amor. La había enlazado poco a poco con mis brazos, y nuestros rostros se tocaban. Su pecho chocaba con el mío; su respiración era intensa. No oponía ninguna resistencia, y se dejaba mecer como una muñeca; pero yo no obtenía de ella ninguna respuesta; no parecía entenderme; sus ojos fatigados se cerraban lentamente. La atraje hacia mí, y, a falta de otra respuesta quise saber si sus labios se separaban de los míos. No. Solamente se durmió.

Me quedé estupefacto no sabiendo que creer, no sabiendo que suponer. ¿De dónde me provenía ese extraño poder de cerrarle los ojos bajo la fuerza de mi mirada?

Estreché a Fiorella en mis brazos, muy indeciso sobre lo que debía hacer. Mis caricias parecían aumentar su aturdimiento. La tumbé sobre un sofá; ella pareció experimentar una especie de alivio cuando la dejé. Profundos suspiros se escaparon de sus labios; desabroché su blusa para que respirase con más facilidad. Sin embargo, al cabo de media hora, salió de su desvanecimiento, tras haberme hecho pasar por todo tipo de angustias. Parecía regresar del otro mundo; sus ojos estaban repletos de visiones moribundas.

–Querido ángel, – le dije – ¿me reconoces? Soy Joseph, tu amigo. ¿Qué te ha ocurrido?

–No lo sé, – dijo, – he perdido el conocimiento; no me mires más como has hecho, es peligroso. Tus ojos me entran en el alma y me causan un voluptuoso dolor. Todo se desvanece y ya nada veo; – ¡y cuántas cosas he soñado de las que no me acuerdo!

Estaba inquieta, fatigada, nerviosa, y no quise llevar más lejos un interrogatorio que no era de su agrado. Pero, a partir de ese día, se estableció entre nosotros una intimidad más estrecha, y aunque se convirtió en mi amante, sentía que yo era realmente su dueño.

Yo no dejaba de estar perdidamente enamorado. Incluso llegué a pensar seriamente en esposarla. Solo una cosa me detenía; no poseía ni un centavo, y para hacer feliz a una criatura que merecía serlo, me hubiesen hecho falta todas las riquezas y todos los reconocimientos que pasaban por mi mente.

Esas ambiciosas ideas desembocaron en una imaginación cuyos resultados fueron singularmente terribles.

En Palermo era de notoriedad pública que la duquesa de P..., una de las más grandes damas de Sicilia, había tomado los hábitos a raíz de la pérdida de una hija que unos judíos habían secuestrado. Se afirmaba que las personas de esa maldita raza se dedicaban a operaciones de magia para las que necesitaban la sangre de un inocente. Ahíta de dolor, la pobre madre había pronunciado votos eternos y se había refugiado en la paz del claustro. Se había convertido en la abadesa de las Damas-Nobles de Santa Rosalía, casa en la que no se recibía más que a personas de noble cuna.

Más de una vez pensaba en esta historia, mirando a mi querida Fiorella. ¿Por qué? No lo tenía muy claro al principio. Pero es cierto que pensaba al mismo tiempo en lo que la joven bailarina me contaba a menudo de sus primeros años. Ella había vivido, durmiendo bajo las estrellas, comiendo al borde de las cunetas, en medio de un grupo de bohemios; abandonó a sus dueños el día en que comenzaron a mostrarse galantes. Ahora bien, su tez casi nacarada no permitía asignarle un origen gitano. Fiorella debía ser alguna niña sustraída a una gran familia italiana; y de lo que no podía dudar, era de la distinción de sus rasgos, de la aristocrática elegancia de sus menores movimientos. Yo le había predicho que un día se despertaría princesa, y nos divertíamos muchos con esas ensoñaciones.

El hecho es que Fiorella llegó un día muy emocionada. Había ido al convento de Santa Rosalía, donde las religiosas la habían recibido con efusión. La reverenda madre abadesa, particularmente, le había hecho mil carantoñas, besándola a cada minuto y gozando en hacerla charlar.

Fiorella tuvo que contar las aventuras de su juventud errante, y también sus amores. Se la regañó un poco, pero riendo mucho e invitándola a licores y viandas. Cuando preguntó a que se debía tanto honor, una religiosa respondió que el buen Dios, que se apiada de las debilidades humanas, no prohibía las distracciones a sus hijas, y que las monjas habían estado muy contentas de ver de cerca a una artista con la que todo Palermo se había regocijado. Es cierto que el régimen de los conventos en aquel tiempo, no proscribía los divertimentos mundanos; había en la ciudad unos locutorios tan frecuentados que eran casi salones, y más de una abadesa tenía su día de recepción a donde se apresuraban a acudir las personas de toda ralea. Recuerdo haber visto a una bernardina mantener un cara a cara muy galantemente con dos o tres casquivanas y a algunos bellos espíritus, abanicándose donde estaba pintado, es cierto, un Descendente de la Cruz; además, algunas veces interrumpía la charla para recitar su rosario. No había pues nada de sorprendente en que Fiorella hubiese sido enviada a buscar por las rosalianas. Sin embargo se mostró preocupada contándome su aventura. Pensaba que

tanta afabilidad debía ocultar algún secreto o alguna trampa, en tanto en cuanto se le había recomendado que no dejase de llevar, al día siguiente, unas cartas, unos papeles de familia y otros objetos, que debía guardar ella en un cofre entre sus vestidos de teatro.

–¿Qué piensas de esto? – dijo mi bella amiga. – La abadesa debe estar un poco loca, pues yo no tengo papeles de familia.

–¡Eh! ¿quién sabe? – respondí; tú no tienes papeles en regla, sin duda, puesto que has nacido, mi hermosa rosa, sobre la primera eglantina surgida. Pero yo sé de un recuerdo que en efecto se encuentra en el fondo de tu maleta, un paquete de papeles amarillentos.

–¡Bueno! Canciones, escenarios de pantomimas y tarjetas de amor.

–¡No importa! Puesto que la duquesa de P... tiene el capricho de ver tus papeles, enséñaselos; te ha tomado cariño, y es una persona influyente.

–Como quieras – dijo.

A la mañana del día siguiente, en el momento en el que iba a partir para visitar a su protectora, la besé ampliamente, amorosamente.

–Mi querida alma, – le dije – si por alguna circunstancias, te convirtieses en una gran dama, ¿qué harías de mí?

–¡Me casaría contigo!– dijo.

Me sentí muy dichoso, y esperé con confianza lo que no debía tardar en ocurrir.

Es hora de decir que había concebido el proyecto de entregar a la abadesa de Santa Rosalía a la hija perdida, llorada desde hacía tanto tiempo, y, al mismo tiempo, asegurar a mi amada y a mi mismo una considerable fortuna. ¿Qué mal había en eso? Ninguno. La Reverenda buscaba una hija, y, aunque Fiorella no buscase madre, podía muy bien acomodarse a aquella que yo le destinaba. En cuanto a los medios imaginados para el futuro, no eran muy complicados. Yo había hecho llegar a la superiora una carta misteriosa designando a la pequeña actriz como la hija que ella lloraba. La carta no afirmaba nada de un modo absoluto; solamente comprometía a la noble dama a procurarse pruebas que se encontrarían, *tal vez*, en un gran baúl, en el que Fiorella tenía por costumbre guardar sus vestidos de comedianta. Ahora bien, yo estaba muy seguro de que encontraría esas pruebas en el cofre, puesto que yo las había puesto allí. Entre otros legajos, había una confesión escrita; en el momento de morir, la vieja judía que había secuestrado a la niña, se había arrepentido. Además yo había añadido aquí y allá, en otros papeles, circunstancias, nombres que debían procurar a la abadesa una convicción tanto más ardiente que no dudaría en absoluto de su autenticidad. Habría podido meter a Fiorella en el secreto; pero los papeles que mejor se representan son los que uno juzga con naturalidad. Contaba yo también con la llamada de la sangre que lleva a toda madre a amar a sus hijos, y todo hijo a amar a su madre.

Por la noche, Fiorella no apareció en el teatro; el empresario recibió una suma muy grande, acompañada de una nota donde se decía que no volvería a ver nunca más a la muchacha; una pequeña tarjeta anónima, traída por una monja, me invitaba a pasar por el convento al día siguiente.

¡Así que había triunfado! Fiorella ya no era la pobre bailarina que antaño mostraba sus piernas sobre la cuerda tendida; era la hija de la opulenta duquesa de P... Y yo ya no sería el pequeño bribonzuelo, arrancando de aquí y de allá algunas piastras al azar de los garitos, sino un rico señor, marido de una hermosa mujer de sociedad, que daría limosna por las calles con gesto orgulloso a sus compañeros de antaño.

Fui recibido por la propia reverenda abadesa. Estaba seria y radiante a la vez. Me habló de Fiorella sin ningún rencor, pero muy seriamente. Siendo sabedora, – decía – de mi amor por su hija, sabía también que ese cariño no había sobrepasado los límites

de una casta inclinación; – evidentemente no me correspondía desmentirla; – ella sabía la intensidad de mi devoción y mi respecto, por lo que me recompensaría dignamente. Pero tenía que renunciar a toda esperanza, a toda idea de acercamiento. Un pobre diablo como yo no podría obtener – debía comprenderlo – la mano de la heredera más rica de Sicilia. Fiorella, además, se había resignado a pasar su vida en la santa casa que su madre gobernaba; ella sería allí reina y dueña, y buscaría allí su salvación, pasablemente comprometida por los errores de su juventud.

Es fácil imaginar cual fue mi desesperación. Queriendo buscar lo mejor para ambos, no solamente me había buscado mi desgracia, sino también la de la pobre Fiorella, que, desde luego, no permanecería en el convento por su voluntad. Debía estar sufriendo tanto como yo sufría, y sentí mi corazón romperse con la idea de que había condenado a mi amiga a toda una vida de lamentos y angustias.

Quise protestar; incluso quise confesar la superchería que había cometido a riesgo de ser enviado a galeras. Pero la duquesa tenía un modo de mirar a la gente que congelaba las palabras en la boca. Pertenecía a esa raza de patricios que solucionan rápidamente las situaciones embarazosas y sus asuntos de familia mediante un golpe de estilete o con un vaso de malvavisco en una sutil mezcla. Una lucha al descubierto con semejante adversario me pareció imposible. Me retiré saludando inclinándome, aturdido, subyugado y humillado por una bolsa de cien ducados que la digna Reverenda me deslizó en la mano. Al principio tuve ganas de arrojársela al rostro. Resistí ese despreciable movimiento y me prometí emplear ese dinero en reconquistar al ángel que había perdido.

¿Cómo? Los primeros días me devanaba los sesos; esperaba una inspiración, una opinión, algo. Conocía a Fiorella. Admitiendo que hubiese sido seducida durante algunas horas, su naturaleza libre se despertaría pronto en su violencia y sacudiría los obstáculos.

Pero los días pasaron sin tener ningún atisbo de esperanza.

Todo lo que supe, según los rumores que circulaban por Palermo, fue que se estaban produciendo revoluciones interiores en el convento de las Damas Nobles, y que una novicia a punto de tomar los votos pronto, ocasionaba insólitas resistencias. Se conocen los medios invencibles que poseen las monjas para doblegar bajo la obediencia a las ovejas negras rebeldes a la voz del Señor. ¡Fiorella! Mi pobre Fiorella! ¡Y fui yo quien la había empujado a esa celda en la que iba a desaparecer para siempre!

Me convertí en *mezzo-matto*, como se dice entre nosotros, Corrí el riesgo de ser detenido por un policía avisado, pues no es recomendable merodear cerca los conventos por el día. También pasaba mis jornadas errando por los campos, combinando proyectos temerarios donde el incendio figuraba entre las invenciones más dulces. Pero, llegada la noche, me sentaba bajo los grandes árboles de un paseo que flanqueaba los muros de Santa Rosalía, y esperaba, con ardiente atención, los menores ruidos que se escapaban del monasterio, lúgubre como un sepulcro. A veces cantos lejanos me enviaban vagas oleadas de armonía. Entonces unas nubes pasaban ante mi mirada; imágenes indecisas se esbozaban en esos rumores. Fiorella se me aparecía, pálida, despeinada, en largos hábitos religiosos que la cubrían como un sudario... ¡Oh, mi seductora bailarina!, – que saltaba, con la risa en los labios y la alegría en los ojos, el amor por todas partes, en un vuelo de faldas donde oscilaban los flecos, ¿en qué se había convertido? ¿Se iba a consumir esa juventud, esa luz, esa embriaguez, ese amor? La Fiorella que yo veía ahora tenía la mirada fija y salvaje; se debatía contra una implacable tiranía, y con sus brazos extendidos hacia mí, parecían pedirme auxilio. Yo la veía, – sobre todo la vi una noche, – y no perdí ni uno solo de sus gestos. La abadesa estaba inclinada hacia ella, dominándola con sus grandes ojos fríos, y la delicada

criatura, arrodillada, se retorció las manos, bajaba la frente, pedía clemencia, llorando y suplicando...

—¡Fiorella!— exclamé yo — ¡No te escucha! Esa religiosa es de mármol como lo será su efigie un día sobre su tumba. Esa no es tu madre, ¡te lo juro! Fui yo quien inventó toda esta historia; debo confesártelo finalmente. No pierdas tiempo en implorarlo. ¿No ves en la mirada con la que te cubre la inmutable resolución que te condena, el castigo al que te va a someter? ¡Fiorella, defiéndete! No dejes que te llame, estarás perdida... ¡Bien... ¡bien, leona mía!... Rebélate, con fuego en la mirada, ¡soberbia de audacia y decisión! ¡Qué hermosa y terrible eres! Sí, tienes el derecho de vivir y amar. ¡Ah,! es ella quien tiembla ante ti ahora. ¡Tiene miedo, te suplica!. ¡Ten cuidado! Las monjas son como los tigres; te engaña. Ella reptó, se encogió, va a saltar!

Yo estaba enloquecido. La escena que había evocado me dominaba a mí mismo y se destacaba en la sombra con un relieve de realidad.

Jadeante, seguía las peripecias de una lucha espantosa, y yo animaba a Fiorella con mis insensatas palabras.

—¡Defiéndete! ¡Qué no te llame! Tú eres más fuerte, y yo te quiero. ¡Al pecho! ¡al pecho! ¡lo quiero! ¡lo ordeno! Aprieta el cuello de la vieja para que no pueda gritar; apriétala con tus manitas de acero. ¡Más aún! ¡Obedéceme! ¡Serás libre! Ahora, amordázala. No, es inútil, ha caído asfixiada. ¡Acaba, acaba tu obra! No mires la sangre que hay en tus manos. Debes huir, Fiorella; toma las llaves, no pierdas más tiempo. Apaga la lámpara con tus manos ensangrentadas; está oscuro. Tu corazón late, pobre mártir; te arrastras a lo largo de los muros. Valor. Cierra la puerta y baja. Sigue el corredor. Desciende más. Hay una salida bajo la escalera. ¿La ves? Sí, la ves. ¡Qué importa la oscuridad! La llave que abre esa puerta es la más pequeña del manajo. La has encontrado. Bien, ¡apresúrate! ¡Oh! rumores se despiertan en el convento. Se te va a perseguir. No dudes, ¡se atrevida y estarás salvada! ¡Mira mis brazos que están abiertos y que te llevarán a la libertad y al amor!

Yo gritaba con estertores en la garganta. Una opresión formidable destrozaba mis pulmones. De pronto me pareció que acababa de oír un portazo seguido de un ruido de numerosos pasos, y fue como si todos esos pasos me hubiesen pisado el pecho. Tuve miedo, no sabía de qué, de algo siniestro que iba a ocurrir, de algo terrible que iba a suceder, y creía, de tal modo los ruidos redoblaban y se aproximaban, que estaba rodeado de una multitud invisible y amenazadora. Quise escapar a ese espanto, levantarme, alejarme. Imposible. Me sentí incapaz de vencer mi terror. Sufrí de esa espera ansiosa que se produce bajo la magnética aproximación de una tormenta, cuando el rayo tal vez caiga sobre vos. Y hete aquí que, en medio del tumulto, esta vez escuché con mucha claridad unos pies que pisaban el suelo, un vestido que se arrastraba por la hierba; y una mano, una mano larga, muy fría. —¡oh! sentí el hielo a través de mi traje — Se posó lentamente sobre mi hombro.

—¡Te he obedecido, Joseph! La he matado. Aquí estoy.

¡Era su voz! ¡la voz de Fiorella!

Sin atreverme a mirar a la que me hablaba, sin querer escuchar nada más, corrí fuera de mí a través de los campos, en línea recta, huyendo de los caminos y los senderos, franqueando las vallas, saltando las cunetas, cayendo algunas veces, levantándome, trepando con pies y manos, rasgándome con las zarzas, las piedras, los árboles, — esperando que el agotamiento físico pudiese mitigar los pensamientos de terror y horror.

Tras horas de huida encarnizada, caí casi muerto a lo largo de un surco. Si no me levanté para seguir corriendo fue porque una fatiga invencible cerró mis párpados, me aturdió y me sumió en un profundo sueño.

Hacía un gran día cuando me desperté. Dos personajes de buen aspecto, inclinados hacia la cuneta donde me había dormido, me sacudían con suavidad, y, mientras frotaba mis ojos todavía sellados por el sueño, escuché a uno de los paseantes decir al otro.

– Aquí está, compadre orfebre, un feliz reencuentro, y, gracias a Joseph Bálsamo, nuestra fortuna nos ha venido a ver.

En qué manera practiqué por primera vez la cábala; – de un barco que se encuentra allí; – y de una canción que escuché.

Aquellos que se imaginan que en mi sueño en un linderio de la ruta, todavía estaba bajo la impresión de mi reciente aventura, conocen bastante poco mi forma de ser. Yo tengo una preciosa facultad que procede del cielo: la de olvidar a mi antojo los acontecimientos desagradables; y si tuviese que cometer alguna acción desleal, –un rapto o un robo, por ejemplo, – nada me resultaría más fácil que considerarme, minutos después, como el hombre más honrado del mundo. Conservo en la memoria todo lo que he hecho con honradez; de lo demás, depende. De modo que, en muchos casos, he podido mentir con una sinceridad perfecta, y eso me ha valido la mejor parte de mi influencia sobre los hombres.

Además, no dudaba en creer que había sido el juguete de una alucinación o de un sueño. El medio de no pensar más que en Fiorella, sometía mi voluntad a través de las murallas y las verjas, ¡había cometido en efecto el crimen que yo le había ordenado en un acceso de locura! Puras bobadas, y no había que pensar más en ello.

El olvido me resultó tanto o más fácil, habida cuenta de que mi amor había sido llevado, por la terrible sacudida, como una hoja en una tormenta, y el bello rostro de Fiorella me aparecía como una pálida figura desdibujado en la lejanía, casi ya desvanecido.

Fue entonces cuando con un aspecto completamente tranquilo, cuando tras un breve instante de reflexión, dirigí el saludo hacia los viajeros que me habían despertado.

–¿Con quién tengo el honor de hablar? – pregunté.

–Somos el maestro Murano, orfebre, y al marqués Maugiri, su amigo.

–Son esos los nombres que se citan en Palermo; el mío no es digno de serle comparado, y no tendría ningún lustre, si no tuviese el honor de ser vuestro conocido... Pues pienso que vos me habéis llamado antes.

–Es cierto – dijo el marqués – Durante un retrato que hice en casa de los Ben-Fratelli, de Castelgironne, yo os visto más de una vez en compañía de un viejo monje que se las daba de alquimista, así como de otras ciencias herméticas, y que era vuestro amo Sin embargo, ¿qué hacíais vos en esta singular situación, señor Bálamo, si no es indiscreción preguntárselo?

Nunca me han gustado las personas curiosas, pero el aspecto completamente honesto e incluso un poco ingenuo del marqués y del orfebre, en principio me tranquilizó, y puesto que era conocido como discípulo de un alquimista, decidí ser hábil.

–Me dormí consultando mis ideas en relación con la ruta que debo seguir – respondí sin dudar – Desde hace tiempo que proyecto un gran viaje a Asia y a África, y, ayer noche, habiendo observado que la conjunción planetaria era favorable, he decidido partir.

–Puesto que os alejáis de Palermo,– dijo cortésmente el marqués,– permitidme ofreceros un lugar en nuestra carroza. Todos los caminos conducen a Asia, y vuestra compañía nos honrará.

En el momento que nos sentamos en el carruaje, que tenía muy buena presencia para ser una carroza de campo, el cochero azuzó los caballos, y el orfebre exclamó:

–Así, señor Bálsamo, ¿mi compadre no se ha equivocado? ¿Se ocupa usted de la cábala?

–Si, eso podría decirse.

–Y esa cábala, –prosiguió– ¿enseña los medios para descubrir tesoros ocultos?

–Sin duda alguna. ¿Pero es la búsqueda de una suma desaparecida de lo que se preocupan vuestras señorías?

–He aquí la historia, –dijo el marqués Maugiri. – Consultando mis papeles familiares, he encontrado notas muy interesantes sobre un tesoro en una especie de caverna, cerca de Saint-Pierre-en-Mer. He confiado mi descubrimiento a mi compadre Murano...

–Que ha pagado por ello –dijo el orfebre.

–¡Oh!, una miseria.

–¡Mil ducados!

–Va. ¿Acaso se arrepiente?

–No –dijo el orfebre suspirando.

El marqués continuó:

–Así pues, Murano y yo, vamos a Saint-Pierre-en-Mer, cuando hemos tenido la fortuna de encontraros, y es cierto que gracias a vuestro silencio...

–¡Hum! ¡hum! – exclamé yo con una tos de viejo sabio, – la empresa puede ser larga y difícil.

–¿En serio? –dijo Murano inquieto.

–¿Cree usted, señor orfebre, que no hay que bajarse para descubrir tesoros? ¿Ha leído usted el *Magisterio*?

–No.

–Es una lástima. Habría visto allí que el éxito se obtiene a riesgo de los mayores peligros...

–¡Oh! ¡oh! –dijo el orfebre.

–Los demonios destinados a la protección de un tesoro pueden moler a palos a las personas que los buscan...

–¡Diantre!

–... cuando estos omiten una sola de las ceremonias mágicas.

–¡Vaya! ¡Usted no me había dicho eso! – exclamó el orfebre dirigiéndose a Maugiri.

Comprendí que había ido demasiado lejos.

–Procediendo con prudencia, – seguí yo, – se pueden evitar los inconvenientes a los cuales la espalda del señor orfebre no parece de humor para exponerse. Pero hete aquí la hora del almuerzo. ¿Nos detendremos en este albergue, de dónde sale un apetitoso olor a vituallas? Es preciso seguir un régimen muy regular, copioso y sustancioso, y que no bebamos más que vino de Asti en vasos de una pinta.

–¿Es eso obligatorio? – preguntó el orfebre.

–Obligatorio es mucho decir. Eso está simplemente indicado. Cuando se quiere triunfar no debemos dejar nada en manos del azar.

–Bien hablado –dijo el marqués,– y mi apetito es de la opinión de vuestra cábala.

No contaré en su detalle la comedia que representé durante varios días, sorprendiendo al orfebre y admirando al marqués. No tuve quejas de su cortesía, no más que de las comidas hechas en su compañía, y sin embargo mi cábala era muy exigente.

Es cierto que les daba algunas pequeñas satisfacciones, como visitar mañana y noche con ellos la caverna de Saint-Pierre-en-Mer, como decirles: «¡Realmente, esta caverna tiene completamente el aspecto de un lugar donde se ha ocultado algún tesoro!» y eso los colmaba de alegría. Además, quise aceptar una bolsa de oro, del peso de sesenta onzas para estudiar los efectos de la atracción metálica y para comprar la complacencia de los demonios guardianes; fue el orfebre quien proporcionó la bolsa. Yo me hice tallar una vara adivinatoria en madera de alcornoque, e incluso solicité compañía nocturna, – pues la noche es el momento adecuado para hacer amistad con los espíritus subterráneos, – de una joven muchacha tan bonita como fuese posible y perfectamente inocente. El marqués me trajo una aldeana bastante fresca, excusándose de no haber podido encontrar nada mejor. Me adaptaba bien, aunque ella no me parecía tener la principal cualidad requerida para los ritos de la cábala. El hecho es que ella proporcionaba alguna ternura a un robusto zagal llamado Malvogilio, remero decía él, pirata decían otros, que pasaba en el mar semanas enteras con unos bribones de su calaña, en una vieja sardinera. No se cometía ni un robo, o incluso algo peor, en una habitación mal cerrada o mal guardada, sin que el nombre de Malvogilio no se viese involucrado en la aventura. Un muchacho digno, como puede apreciarse.

La aldeanita lo amaba mucho; pero ella se explicaba conmigo de tal modo, que habría habido mala fe por mi parte en quejarme.

Sin embargo, la noche que yo había fijado para finalizar nuestra expedición mágica llegó, y, absolutamente convencido como lo estaba de que no encontraríamos nada en la caverna, sino montones de piedras dispersas, experimenté alguna preocupación en relación con el éxito de este asunto. Decidí confiarme a la fortuna que no abandona nunca a los audaces cuando tienen suficiente ánimo.

Un poco antes de medianoche, dejamos nuestro albergue con gran misterio y en un orden impuesto.

Yo caminaba el primero, llevando en una mano la bolsa y la vara cuya inclinación debía designar el lugar donde estaba enterrado el tesoro; con la otra mano levantaba una antorcha que humeaba en las tinieblas. La bonita aldeana me seguía, vestida de blanco como una catecúmena, es decir vestida con una sola camisa que, felizmente, era de tela gruesa; además estaba muy oscuro. Yo me mantenía serio, pero la buena chica no podía impedir emitir alguna risa y, más de una vez, mediante una broma que no dejaba de ser imprudente, me tocaba las costillas para hacerme reír también, pues ella sabía que yo era extraordinariamente nervioso. En cuanto a Muranos y a Maugiri, que formaban la retaguardia, tenían aspecto grave e inquieto a la vez, como deben tenerlo las personas ante los que va a producirse un prodigio.

La cueva tenía dos salidas: una daba a la ruta que seguimos; la otra, mucho más estrecha, se dejaba entrever entre dos rocas, al lado del mar.

Nos dirigimos apresuradamente hacia la más amplia de las dos entradas; yo me sentía cada vez más perplejo, cuando el orfebre se acercó a mí y me dijo:

–¿El día de nuestro encuentro, no habéis hablado de un posible peligro de algún bastonazo?

–Es cierto, señor Murano, pero una ofrenda de sesenta onzas de oro apacigua casi siempre a los espíritus guardianes del tesoro.

–¿Casi siempre?

–Sí, Señor.

–¿Acaso se ha encontrado insuficiente algunas veces semejante presente?

–Lo admito. Muchos de esos espíritus muestran una extrema codicia.

–¡Rayos! ¡rayos!– dijo el orfebre.– ¿Y qué cantidad habría que ofrecerles para no correr ningún peligro de bastonazos?

– No hay ejemplos de que sus malas intenciones no hayan sido cambiadas por un regalo de cien onzas de oro.

– ¡Pues bien! – dijo Murano suspirando, – añadid las cuarenta onzas que veis aquí a las sesenta que están en la bolsa.

A decir verdad, me conmovió el candor de ese bravo hombre, y por un poco no me delaté diciendo que era un impostor, y él un imbécil. Pero pensaba que no hubiese sido cortés dirigiendo un cumplido tan falso a un personaje honorable, de más edad que yo, y del cual, en definitiva, no había recibido más que buenos tratos. No, no podía herir hasta ese punto al excelente señor Murano! Reprimí pues un movimiento que hubiese contravenido las conveniencias, y recibí las cuarenta onzas con emoción.

Desde que entramos en la caverna, que se encontraba llena de niebla, apagué de súbito la antorcha contra el suelo, y emití en la oscuridad un aullido espantoso que repitieron los ecos. La aldeana horrorizada también se puso a gritar; presa del pánico a su vez, el orfebre y el marqués se unieron a ese concierto de los gemidos de horror, y como pájaros nocturnos, despertados por nuestros clamores, aleteaban por encima de nuestras cabezas iluminando sus ojos de oro, se produjo un pandemónium del que yo me encontraba bastante satisfecho.

Mi proyecto, que había concebido repentinamente, era de una simplicidad muy ingeniosa. Antes de que mis compañeros se recuperasen de su primer terror, ganaría a tientas la salida estrecha de la caverna, del lado del mar, y era consciente del valor de mis piernas para estar seguro que una vez escapado no sería fácil seguirme.

Mientras mis compañeros no dejaban de gemir, me dirigí, a lo largo de la pared de piedra, hacia el lugar donde se encontraba la abertura; caminando, no dejaba de modular los gritos más diversos y espantosos; toda una jauría de demonios no hubiese producido un mayor horrendo alboroto. Sin embargo debía acercarme a la salida; todavía algunos pasos más y ya estaba fuera. Pero tuve la torpeza de dejar caer la bolsa y la vara adivinatoria que portaba en la misma mano, así como lo digo.

¡Abandonar las cien onzas de oro! Era incapaz de tal villanía. Me bajé, tanteé el suelo, pronto recuperé la vara y la bolsa. Pero, cosa sorprendente, cuando quise recogerlas, me pareció que se habían vuelto extrañamente más pesadas, o más bien que estaban pegadas al suelo. ¿Cómo? No podía comprenderlo. Realicé un violento esfuerzo atrayéndolas hacia mí. Entonces se produjo un crujido terrible; la tierra tembló bajo mis pies, y, al mismo tiempo recibí sobre el cráneo, sobre los hombros, sobre los riñones, una andanada dolorosa y sonora de pequeños objetos muy duros; fue como si sobre mí se hubiese desmoronado un enorme montón de piedras preciosas y pesadas monedas.

¿Qué ocurría? ¿Mi vara había caído sobre el punto concreto para que brotase el tesoro? ¿Había allí entonces un tesoro! ¡Y yo, Joseph Bálamo, era un brujo auténtico!

Tuve otro motivo de asombro; el tumulto se redobló en la caverna; unos ruidos de pasos, juramentos sin número, exclamaciones de cólera y espanto; ¡era imposible que todo ese estrépito fuese producido por mis compañeros! Los espíritus guardianes del tesoro debían haber salido de debajo de la tierra. Lo que confirmaba mi idea es que reconocí la voz de Murano, gritando lastimosamente: «¡Ay! ¡ay! ¡estoy roto! ¡molido! ¡Clemencia, señores diablos, os pido clemencia! Si queréis trescientas onzas de oro las tendréis. Pero, por piedad, ¡parad de golpead mis hombros!» A fe mía, lo confieso, comenzaba a no estar exento de una cierta aprensión, – lo que sin embargo no me impidió llenar mis bolsillos con todas las monedas que pude recoger a mi alrededor. Pronto me tranquilicé, desde cierto punto de vista, por otras palabras que, por ser feroces, nada tenían de diabólicas. «¡Ah! ¡ah! ¡canallas! ¡ladrones! ¡traidores! ¡bandidos! Os habéis introducido en la cueva de Malvoglio, para sustraer el tesoro que hemos reunido a riesgo de nuestras vidas! ¡Qué Satán me lleve al fondo del Infierno si

no os hago perecer bajo el bastón!» Todo parecía explicarse. Estábamos en la caverna donde Malvoglio y sus camaradas escondían el producto de sus robos y sus pillajes; la aldeana nos había traicionado, imaginándose que queríamos el botín de su amante, y este nos había preparado una emboscada. En cuanto al imprevisto chaparrón de monedas que había caído sobre mi, no tenía nada de fantástico; mi vara y mi bolsa al caer, sin duda se habían enganchado en la argolla de alguna trampilla y, tirando violentamente, había debido hacer saltar el resorte de un escondite excavado en la pared. Fuese como fuese, me levanté rápidamente y, a pesar del peso del oro y la plata, – tal vez del cobre – con la que había abarrotado mis bolsillos, me lancé fuera de la caverna por la angosta salida que dejaba ver el azul lejano del mar y del cielo. Durante mucho tiempo aún, oí los lamentos del pobre Murano, que realmente me desgarraban el corazón.

Me había librado de una amenaza inmediata, pero estaba muy lejos de estar fuera de peligro. Los piratas no tardarían en darse cuenta de mi huida y de lo que había sustraído; pronto estarían tras mis talones, y por mucho que corriese, tenían muchas probabilidades de atraparme.

Muchas veces me he preguntado que poder sobrenatural me ha ayudado en la mayor parte de mis aventuras. No me atrevo a creer que sea el propio Dios quien se haya dignado a protegerme, aunque la verdad siempre me creí digno de su asistencia, con más motivo que un gran número de personas, papas, reyes o emperadores que lo invocan en toda ocasión y afirman que Él se involucra en todos sus asuntos, incluso en aquellos que evidentemente son producto del diablo.

Cuando me encontraba ya casi imposibilitado para seguir huyendo, observé una gran barca de pesca que aún tenía izada su vela, balanceándose graciosamente a poca distancia de la orilla. Ese debía ser el barco de Malvoglio y sus camaradas. Me arrojé al agua fresca y azul; en pocas brazadas alcancé la embarcación que estaba abandonada, tal como había previsto. Subía a bordo, levanté el ancla, y una débil brisa infló la vela, comenzando un tranquilo e imperceptible movimiento sobre el mantel azulado del Mediterráneo.

Entonces, en la dulzura del aire, en el abandono del balanceo de las aguas, bajo la luna que salió hermosa como una mujer, conté mi fortuna e interrogué a mi conciencia.

Tanto en oro, como en plata y cobre, poseía el valor de unos seis mil ducados aproximadamente, – incluidas las cien onzas del orfebre Murano; en lo que respecta a mis pecados, me parecieron completamente veniales. Tenía una suma conmigo que sin duda no me pertenecía; pero ¿a quién se la había robado? ¡A ladrones! Mi acción tenía algo de loable tanto en cuanto castigaba a unos criminales. La bolsa no me inquietaba ya; realmente tenía algunos remordimientos nacidos de la sencillez y honestidad de Murano. Concebí un astuto proyecto. El digno orfebre se había abierto a mí en un asunto que le causaba grandes problemas; unas comunidades religiosas lo habían despojado de una herencia a consecuencia de un defecto de forma en sus títulos de propiedad. Me prometí enviar a Murano otros títulos perfectamente en regla, – los haría yo mismo, – que le permitiesen volver a tomar posesión de sus bienes.

En efecto, algunos meses más tarde se los envié y él hizo uso de ellos muy honradamente. Personas despreciables han condenado mi conducta en esta coyuntura, pero jamás me he arrepentido de haber cometido un desatino contra los monjes, del mismo modo que no me produce ningún cargo de conciencia haber robado el dinero de los piratas.

Sin embargo la barca bogaba suavemente entre el doble azul de las olas y del firmamento sombrío. ¿A dónde iba? ¡Qué importa? El tiempo era bueno, y una sardinera no presentaba dificultades para ser tripulada por un niño de Palermo; además

había a bordo suficientes provisiones para varios días de navegación. Tumbado de espaldas, todo a lo largo, aspiraba el aroma del aire a la vista de la luna; una botella de Marsala, bebida a tragos lentos, había predispuesto de un modo maravilloso mi espíritu a esas vagas y deliciosas ensoñaciones que se dispersan poco a poco en la bruma del sueño...

Un ruido de castañuelas y tamborines me despertó alegremente. ¡Al principio creía que bailaba en sueños! Pero no; veía los maderos de la barca y la blanca y rosada palidez del cielo hacia el oriente. Allí me dirigí. Lo que había hecho sonar esa diana de placer era un gran barco todo ornamentado, donde extravagantes máscaras, arlequines y colombinas, con trajes de terciopelo y satén, bailaban una ardiente tarantela en medio del inmenso mar, aquí y allá, bordados con lentejuelas de plata en los vahos transparentes de la mañana; al principio pensaba que asistía a algún carnaval fantasma de tritones y nereidas, suposición que no tenía nada de absurdo, puesto que al fin y al cabo, el arte del disfraz fue inventado, como todo el mundo sabe, por el dios marino Proteus.

–¡Hola! máscaras, ¿quiénes sois y adónde vais?

–¡*Facileto pavato!* ¡la pregunta es estúpida! – respondió un enorme Brighella.– Sabes quienes somos, puesto que nos llamas “máscaras” ¿Y a dónde podremos ir sino a Nápoles, donde se celebran los más hermosos carnavales?

Y el Brighella entonó esta burlesca canción mientras los demás bailaban aún:

Cada viña tiene sus rastrojos
Y cada astro su fuego;
Roma dice: “¡Al Papa acojo!”
“¡A Dios yo tengo!”, contesta el cielo.
Pero en una eterna gala
bajo las lujosas telas
Nápoles tiene la tarantela
Con Polichinela!

–¡Por San Javier!– exclamé,–tengo ganas de ir con vosotros.

–¿Tienes una máscara?

–No.

–Te prestaremos una. ¿Tienes una amante?

–No.

–Te prestaremos una. ¿Tienes dinero?

–Sí.

–Nos lo prestarás tú a nosotros.

La barca pirata maniobró hacia el barco de enmascarados; los bailarines me subieron a bordo; y tal fue la serie de aventuras, – pues los caminos de Dios son misteriosos, – que me permití tener la nariz completamente encorchada por los confetis de las damas napolitanas, y el corazón más herido aún por las miradas de aquella que debía clausurar mi juventud y doblegar mi vida... Pero ¿qué quedará para el próximo capítulo, si cuento todo en este?

VII

Explico como Júpiter pudo tomar el lugar de anfitrión, y conozco a Alcmène en capuchón rosa.

Un paraíso donde los ángeles estarían vestidos de Isabelas y Colombinas, tal es el Coso de Nápoles durante el Carnaval. Joven como era y bien parecido, uno puede imaginarse fácilmente que más de una vez intentara alguna locura amorosa; al final llevaba a tres o cuatro al huerto. No me faltaba ocasión a causa del dinero que tenía, y sobre todo a causa del nombre que comenzaba a llevar desde entonces. ¡El conde de Cagliostro! Sonaba bien. Observad que tenía el derecho de hacerme llamar de ese modo en recuerdo de uno de mis tíos y porque me había fabricado unos títulos de nobleza completamente auténticos. En cuanto a los modales de aristócrata, necesarios para hacerse un hueco entre las damas, no era nada torpe en asimilarlos. Incluso debo insistir, de paso, en la facultad de imitación que siempre me ha distinguido; esta dará la clave de algunas de mis aventuras que, sin eso, parecerían poco comprensibles. Con un poco de estudio y una cierta contención de espíritu, conseguía, no modificar mis rasgos hasta hacerlos parecer perfectamente a los de alguna otra persona, sino copiar sus modales, su mirada, su sonrisa, todos los rasgos de su rostro. Para conseguirlo trataba de adquirir un conocimiento íntimo del carácter de mi modelo; me esforzaba por pensar sus pensamientos, de identificarme moralmente con su naturaleza; y logrando que sus condiciones físicas no estuviesen demasiado alejadas de las mías, obtenía extraordinarios efectos de similitud, basados algunas veces en imperceptibles manías, en matices, en naderías, en detalles involuntarios que se podrían denominar la exterioridad del alma. Tal vez haya abusado un poco en ocasiones de ese precioso don en algunas citas crepusculares, pero en realidad no hacía gran daño, y se trataba de pecadillos sin importancia. Lo importante era no equivocarme en la calidad.

Fue precisamente sobre este punto como logré ser engañado durante el carnaval de Nápoles. Yo paseaba por el Coso durante una bella tarde, dejándome tropezar y pisar por el pueblo, echar un vistazo a las damas en los balcones dirigiendo galanterías y piropos a las mujeres enmascaradas de las carrozas, cuando vi llegar una calesa donde se encontraban dos personas: un joven de aspecto serio y una dama muy engalanada que me pareció de una rara belleza y de una coquetería no menos particular. Ella distribuía a derecha e izquierda sonrisas, e incluso besos, desde un poco lejos. Envuelta en un capuchón de seda rosa que dejaba ver un cuello de una blancura deslumbrante, agitaba con una gentil afectación la cabecita más adorable del mundo, y su máscara de terciopelo, de dos dedos de larga, no servía más que para iluminar, en un marco sombrío, dos incomparables ojos que me turbaron hasta el alma. Una cara fresca y sonriente, una pequeña boca que era un joyero de perlas, hermosos cabellos negros, cortos y en bucles, daban a esta encantadora muchacha un aspecto deliciosos de adolescente apenas madura. La deliciosa joven se divertía a conciencia, devolviendo a los paseantes los confetis y los ramos que llovían sobre ella. Recibí un par de ellos en las narices, lanzados tal vez adrede, pues me encontraba plantado ante ella y no ocultaba mi admiración. Atrapé las flores al vuelo y tras depositar en ellas un beso, las arrojé a sus rodillas.

¡Dios del cielo! ¿qué vi entonces? Aquel ángel me echó la lengua.

Mis ilusiones desfallecieron. ¡Qué! ¿Yo había admirado alguna banal e impúdica criatura? No, no, no. Esos ojos, esa alegría, ese visible candor no podían engañarme; la

desconocida no era una cortesana. Una pensionista más bien. La malicia de la que había sido víctima no era más que una extravagancia de chiquilla.

Ante mi sorpresa ella prorrumpió en carcajadas, señalándome a su compañero, gruesa figura furtiva, que me miró con aire de conmiseración. Eso me irritó; seguí su calesa durante las idas y venidas que hizo en el desfile; no dejaba de intercambiar repetidas miradas con la joven que parecía complacerse en ese juego. Llegó un momento en el que, fingiendo estar molesta por su máscara y para tratar de arreglarla, se descubrió el rostro con una sonrisa que ciertamente me había dirigido. Era perfectamente bella y yo quedé definitivamente prendado.

Como no podía equivocarme sobre sus buenas disposiciones, continué siguiendo el coche con una persistencia que fue recompensada. Llegamos al hotel de Inglaterra donde la pareja se apeó. Era evidente que se trataba de extranjeros o italianos de provincias, llegados a Nápoles para pasar allí los mejores días del carnaval. ¿Recién casados tal vez, en su luna de miel? La indiferencia con la que se trataban no se oponía a esta hipótesis. El matrimonio tiene esos misterios.

El gerente del hotel consintió en mostrarme su libro de registros. Los dos viajeros estaban inscritos bajo estos nombres: «Romeo Staffi, Lorenza Féilciani;» venían de Roma. Por una criada, a la que pagué bien, supe además que el señor y la señora disponían de una habitación con dos alcobas y no dormían bajo el mismo techo de cama. Ese Romeo Staffi era un imbécil.

Reflexionaba en esas cosas, cuando el señor Romeo entró en la sala común, seguido de la señora Lorenza que se echó a reír cuando me vio.

Estaba sin máscara; jamás había visto a persona alguna tan hermosa.

Su alegría no dejaba de confundirme un poco; el caballero, guiñando un ojo con aire socarrón, me dijo a quemarropa:

–Confiese que se muere de ganas de conocernos.

Lo confesaba francamente, excusándome con la libertad del carnaval, y sobre un rasguño que me había hecho un ramo de rosas y del que quería pedir cuentas a la «señora».

–Diga «señorita», – respondió Romeo.

–¿Por qué? – dijo Lorenza.

Y henos a los tres mirándonos.

La joven hablaba con voz vibrante y sonora, una adorable voz de contralto. Repitió sin ningún embarazo y riendo cada vez más bella:

–Es cierto que si basta no estar casada para ser señorita, soy una señorita; pero si basta no ser señorita para estar casada, también estoy casada.

Yo no comprendí ni una palabra de ese alegre discurso; por fortuna, el señor Romeo quiso sacarme del aprieto.

–Lo cierto, señor, es que somos novios a pesar de la voluntad de nuestros padres, y que recorreremos el mundo con la esperanza de decidirlos a que bendigan nuestra unión. Pero nuestra vida, a pesar de las apariencias, es absolutamente irreprochable...

¡Irreprochable! ¡Menuda estupidez! Sin embargo esta bobada no era para disgustarme, y, agradecido por su confianza, me puse a disposición de los dos amantes. Les ofrecí mis consejos, mi bolsa, mi espada, – y una cena que aceptaron sin reservas.

Realmente, la comida fue muy interesante, tanto como los pequeños zapatos de Lorenza, bajo la mesa, no parecían tener por los míos una antipatía infranqueable, y también porque mis nuevos amigos completaron sus confidencias.

La hermosa Lorenza era la hija de un decorador de Roma. – ¡Sorprendente casualidad! Mi padre había sido decorador en Palermo! Pero yo me cuidé mucho de decir una palabra para no contradecir mis nobles antecedentes. – Ella era muy asidua a

la iglesia de la Trinidad de los Peregrinos. Allí fue donde conoció a Romeo. ¿De qué modo? Confesándose a él. Romeo era sacerdote, en efecto, lo que explicaba el aspecto compungido y un poco taciturno en los rasgos de ese raro enamorado. Pero esperaba dejar las órdenes para casarse; estaba a la espera de la decisión del Santo Padre al respecto. Esas «desordenaciones» no son imposibles, y, apoyado por altos protectores, Romeo contaba con conseguirlo. Lo malo era que los padres de Lorenza, lejos de prestarse al matrimonio secreto que Romeo había querido contraer, esperando la decisión de su petición, habían hecho encerrar a su hija en el convento de la Anunciación y prohibido su contacto con el joven sacerdote. Romeo, para obligarlos a obtener su mano, había raptado a la bella romana y la paseaba por Nápoles con el honesto proyecto de comprometerla de un modo ultrajante.

El asunto me pareció grave. El Santo Oficio podía tomar cartas en el asunto. Está muy mal visto que los sacerdotes secuestren a las muchachas, incluso con la expectativa de un matrimonio dudoso.

Yo desarrollaba este razonamiento a los dos jóvenes que me escucharon con atención. Les hablaba de las probables consecuencias de su huida. No podía soportar la idea de que Lorenza pudiese ir a prisión, y les hice al respecto los reproches más intensos, transportado por un interés que no podía disimular.

–¡Oh! –exclamó Romeo riendo,– creo que os habéis enamorado de mi novia.

–Es cierto – respondí– y yo os la robaría de buen grado si ella me amase. Pero estoy dispuesto a ayudaros a ambos, puesto que ella os ama. ¿Qué tiene que responder a eso?

–Nada – dijo – salvo que os estoy muy agradecido; y dado que Lorenza os parece bonita, os autorizo a besarla.

¡Por Baco! Tomé la bala al vuelo y me adelanté hacia Lorenza a la que estreché entre mi brazos, a pesar de su resistencia bastante robusta. Romeo reía hasta troncharse. Me pareció una persona que haría un excelente marido. Sin embargo la dama me rechazó seriamente, pero riendo al mismo tiempo, lo que la debilitaba en su defensa. Ella esquivó mi primer beso, recibió el segundo, y respondió al tercero con una bofetada.

–No vayamos más allá – dijo Romeo interponiéndose. – Prometí a Lorenza conducirla al espectáculo. ¿Tendremos el honor de vuestra compañía?

–Con una condición, – dije,– es que la señora me conceda el permiso de besar la mano que tan rudamente me ha golpeado.

–¡Oh! de ninguna manera, – dijo ella.

–En ese caso, – respondí yo, – no iré con ustedes.

–Como gustéis, señor conde.

Los enamorados partieron. Me había contrariado por un capricho y perdía la ocasión de pasar una buena velada. Un beso en la mano, ¡bien que le habría dado otros! Los modos de actuar de su amante me hacían concebir esperanzas e este respecto. Habría debido regresar a mi casa; con la cobardía natural en el amor, pero permanecí en el hotel bajo vagos pretextos. Tenía necesidad de volver a ver a Lorenza antes de dormirme, y a veces me preguntaba si esos extraños novios no me permitirían levantar una tercera cama en su habitación.

Mientras me libraba a estos pensamientos galantes, he aquí que un gran ruido se produjo ante la puerta del hotel, una multitud reunida, luego soldados y un oficial de justicia entraron con estrépito.

El gerente saludó respetuosamente y trajo el registro del hotel. El oficial declaró que venía a arrestar a Romeo Staffi y a Lorenza Feliciani por diversos crímenes conocidos por el tribunal de la Santa Inquisición romana. Se subió a la habitación de los

jóvenes y no se les halló en ella. Solo yo sabía que ellos estaban en San Carlo. Me marché mezclándome en el tumulto; alquilé un carruaje con buenos caballos; pasé por mi domicilio donde tomé dinero y un perchero bien provisto; luego dejé mi coche estacionado en una callejuela contigua al teatro. En San Carlo, no busqué mucho tiempo a mis amigos. Estaban en la primera fila de un palco, bien a la vista, y marcaban la medida dando cabezadas.

Sin embargo, a la primera señal que les hice, se levantaron para reunirse conmigo; sin duda yo tenía el rostro alarmado.

–¡Ni una palabra, ni un gesto! Hablaremos de camino. Han venido a arrestaros; hay que huir sin perder un instante.

Llegamos a la pequeña calle donde nos esperaba el coche; pero en el momento en el que nos aproximamos, la portezuela se abrió y vi salir a un hombre con una gran espada, que me saludó cortésmente.

Era el oficial de policía.

–Señor conde, – dijo – se ha tomado usted muchas molestias para encontrar una carroza que yo mismo os hubiera ofrecido. Puesto que habéis alquilado esta, nos aprovecharemos. Además cometéis una grave imprudencia; los caminos no son seguros; viajar de noche, sin escolta, es algo atrevido. No sufriremos porque os ocurra alguna desgracia. He traído conmigo algunos valientes que se mantendrán delante y detrás de vuestro coche o galoparán al lado de las portezuelas. ¿Quiere usted pasar, bella enamorada? – añadió el espantoso burlón ofreciendo la mano a Lorenza. ¡Ahora usted, señor abad! ¡Ahora usted, señor conde!

Reflexioné que podría servir a esos jóvenes más útilmente, si no me dejaba envolver en su desastre, y retrocedí un paso excusándome en asuntos que quería terminar en Nápoles.

–¡Cómo!– dijo el bribón que se burlaba de nosotros, – ¿Vais a abandonar a una dama tan bella en su desgracia? No quisiera creerlo por vuestro honor. Suba, se lo ruego.

–¿Tenéis una orden de detención sobre mi?

–¿Sobre vos, señor? ¡Oh! sois demasiado hábil; pero seréis más útil a la justicia para aclararlo. Suba voluntariamente. Lamentaría mucho tener que golpearos con la culata de un mosquete.

Tuve que obedecer. Me situé en la parte delantera del coche, enfrente a Lorenza, que debió obligatoriamente rozar sus rodillas con mis piernas. Eso fue para mí una especie de consolación. El oficial entró el cuarto, cerró la portezuela y nos dirigimos a Roma.

Pasé la noche tan castamente como lo permitieron los traqueteos de la silla, mecida de sueños dulces y lejanos, mirando huir el campo bajo un hermoso claro de luna.

La noche transcurrió, luego la alborada. Hacia finales de la tarde, percibimos en el horizonte la cúpula de San Ángel, y nos detuvimos en Pizzo para repostar una última vez. Hice servir una colación, con la autorización del oficial que se había humanizado bastante con nosotros.

Todavía estábamos en la mesa cuando entró en la hostelería un gran hombre enjuto, vestido de negro, portador de una larga vara, y cuya nariz parecía la de un ave de presa. Supe pronto que era el enviado del Santo Oficio. La Inquisición venía a nuestro encuentro; era un gran honor el que se nos hacía.

–Señor oficial, – dijo brutalmente el hombre, – he recibido vuestro mensaje y os anuncio que es usted un idiota. ¿Quiénes son estas personas que me traéis?

–¡Por Baco!– dijo el oficial, – son las personas que me habéis encargado arrestar, Romeo Staffi y Lorenza Feliciani.

–¡El cielo os confunda! Vengo del convento de la Anunciación donde he visto a la señora Lorenza. A decir verdad, ella se parece un poco a esta joven, pero uno no es agente de policía para dejarse llevar por las apariencias. ¿Cuáles son las pruebas que tenéis de la identidad de vuestros prisioneros?

–Excelencia, sus nombres escritos por ellos mismos en el registro del hotel donde estaban alojados: Romeo Staffi y Lorenza Feliciani.

–Perdón, – interrumpió nuestra bella compañera, él no era Lorenza, sino Lorenzo.

–Lorenza, Señora.

–Lorenzo, Señor.

–Yo he visto la *a*.

–Y yo he escrito la *o*. – tal vez con una rúbrica; pero esos son ornamentos de escritura que nada tienen de criminal.

–¿Acaso os atrevéis a afirmar que sois un hombre?

–Que me entreguen una espada y lo demostraré – respondió descaradamente mi pasión.

–¡Pues bien! – dijo el inquisidor al oficial, – ¿es usted idiota, si o no?

Romeo tomó la palabra:

–Cuántas personas se equivocan, Excelencia, pero puesto que mi inocencia está reconocida, ¿nos hará el favor de comer un melón en nuestra compañía?

¡Santo Dios! Yo tosía. ¡Haber sido engañado, escarnecido hasta ese punto! Y sin embargo permanecía, a pesar de la evidencia, en una confusión de espíritu singular; miraba a ese adolescente que tan bien simulaba a las jovencitas, y no podía persuadirme aún de que me hubiesen engañado.

Finalmente dije al joven enmascarado, con una emoción en la que se podía percibir una sorda cólera:

–¿Así que os habéis burlado de mi?

–¡Bah! ¡es carnaval! – respondió el joven divertido.

–¿Os acordáis al menos de la bofetada que me habéis dado?

–¿Vais a buscarme jaleo?

–Desde luego – exclamé.

–Pues bien, salgamos – dijo él.

Cuando estuvimos sobre la carretera, yo dije:

–¿Dónde encontraremos armas?

Él estalló a reír.

–¡Oh! ¡qué carácter! ¿Soy culpable porque tengo dieciséis años y soy guapo? Cuando me hayáis visto romper algunos jarros y trajinar a algunas chicas, ya no os engañaréis. Una bofetada, ¡qué bello asunto! Me la devolveréis en nuestra primera disputa. Despellejarnos por semejante bagatela sería absurdo, señor conde. Espero que os haya presentado a vuestra amante. Vamos, ríase de la aventura, es el mejor partido, y para hacer las paces os prometo un beso de mi hermana.

–¿Tenéis una hermana? – dije.

Y lamenté mucho no haber añadido: «¿tan bella como vos?»

–¡Eh! sí, tengo a mi hermana Lorenza, que se me parece mucho, como una estrella a una candela. La historia que os hemos contado, Romeo y yo, es cierta en todo punto, y fue para distraer a este pobre abad, que estaba muy apenado desde que ingresaron a Lorenza en el convento, por lo que he consentido en representar el papel de mi hermana durante algunos días de carnaval.

–¿Me presentaréis a la señorita Lorenza?

–Desde luego.

–¿Cuándo?

–Mañana, cuando usted quiera. La Anunciación no es de clausura severa. Allí se acogen a las hijas desobedientes, cuando no están ya en edad de recibir la fusta.

¿Qué hubiese hecho otro en mi lugar? Compuse lo mejor que pude mi rostro para no parecer demasiado ridículo y tendí la mano a mi nuevo amigo.

Dos horas después, había cuatro hombres absolutamente borrachos en la hostelería de Pizzo.

El abad bebía como un inquisidor, y el inquisidor como un cura; Lorenzo les sostenía la cabeza vacilantemente; en cuanto a mí, había vaciado tantos chupitos a la salud de mi futura conquista, que, si no hubiese sido por el conde de Cagliostro, habría estado gris como un burgués. Cuando vi que estábamos a punto de dejarnos deslizar de nuestras sillas, rogué a Lorenzo que prestase la vestimenta de su sexo a un muchacho del albergue, por temor a alguna equivocación.

VIII

Lorenza.

Aconteció algo que me produjo gran satisfacción: el mismo día de nuestra llegada a Roma, el cura Romeo, cuya fuga era conocida, fue condenado por sus superiores a cumplir el arresto en una celda de los Celestinos. Ya era libre de hacer la corte a su novia.

Me hubiese gustado vestirme galantemente para presentarme en el locutorio de la Anunciación; por desgracia mis maletas habían quedado en Nápoles y no llegarían hasta dentro de unos días.

Hice pues mi visita con lo puesto, pero tan exageradamente perfumado que hasta yo me mareaba. Era la moda napolitana, y las damas apreciaban mucho ese refinamiento.

Vi aparecer a la bella Lorenza en traje de novicia; su vista me turbó de tal modo que permanecí mudo y no pude hacer otra cosa que saludar balbuceando palabras ininteligibles. Ella no solamente era bella, sino que poseía un atractivo sobrenatural de una seducción irresistible. Sus finos y regulares rasgos, puros como los de una virgen, tenían una movilidad extrema y una expresión que sobrecogía. No podía suceder nada en su corazón que no pudiese ser visible en su rostro. Todavía era una niña; su candor se transparentaba en sus grandes ojos claros; pero unas graciosas protuberancias revelaban, a la vista de todos, sus dieciocho años. Esbelta y soberbia a la vez, tenía la ondulación del cisne y los ademanes suaves y acariciadores de las gatas. No dije nada, pero pensé: «Ya está. He encontrado a la mujer que será mi tormento o hará las delicias de toda mi existencia.»

Sin embargo, el sinvergüenza de su hermano la hacía reír de buena gana, contándole la historia de nuestro viaje y mis acometidas amorosas. La pequeña era sabedora del complot de los dos jóvenes y no se había opuesto a ello. Lejos de molestarme con su alegría, yo estaba encantado de que se ocupase de mí, incluso para burlarse un poco. Pero dejó de reír cuando su hermano le habló del beso que él me había prometido; ella se sonrojó y me tendió su dedo a través de la celosía, concediendo a mis labios el contacto del extremo de una pequeña uña rosada. Sentí una sacudida desconocida que me llegó hasta el fondo del corazón.

No buscaba otra cosa que prolongar esa entrevista. Todas las almas realmente sensibles me comprenderán: tardé en dejar a Lorenza, a fin de acordarme de ella. Lorenzo me condujo directamente al cabaret; hizo traer vino de Poli, a una piastra la botella, y me dejó soñar o hablar a mis anchas, mientras él a su vez se embriagaba. Sin embargo, cuando le declaré que el conde de Cagliostro había decidido casarse con Lorenza Feliciani, me hizo observar que habría grandes dificultades en ello; que sus padres no me conocían; que era la amante de Romeo y que este tenía por protector a un cardenal; que los cardenales estaban vestidos de rojo; que el Papa tenía las llaves del Paraíso...

—¡Lorenza también! — exclamé yo.

Afirmó que ella amaba singularmente a su cura, y que era muy testaruda; añadiendo que él, Lorenzo, conocía en el Transtevere una muchacha muy hermosa, notable por su benevolencia hacia los extranjeros y que me consolaría mejor que su mojiyata hermana.

Yo le agradecí su ofrecimiento, pero respondí que mataría a Romeo; que para hacerme amar por las mujeres disponía de medios desconocidos por el vulgo, y que iba

a hablarle de matrimonio a sus padres, contando con el apoyo de mi futuro cuñado, a quien ofrecí cien ducados, a mayores, sobre mi regalo de bodas. El joven quedó estupefacto, especialmente por las últimas palabras de mi discurso.

–¡Cien ducados! – dijo –¿Hablaís de cien ducados de oro?

–Hablo de los cien ducados que aquí veis – dije yo, arrojándolos sobre la mesa. Pues siempre he tenido la costumbre de llevar mucho dinero conmigo, – por poco que tenga.

–¡¡¡Oh!!! – exclamó el joven que se levantó aturdido, – esto es lo que yo llamo los modales de un aristócrata. Soy yo quien os besa hoy – dijo apoyando sus labios sobre mis mejillas, – pero espero que Lorenza haga un día otro tanto.

No esperé ni una hora para presentarme en casa de los Feliciani, precedido por el amable Lorenzo. Su recomendación produjo un gran efecto, pero un efecto, debo reconocerlo, diametralmente opuesto al que esperaba obtener. Comencé a exponer mi deseo, cuando el decorador, especie de Casandro muy irascible, o eso me pareció, y la decoradora, fuerte matrona romana, bella como una ruina bien conservada, tomaron, él una pesada silla, ella un gran plumero para quitar el polvo a los galones, y cayeron sobre su hijo al que acusaban – muy injustamente –de ser un correveidile de muchachas y un bribón de cabaret; en cuanto a mí, no debía valer más que mi protector, y creo que en la trifulca fui desempolvado por el plumero y golpeado por la silla.

Desde el momento que me vi en la calle, devolví fielmente a Lorenzo todo lo que había recibido de su padre y madre. El miserable olvidó su honor y no me devolvió mis ducados.

Eso me redimió de golpearle, pero no veía con optimismo el estado de mis asuntos. Vi que no me quedaba más que un recurso: ser amado por Lorenza hasta el punto de poder convencerla para que huyera conmigo.

Dirigí mis baterías hacia ese objetivo. Iba a verla todos los días al locutorio de la Anunciación, donde no tardé en hacerme con amables aliadas. Llegaba cargado de bombones, de flores y de regalos encantadores; los distribuía entre las monjas que venían a escucharnos. Pronto ellas no tuvieron reparos en llamarme «el amante de Lorenza»; me prometían su apoyo en mi asedio. Por desgracia, la ingrata se reía de sus consejos. Yo trataba de dominarla por la voluntad, como había hecho antaño con la pobre Fiorella, pero encontraba en sus bellos ojos temibles adversarios. Me golpeaban con miradas aceradas como lamas, y cuando cruzaba mis miradas con las suyas, los encuentros parecían duelos. Al final lo lograba, pero ¡a qué precio! Lorenza bajaba apenas sus largas pestañas, y yo, yo me sentía profundamente herido. Lo que acababa de hacerme completamente desdichado era que en casi todas nuestras entrevistas salía a relucir Romeo y el amor que ella le profesaba. Me obligaba a ir al claustro de los Celestinos y llevarle noticias de su amante. Tal es la debilidad del amor auténtico que yo obedecía. Estoy persuadido, además, que esta crueldad era inconsciente y que ella no quería hacerme daño.

Era un esclavo tan sometido a sus caprichos, un alma talmente suya, un adorador hasta tal punto prosternado, que mis galanteos no le resultaban importunos; no quería amarme, pero estaba claro que ella me dejaba amarla. Incluso algunas veces la sorprendía mirándome con ternura. Un día, trató de hacerme la descripción de la dicha que soñaba; yo tenía un lugar en ese sueño, y cuando Romeo fuese su marido, yo sería su hermano. ¡Tratad de discutir estas cosas con una inocente de la que se está separada por una celosía de un pulgar de espesor!

Las cosas estaban así, cuando la asamblea eclesiástica dictó una sentencia que liberaba a mi rival de sus votos; estaba muy protegido, ya lo he dicho, por un cardenal que había tenido por penitente, antaño, la madre de Romeo. El joven recobró de

inmediato la libertad. Su primera visita fue a la tienda de los decoradores, que no tenían ya nada que objetar a su matrimonio; la segunda fue al locutorio de la Anunciación. La entrevista de los dos amantes (yo asistí, por desgracia) fue amorosa y conmovedora, – demasiado amorosa incluso.

–¡Adiós! – dije de pronto.

–¿Adiós? ¿Por qué? – preguntó Lorenza.

–Vos sabéis bien que os amo, y Romeo no debe ignorarlo. Ahorradme el más cruel de los suplicios; que seáis felices; dejadme partir.

–No– dijo ella, – no partiréis. Después de Romeo, vos sois el hombre al que más amo en el mundo; sería de vos, si no pudiese ser de él. Permaneceréis aquí o ya no os amaré más.

Diciéndole «adiós» ¿había esperado que me retuviese? Es posible. El amor más sincero no repugna de esas pequeñas estratagemas. Fuese como fuese, prometí no partir; pero lejos de resignarme a mi desgracia, sentí redoblar mi amor por Lorenza y mi odio por Romeo.

Apenas abandonamos la Anunciación, dije a mi rival:

–Vamos a degollarnos en cualquier esquina.

–No – dijo él.

–¿Es que no sabéis luchar con la espada?

–¿Dónde iba a aprender, señor conde? Yo era ayer un pobre sacerdote; fijaos, todavía no me he quitado la sotana.

–Todo el mundo puede apoyar el dedo sobre el gatillo de una pistola y disparar una bala a la cabeza de cualquiera.

–Tengo una invencible repugnancia por las armas de fuego.

–Hay otro tipo de duelo que conviene a las naturalezas sensibles.

–¿Cuál?

–Se preparan dos pastillas de igual apariencia, una de miel pura, la otra de miel impregnada en veneno; los dos adversarios toman cada una de las pastillas y eso termina con sus diferencias.

Romeo prorrumpió en carcajadas.

–¿Tenéis en realidad muchas ganas de desembarazaros de mí?

–¡Sí, señor abad!

–Pero yo, señor conde, yo no tengo ningún motivo para desembarazarme de vos, puesto que Lorenza me ama y yo voy a esposarla.

Debí convenir interiormente que esa respuesta no carecía de lógica.

–Y si, después de vuestra boda, ¿yo hago la corte a Lorenza? – le dije.

–Os cerraría mi puerta y os denunciaría a la policía.

Ese diablo de hombre tenía respuesta para todo. A fe mí que le tomé por el brazo diciéndole: «Tenéis razón,» y cambiamos de tema. Lo conduje a una tienda de ropa de segunda mano a fin de que cambiase su sotana por un traje de caballero. Tenía un aspecto absolutamente dejado, aspecto de no pensar en Lorenza. Aseguré a Romeo que tal traje le sentaba bien, pero que tal otro le convenía más.

–Yo tuve uno casi semejante, de color y forma, y me dio muy buen resultado.

Realmente nos comportábamos, no como dos rivales, sino como dos íntimos amigos. Él me dijo:

–¿Así que era una broma eso de degollarnos? Vamos, tanto mejor, veo que sois un gentil compañero.

Lorenzo dejó el convento y se fijó el día de la ceremonia nupcial. Para no llamar la atención del público sobre un asunto del que se ocupaba desde hacía tanto tiempo el cardenal, que debía bendecir a los esposos, se decidió que el matrimonio tendría lugar

sin boato en la iglesia de San Salvador de los Campos, en una pequeña capilla de la Virgen. Fue decidido, además, que el novio, a pesar de la costumbre, no daría ninguna serenata a su novia la víspera de la boda. Eso disgustó mucho a Romeo quien, después de Lorenza y el vino de Poli, no le gustaba nada tanto como la música. Pero el decorador, la decoradora y su propia hija se opusieron a cualquier tipo de sinfonía.

Sin embargo Lorenza no tenía tiempo para preparar su ajuar; sus amigas venían a ayudarla para coser su bonita ropa blanca. Romeo y yo éramos muy asiduos, – pues me había reconciliado con sus padres, – a esas amables reuniones en las que degustábamos pasteles y limones dulces. Coqueteábamos con las obrerillas, precipitándonos para recoger sus tijeras, sus hilos y sus dedales. Lorenza, por cuyo ajuar se interesaba personalmente, velaba algunas veces muy tarde tras la marcha de sus compañeras, y nos permitía hacerle compañía; los padres se iban a acostar.

Una noche en la que la bella muchacha estaba sola, cosiendo bajo la tulipa de su lámpara, vio entrar a Romeo, más o menos pálido y completamente desequilibrado. Tenía el bonito vicio de emborracharse. Se sentó detrás de ella para disimular su estado de embriaguez y le contó que venía de cenar con su hermano y conmigo en un cabaret donde nos habían servido un vino detestable. Esta bebida, que nos había hecho caer a los tres en la mesa, seguramente estaba adulterada; le pesaba la cabeza y tenía la lengua pastosa. En efecto, su voz era arrastrada. Parecía muy animado y juraba como un diablo. Lorenza le regañó dulcemente y trató de calmarlo, pues era presa de una salvaje exaltación. Lejos de enmendarse y reconocer sus errores, el muy grosero se subió a la parra cada vez más e hizo una alusión impía a las bodas de Canaán y se puso a hacer melindres a su novia con tal intensidad que ella le ordenó salir. A pesar de esa orden, él la tomó en sus brazos, la mantuvo impudicamente y la besó hasta hacerla callar. Son conocidas las fuerzas que las mujeres extraen de la cólera. Un minuto después, el amante espantado huía delante de su amante, que le arrojaba a la cabeza todo lo que encontraba a mano; y él no evitó ser alcanzado incluso dando sus buenas zancadas. Al día siguiente, Lorenza me contó esta historia. Como es de recibo, mi indignación fue grande.

–¿Queréis que lo mate? – pregunté.

–No – respondió ella.

Y añadió, con la suprema indulgencia del amor:

–Quizá se arrepienta.

En ese momento Romeo hizo su aparición. Mientras Lorenza, con las mejillas cubiertas de un santo rubor, permanecía muda, yo colmaba a mi indigno rival con los más justos reproches.

Fingió no comprender nada de lo que le decía. Tal disimulo estaba bien para dar que pensar a la pobre Lorenza. Juró con los más espantosos juramentos, – juramentos para hacer caer la maldición del cielo sobre la casa, – que no se acordaba en absoluto de ese asunto, y que él había pasado la noche en compañía de Lorenzo y mía, bajo la mesa de un cabaret donde se nos había envenenado. Fue en vano que su amante le contase las circunstancias de su visita; negó todo como un condenado, como el padre de la mentira! y recurrió a mi testimonio.

–¿Qué sé yo – respondí, – puesto que dormía? Pero es fácil disculparte. Nos hemos levantado esta mañana juntos; los presentes en el albergue pueden decir si habéis salido durante la noche.

Romeo aplaudió esa ida de un modo tan natural que podía ser para él una tabla de salvación. Envió a buscar, por un joven criado, a la doncella que nos había servido, y esta llegó corriendo, muy curiosa por saber lo que se solicitaba de ella.

–Ven aquí, María – dijo Romeo, – y respóndeme como debes. Hay dos francos para ti, si no mientes. ¿Tú me conoces, verdad?

–Sí, señor.

–¿Qué sucedió ayer en tu albergue?

–¡Virgen Santa! ¡Vos lo sabéis tan bien como yo!

–Dímelo de todos modos.

–Pues bien, cenasteis con el joven Lorenzo y el señor conde. Bebisteis sangrías de Marsala al limón, y Dios sabe que disteis buena cuenta de ello. Después de eso, os caísteis de la silla para dormir en el suelo.

–¿Eso es todo?

–Sabéis bien que no. Al cabo de media hora, os habíais despertado, y os marchasteis tranquilamente.

–¿Yo?

–¡Sí, vos! Incluso me encontrasteis en el pasillo y me besasteis; incluso...

La gruesa muchacha se detuvo, vacilante.

–¿Te atreves a decir que yo salí?

–¿No debo decirlo? – preguntó ella, echando una ojeada a Lorenza. –¡Ah! ¡señora! Vos deberíais prevenirme.

–¡Esto es para volverse loco! – aulló Romeo.– ¿Juras por tu salvación eterna que me has reconocido, espantosa casquivana?

–¡Santo Padre!– dijo la muchacha – comenzáis a enojarme. Sí, desde luego, vos salisteis, y no regresasteis hasta transcurrida una hora, alterado, como un hombre que viene de dar un mal golpe.

–Es suficiente– dijo Lorenza levantándose; – no añadáis a vuestras faltas, Romeo, esta mala fe. Voy a llorar a mi habitación y no os volveré a ver jamás.

La criada salió sin reclamar sus francos. Romeo la miró alejarse, y trató de arrancarle los cabellos.

–¿Comprendéis lo que pasa? – me dijo, como si hubiese querido devorarme.

–Por desgracia – respondí – creo adivinarlo. Tú eres sonámbulo, sin duda, mi pobre amigo; haces en sueño mil locuras y no eres consciente de tus actos.

–¡Es cierto! Tenéis razón,– exclamó brincando; – soy sonámbulo, en efecto. Me contaron que desde niño me levantaba por la noche para ir a robar las manzanas del huerto. Es un mal de familia; mi difunta madre – que sin embargo era una santa – durante mi sueño hacía mil cosas inesperadas, según me dijo el cardenal. Pero, en este caso Lorenza no puede dejar de quererme. Uno no es responsable de lo que sucede en estado de sonambulismo. Joseph, haz que me perdone, y quiero hablarle fuera.

–No. Está enfadada; no querrá escucharte. Déjame a mí. Ve a esperarme a tu casa. Yo le explicaré tu problema y os reconciliaré.

Él se fue. Lorenza, que se había encerrado en su cuarto, consintió en abrirme su puerta tras algunas dificultades. Se sentó en un gran sillón, con sus bellos ojos húmedos de lágrimas. Me arrojé a sus pies y le besé las manos. Le dije que Romeo no era culpable, y que, yo, yo estaba enamorado, que no era culpa de ese muchacho si era sonámbulo, y que ella era hermosa como Venus; que era contra su voluntad como su amante se comportaba corriendo aventuras nocturnas, y que yo estaba dispuesto a morir por ella. La miraba tanto y tan bien, ayudando a la causa de mi infortunado rival, que me dio un beso.

–Tienes un corazón de oro, – me dijo, pues en Roma es costumbre tutearse cuando se está conmovido, – defiendes a tu rival y me adoras. Creo que es a ti a quien amo, pero es con él con quien debo casarme, por las convenciones mundanas, por el cardenal, por el escándalo que se ha levantado y porque le he hecho un juramento a la Virgen. Un

juramente es sagrado. En cuanto a ti, te amaré como se quiere a un tierno amigo, te haré mil caricias, ¡mi Joseph! Y, dado que así lo quieres, yo le perdono. Únicamente debe ser prudente en el futuro, sino ingresaré en el convento y me esposaré con Dios.

–¿Y yo? – dije piadosamente.

–Dios o tú, – dijo ella sonriendo.

¡Oh, esos primeros amores imposibles de desarraigar! Me fui desolado, pues tal vez había esperado que Lorenza, a pesar de mi elocuencia, o precisamente a causa de ella, no perdonase a Romeo. Lamentablemente se produjo la reconciliación; y la boda estaba a punto de realizarse.

La víspera del día que yo veía llegar con desesperación, Romeo, muy preocupado, vino a hacerme una visita.

–Conde– me dijo – solo algunas horas me separan de la felicidad. Pero tengo miedo de cometer alguna tontería esta noche.

–¡Bueno! Tú estás loco – le dije.

–Siento los nervios a flor de piel y desconfío de este maldito sonambulismo que ya me ha indispuerto con Lorenza. Si me acostase con vos...

–No, tengo una cita.

–¿Qué me aconsejáis, pues?

–Yo en vuestro lugar – respondí – me haría atar a mi cama.

–¡Valiente bromista! Acompañadme al menos a mi casa.

Lo acompañé. Aunque era temprano, se acostó sin demora.

–Tengo sueño – dijo – y vos seréis testigo de que me habéis dejado entre las sábanas.

–Tratad de no soñar – dije.

Sin embargo, el barrio de la Trinidad dormía desde hacía algunas horas, cuando la plaza de los Peregrinos se llenó de personas de discreta condición. Era un grupo de músicos portando violones, flautas y mandolinas. Lorenza fue mecida por una dulce música. Aunque se hubiese convenido que la víspera de la boda no sería festejada mediante ninguna serenata, no se enojó, e incluso sonrió por la desobediencia de su amante. A él no le disgustaba que el nombre de Lorenza fuese celebrado por los cantantes. Pero los vecinos se echaron a las ventanas, pues se es melómano es este país, y ese zafarrancho comenzó a irritar al arisco decorador.

Por fin se restableció el silencio y la calma. La gente volvió a dormirse... Bruscamente un sonido de trompetas despertó a todo el mundo con un sobresalto, incluida a la bella novia que creía haber finalizado con las serenatas. ¡Escuchó! La galantería degeneraba en escándalo. Cuernos de caza, clarinetes, agudos chirridos estallaban en un estrépito de fanfarrias, alrededor de la cama donde estaba acostada. Enrojeció de pudor y de ira, escuchando su nombre mezclado con esas hordas salvajes. Naturalmente, los vecinos reía a mandíbula batiente; la plaza de la Trinidad era una revolución. Como era de esperar, el padre no fue el último en abrir la puerta; lleno de un justo enojo, instaba a la orquesta a ir a tocar a otro lado. Pero fue mal recibido; se le abucheó, y los instrumentistas no abandonaron el lugar hasta haber ejecutado un formidable final.

Lorenza no pudo volver a dormir. Trataba de explicarse el nuevo capricho que había trastornado la cabeza de su amante, cuando le pareció que el cielo caía sobre su cabeza.

Cuarenta tambores, alineados bajo sus ventanas, sonaban a su albedrío. No so oyó más que eso durante un cuarto de hora.

Cuando el ruido cesó, las persianas de la tienda fueron golpeadas con puños tan pesados que la casa tembló. Eran los tamborileros que solicitaban beber. Aterrorizados, creyendo ser atacados, el decorador y la decoradora se ocultaban bajo sus mantas.

Lorenza tuvo una crisis nerviosa; pero no llamó a nadie y pasó el resto de la noche llorando.

De ese modo encontré yo sus bellos ojos completamente rojos cuando llegué por la mañana. Quería saber la verdad sobre esa extraña historia de bacanal nocturna que circulaba por la ciudad. La pobre niña apenas pudo explicarme nada; su padre, absolutamente furioso, declaraba voz en grito que ella no se casaría con el bribón que los exponía a la burla pública. Yo no sabía que decir, cuando vimos llegar a Romeo endomingado, que preguntó sonriendo:

—¿Es cierto, bella Lorenza, que esta noche se os han dado no sé cuantas serenatas?

Nadie respondió hasta que yo tomé la palabra:

—¿Por qué hablas de eso?

—Porque esta mañana se me ha venido a reclamar el dinero; parece que he hecho de las mías durmiendo.

—Así — dije yo — ¿eres tú el que ha organizado ese abominable follón?

—Debe ser así, puesto que he estado corriendo toda la noche de aquí para allá. Mil personas me han visto. Incluso he dado órdenes por escrito que yo puedo reconocer... ¡y no recuerdo nada!... Ah, ¿por qué esas caras consternadas? La música jamás ha comprometido unos esponsales.

—¡Fuera!— dijo el decorador con un gesto inflexible,— y no pongáis más los pies aquí!

Romeo, estupefacto, miró a su novia y comprendió que todo estaba perdido.

Salió, tambaleándose como un borracho. Debemos convenir que la ocasión era propicia: yo me volví hacia Lorenza, a la que sus padres rodeaban.

—Ustedes me conocen, — les dije — y Lorenza sabe cuanto la amo. No hay más que un modo de hacer callar las malas lenguas y de apagar este escándalo. Entregadme a vuestra hija. Soy rico, noble y respondo de su felicidad. Habla, mi querido amor; ¿me quieres por marido?

Me arrodillé ante ella. La muchacha consultó a su padre con la mirada.

—Uno no se casa así — dijo el decorador.

—Perdonadme, — respondí — la boda está dispuesta; solo es el novio el que cambia. El acto ya está hecho por adelantado; solo falta escribir los nombres de los novios en la sacristía. Lorenza puede ser mi esposa dentro de dos horas si vos queréis.

—Pero Su Eminencia, que debe bendecir el matrimonio, espera ver a Romeo.

—¿Qué importa!

—¿Creéis que os casará en su lugar?

—Estoy seguro de ello.

—¡A fe mía! — dijo el padre, no encontrando otras razones para oponerse, — si Lorenza consiente...

Yo la miraba de tal modo que ella no pudo impedir sonreír.

—¿Quién lo habría dicho?— dijo.

—¡Yo!— respondí. — ¡Vaya a arreglarse, suegro! ¡A acicalarse señoras! No se puede hacer esperar a un cardenal.

Todo el mundo se dispersó. A las doce estábamos reunidos. Yo tenía palpitaciones en el corazón y miraba a todos lados, temiendo algún contratiempo. Como la iglesia se encontraba cerca, se consideró inútil el tomar un coche. Mi hermosa novia bajó de su cuarto, radiante de simpatía y belleza. Yo estaba mudo, inundado de una loca alegría. ¡No me daba pasado el tiempo hasta que fuese mía! Su padre le ofreció el brazo; yo

conducía a la robusta madre, y Lorenzo nos seguía con algunos vecinos que debían officiar de testigos. San Salvador de los Campos, cuyos vitrales coloreados emitían brillante reflejos del sol, estaba inundado de una luz misteriosa. Entramos en una pequeña capilla de la Virgen, que tenía una muy buena reputación para las bodas.

Esperando a Su Eminencia, que no podía tardar en llegar, me arrodillé cerca de Lorenza, con el corazón desbordante de una adoración que no dirigía más que a ella.

Ella me dijo:

–¡Ten cuidado! No se puede amar tanto en la iglesia.

–¿Por qué? – respondí, – todo nos sonrío, todo nos corona. Nada prevalecerá contra nuestra dicha.

El cardenal entró seguido de cuatro niños del coro. El que oficiase ese príncipe de la Iglesia constituía un gran honor para el pobre Romeo. Tras algunas ceremonias iniciales, se dirigió a mí y me lanzó, sonriendo, una mirada de complicidad. Lorenza, que hasta ese momento había estado un tanto inquieta, siguió la dirección de esa mirada.

–¡Oh! – exclamó...

¡Estaba viendo a Romeo! Sí, al mismísimo Romeo arrodillado sobre un reclinatorio, a su lado.

–Soy otro Romeo, – le dije.– Para obtenerte, para poseerte, no he cejado ante ningún milagro. No trates de comprender por que tipo de magia me transformo de este modo. Pero si quieres verme morir ante ti, responde «¡No!» cuando el cardenal te pregunte si consientes en ser mi esposa...

Ella respondió «¡Sí!»

Yo estaba ebrio de alegría. Pasamos a la sacristía para firmar el acta de matrimonio.

–¡Por Baco! – exclamó el cardenal cuando me vio de cerca, – creía haber casado a Romeo.

–Vos habéis casado – respondí yo con orgullo, – al conde de Cagliostro, preferido por la hermosa Lorenza. Espero, monseñor, que Vuestra Eminencia no lamente el honor que nos ha hecho.

–¡No, claro que no!– dijo el cardenal, que parecía un compadre y miraba mucho a Lorenza.– Pero te advierto, conde, que besaré a tu esposa por las molestias.

–Desde luego, monseñor.

–Enhorabuena. Firmad, hijos míos.

Firmamos.

Pero entonces, súbitamente, un canto lastimero y terrible se levantó desde el fondo de la nave, proveniente de una capilla que tenía su puerta completamente abierta, y por donde se podía percibir que se encontraba iluminada por cirios.

Dies irae, dies illa
Crucis expandens vexilla
Solvat saeculum in favillà!

–¡Ah! – dijo Lorenza estremeciéndose, – tengo miedo!

–Cálmate, querida – dije tratando de mitigar un extraño terror que se apoderaba de mi; – es un funeral cantado en los alrededores...

–Sí,– nos dijo Lorenzo que se había acercado. –¿No habéis oído hablar de esa célebre bailarina condenada por la Inquisición? Es ella a la que entierran.

El lamento fúnebre nos llegó, más sombrío y lúgubre:

Iuste iudex ultionis
Donum fac remissionis

Ante diem rationis!

–*De profundis*, – dijo Su Eminencia; es el entierro de una muy rara muchacha, que ha huido a Roma, tras haber estrangulado en Palermo a la reverenda madre del convento de las Damas Nobles. Yo he sido uno de los jueces. Ha muerto ante la pira, y como se había reconciliado con Dios, se le han concedido los privilegios de la Iglesia. Pero adelante, bella Lorenza, y aceptad la promesa de vuestro marido.

¡Fiorella! ¡Fiorella! Un sudor frío discurrió por mis sienes. Espantado, sin duda, atraje hacia mi corazón y envolví con mis brazos a Lorenza y huí de allí llevando mi tesoro, mientras la terrible salmodia sonaba tras de mi y me perseguía como una maldición.

IX

De una dama que jugaba al tresillo y de un cuáquero que perdió a otro juego.

Nunca fui más feliz que los reyes coronados, es decir desde que dormí en los brazos de mi Lorenza amada...

Pero en realidad, mi querido Pancracio, por paciente que seas, pronto dejarías de seguirme si te condujese a través de toda mi adolescencia sin hacerte partícipe de un solo ducado prestado ni de un solo beso recibido. Lo que aumentaría tu desidia, es que, entre mis aventuras varias se parecen mucho, puesto que se ha podido comprobar, en toda la ingenuidad de los hombres, la galantería de las mujeres y mi propia imaginación. Pienso que haría bien en omitir algunos pequeños incidentes de mi juventud, para llegar antes a los magníficos triunfos y a las ilustres desgracias que me han expuesto a la envidia y a la admiración de mis contemporáneos.

Diversas desavenencias con mi suegra y con la policía – esta última no era la más odiosa de ambas, – me obligaron a alejarme de Roma. Como tenía un acento siciliano muy pronunciado y no sabía ni una sola palabra de alemán, consideré que sería elegante hacerme pasar por un oficial prusiano, y me presenté atrevidamente en Florencia, en Verona y en Messina, como el coronel Immermann. Mi Lorenza, un poco asombrada al principio, pronto se acostumbró a nuestra vida errante; resultó ser una adorable coronela.

Observarás, mi querido carcelero, que no he comentado ni una palabra de mis viajes a Alejandría, el Cairo y Egipto, respecto a los que tanto se ha hablado. Lo cierto es que no recuerdo del todo haber visitado esos lejanos países. ¿Qué fui a hacer allí? Aprender química y el arte de curar. Sabía todo lo que se puede saber, es decir casi nada, y poseía además lo que nadie hubiese podido enseñarme, el poder de dominar las voluntades mediante la mirada y el talento de la observación por el cual debí de pasar por brujo.

En cuanto a Malta, es cierto que residí allí durante varios meses, y que fui muy bien acogido por monseñor Pinto, el gran maestro de la orden. Todavía puedo ver a ese firme y robusto anciano que me miraba con ternura y me hablaba con voz paternal. Un día le pregunté, con el alma turbada, si no había conocido una bella mujer llamada Felicia Braconieri. Él respondió: «¡Hijo mío! ¡Hijo mío!» volviendo la cabeza, lo que no me impidió ver dos gruesas lágrimas caerle lentamente de los ojos. Abandoné Malta. Dejemos eso; no quiero decir nada más del gran maestro Pinto que tenía el rostro grave de un viejo templario. Jamás he pensado en él sin una profunda ternura.

En Bérgamo, como estaba muy escaso de dinero, me hice con un pequeño laboratorio donde fabricaba perlas para comprar medias de seda a mi querida Lorenza. Mis perlas eran falsas, pero mucho más bonitas que las auténticas; creía no estafar a nadie vendiéndolas a buen precio.

Uno de mis amigos, el marqués de Vivona, trató de hacer topacios; lo logró malamente, de modo que los joyeros se percataron de su superchería, y el fiscal se involucró en el asunto; resultando por tanto que tuve que dejar Bérgamo un poco precipitadamente porque los topacios del marqués habían hecho recaer las sospechas sobre mis perlas.

Venecia se emocionó mucho con la llegada de un príncipe siciliano, que viajaba con la princesa de Trébizonde, y que consentía en vender a las personas distinguidas el Elixir de larga vida. ¡A veinte ducados el frasco! ¡Excelente compra, decían los que lo adquirirían, pues, por una pequeña suma, se obtenía una especie de inmortalidad, que, por término medio, y cuando el comprador estaba en la mayoría de edad, duraba bien unos ocho o diez años. En cuanto a mi, casi me producía pérdidas, porque el vino de malvavisco que metía en los frascos era muy caro ese año, pues las viñas se habían congelado. También mezclaba vino de Egipto para asegurar una posteridad numerosa al más viejo Abraham y a las más estériles Saras. Me gusta creer que esta preparación nunca dejó de hacer efecto. No me atrevería sin embargo a afirmarlo, habiendo el destino querido que permaneciese siempre menos de nueve meses en las ciudades en las que vendía ese famoso vino del que desgraciadamente perdí la receta. Pero imagino que la volveré a encontrar si alguna joven hermosa tiene necesidad de emplearla.

Fue en Venecia cuando a punto estuve de morir de miedo, a causa de un milagro que hice; todavía era joven y estaba poco acostumbrado a mis prodigios.

Lorenza y yo estábamos, – quiero decir la princesa de Trébizonde y el príncipe siciliano, – en una compañía donde se estaban inquietando por una dama que era esperada y no llegaba. Un caballero se ofreció a ir a buscarla y durante la ausencia de este otra persona dijo: «¿Pero que puede estar haciendo?» Yo respondí por instinto: «Tal vez se vea obligada a jugar al tresillo». El tresillo, en esa época, era un juego muy de moda entre las damas italianas. Se me tachó de loco y que, sin duda, una indisposición era la causa del retraso.

Eso me ofendió. –«Os digo que juega al tresillo»–exclamé. Luego, sin saber demasiado lo que hacía, trace un cuadrado sobre el suelo con la punta de mi espada, pasé las manos por encima y entonces, en una especie de niebla, se vio formar la figura de la dama jugando, en efecto, con tres de sus amigos, los tres muy conocidos de las personas con las que yo me encontraba. ¡Pensaréis que se produjeron gritos y gestos airados! Pero nadie quedó más estupefacto que yo; pues la persona susodicha llegó entre tanto y declaró que había perdido la noción del tiempo jugando una partida de tresillo con unos caballeros que nombró y que eran precisamente lo que yo había hecho aparecer.

Esta aventura, – añadida a algunas otras de las que ya he hablado, – me turbó particularmente. No estuve muy lejos de creer que poseía facultades negadas a la mayoría de los hombres; me creía autorizado a pronunciar, con respecto a todo, palabras misteriosas, y para llevar la cabeza alta con un aspecto que se pudiese distinguir mi magia desde una legua.

Desde entonces me dediqué a decir la buenaventura y a curar las enfermedades mediante la imposición de manos. Mis profecías valían tanto como las demás, y se verificaban a menudo. En cuanto a mi medicina, debo convenir que resultaba muy exitosa, sobre todo con los enfermos pobres; estos se curaban muy pronto; yo les pagaba por ello.

Pero abandone Italia, donde mi querida Lorenza era muy cortejada. No ignoro que se ha hablado de haber tolerado sus coqueterías e incluso de haberla instado a poner buena cara a algunos personajes ricos y de alto rango. Es así como la calumnia desvirtúa las más puras intenciones. Es cierto que, poco celoso por naturaleza, no veía con malos ojos a mi Lorenza coquetear, cantar, bailar, en una palabra divertirse de todos modos con hombres de su edad o incluso un poco más viejos que ella; yo le indicaba, entre los caballeros de nuestra sociedad, como lo debe hacer un marido prudente, aquellos que, por su nacimiento, su virtud y su estado en el mundo, merecían más consideración. ¿Debía yo, ser un ladino y gruñón y exigir que mi esposa se alejase de las personas

animadas con las mejores intenciones a nuestro respecto? A ella le gustaban las bellas telas, los diamantes, las perlas, sobre todo las que yo no fabricaba; ¡nada más natural en su sexo! Y yo, ¿yo hubiese debido prohibirle recibir, en las ciudades por las que pasábamos, regalos que no conllevaban consecuencias! Hubiese sido una despiadada tiranía. Por añadidura, conde Cagliostro, conde Fénix o caballero Pellegrini, era de alta alcurnia para que pudiesen calumniarme en voz alta. Sin embargo, algunos cuchicheos maliciosos acabaron por herirme y decidí partir para Inglaterra, donde los corazones son menos calidos y las lenguas más reservadas.

En Londres, – que es el mayor barrio del mundo, – tuve la ocasión de ejercer con frecuencia una de las habilidades que me hicieron famoso, la de adivinar el estado de las personas, sus inclinaciones, sus repulsiones, sus aventuras pasadas y a veces incluso sus nombres, mediante la única inspección rápida de sus rasgos y sus rostros. Al mismo tiempo, mi presciencia cada vez era más lúcida; y no pude dejar de pasar por alto una nueva prueba que se me ocurrió.

En el domicilio de un banquero que me había concedido un crédito, se me presentó un día a un cuáquero que tenía la doble reputación, merecida según se aseguraba, de ser perfectamente casto y absolutamente avaro. Como durante la conversación se jactaba de su continencia y su economía, me vi en la obligación de decirle que yo estaría asombrado si, en poco tiempo, no desembolsase mil libras esterlinas para una mujer a la que él amaba. Esta predicción fue juzgada tan absurda y presta a la carcajada que me retiré, casi ofendido, en compañía del marqués Agliata, un aristócrata italiano que viajaba conmigo. Esa tarde no teníamos ocupaciones urgentes; aprovechamos la ocasión para visitar los monumentos de la ciudad, algunos de los cuales son extrañamente grandiosos; aunque era bastante tarde cuando regresamos al hotel, habíamos también recorrido las tabernas. Cuando deseaba las buenas noches a mi compañero, escuchamos unos gritos en la habitación de Lorenza. Me precipité de inmediato, seguido de Agliata. Mi querida esposa estaba siendo acosada por un traidor que se había introducido en nuestro apartamento, y que la abrazaba con fuerza, a pesar de los gritos que ella emitía y la honrada resistencia de la que era capaz de oponer. Pronto detuvimos al intruso, y mi primera idea fue entregarlo a la justicia. Pero Agliata me hizo observar que el escándalo siempre es ruidoso en este tipo de asuntos; que él tenía otros medios para castigarlo; y que, sin duda, el culpable no vacilaría, si tenía alguna fortuna, en proporcionarnos una suma importante para evitar ser apaleado y denunciado. Yo hice varias objeciones. Odiaba ganar dinero sin un duelo donde el honor de mi mujer y el mío no hubiesen corrido algún peligro. Pero cuando Lorenza me hubo asegurado que el daño que ella había sufrido no tenía nada de irreparable, me doblegué y consentí en recibir tres mil libras esterlinas. El culpable aceptó. Ahora, juzguen mi sorpresa, cuando ayudándolo – después de que nos hubiese dado su dinero – a poner una especie de traje que él había quitado no sé por qué, reconocí al cuáquero tan famoso por su avaricia y su continencia.

Sin embargo, las divinas facultades que yo debía a la naturaleza – más que al arte – no hubiesen encontrado un empleo digno de ellas, sin un suceso que cambió mi vida y decidió mi destino.

X

De una sala negra, de una sala blanca; de diversas cosas que creí ver, y de un hombre que vi.

Una noche, – hacía cuatro años que seguía estando muy enamorado de mi esposa Lorenza y me encontraba en Frankfurt, que es una ciudad célebre por su Ayuntamiento donde se coronan a los emperadores y por su calle de los Judíos, – una noche, digo, salía de un tugurio en compañía de mi íntimo amigo el marqués Agliata. Aunque me hubiese hecho antes alguna jugarreta, abandonándonos a Lorenza y a mí en un hospedaje de Dantzic sin un florín, yo lo frecuentaba con placer. Le perdonaba de buen grado algunos defectos, como ser mentiroso, estafador, borracho, – pues hay que tener en cuenta las imperfecciones de la naturaleza humana, – y no lo tomaba demasiado en serio, puesto que llevaba un nombre de aristócrata cuando en realidad era hijo bastardo de un trapero de Berna, en Suiza. No hay nada más reprobable ni más pueril, en mi opinión, que usurpar títulos nobiliarios, pues la verdadera nobleza es la del alma.

Así pues, el caballero Pellegrini, – ese era el nombre que yo utilizaba por aquel entonces, – y el marqués Agliata salían de un honrado tugurio de Frankfurt. Me disponía a regresar a mi casa, cuando mi compañero me dijo:

–¿Escuchas las campanadas?

Yo agudicé el oído, y tras haber contado las campanadas de un reloj lejano, respondí:

–Es medianoche.

–Hermano, es a esta hora cuando te conocí, hace hoy tres años, en Roma, al pie de la horca donde estaba todavía colgado mi digno amigo Ottavio Nicastro.

–Es cierto, – dije; – Octavio Nicastro, un día que jugaba con su puñal, había cometido la torpeza de hundirlo en la garganta de un transeúnte en lugar de guardarlo sencillamente en su vaina.

–¿Sabes quién era aquel transeúnte?

–No.

–Era el obispo de Mesina que, la víspera, había obtenido del Santo Padre una bula de excomunión contra los Iluminados de Alemania. Hace tres años que te sigo, que te observo. Hermano, soy dichoso de enseñarte: tu noviciado está finalizado y serás iniciado desde esta misma noche en los trabajos del Areopage.

No pude impedir sonreír.

–¿Entonces, estás afiliado a esa secta? En lo que a mí respecta, hace tiempo que he conquistado los más altos grados de la masonería y soy el jefe de mis iguales.

Él sonrió a su vez.

–Sí,– dijo con tono bromista,– tú has sido admitido en la logia de la Alta Observancia, en Londres; Lorenza ya fue admitida también; ¿crees que no lo sabíamos? En la misma ceremonia, recibisteis el Tablero, el Cordón, la Escuadra y el Compás; tu esposa obtuvo, además, una liga sobre la que están bordadas estas palabras: «Unión, Silencio, Virtud»; y a partir de ese momento se le ordenó acostarse siempre con esa liga en el muslo. Personas dignas de confianza me han afirmado que ella nunca se sustrajo a esa obligación.

Como yo sabía que al marqués le gustaba bromear, no opté por tener en cuenta esas desagradables palabras hacia mi querida Lorenza; pero estaba sorprendido de ver con cuanto detalle estaba informado de nuestra iniciación.

–También sabemos, –continuó–, que en otros lugares, en Nuremberg, Berlin, Stugart, Heidelberg, has pronunciado sorprendentes discursos y hecho aparecer ángeles.

–¿Estás seguro? – le pregunté.

–Desde luego.

–Hablé, sí. ¿Pero estás seguro de que yo haya hecho aparecer ángeles?

–Por supuesto. Los Iluminados jamás se equivocan.

–Después de todo, es posible, – respondí soñando un poco.

–No lo dudes, Joseph Bálsamo. El cielo, que tiene grandes designios para ti, te ha infundido una rara virtud que hace obedecer a los seres celestes no menos que a los terrestres. Esta fuerza ni tú mismo la crees, y la atribuyes frecuentemente a tus mentiras y a tus artificios de efectos que en realidad se deben a un misterioso poder. Eres una especie de profeta que se burla de sus profecías, un hacedor de milagros que piensa ser un estafador. Es por ello por lo que el dirigente supremo me ha encargado permanecer a tu lado como Iniciador. ¡Ven a nosotros! Serás un jefe de nuestra Obra, y te revelaremos tu misión. ¡Ven, hermano mío, si no temes enfrentarte cara a cara con la verdad y si posees un corazón capaz de no desfallecer en medio de las pruebas!

Cada vez estaba más sorprendido de las palabras de mi compañero y sobre todo debido al tono con el cual las pronunciaba.

–¿Quién eres entonces? – pregunté.

–Lo sabrás – dijo.

Apenas acabó de hablar, me sentí levantado por unos robustos brazos; antes de que hubiese podido girar la cabeza y protestar, tenía una venda en los ojos y una mordaza en la boca; fui transportado. Un ruido de ruedas sobre el pavimento me indicó que se me estaba conduciendo en una carroza. Todo eso no me gustó; tengo un espíritu que se acomoda fácilmente a las aventuras inesperadas, y me había desacostumbrado a los temores habituales de los demás hombres. Por otra parte, me parecía seguro, según lo que me había dicho el marqués Agliata, que se me conducía a alguna reunión de Iluminados, y siempre había tenido el deseo de ingresar en esa asociación sobre la que corrían mil historias tenebrosas.

Se sabe que es bastante desaconsejable tratar de considerar el tiempo que transcurre cuando se está sumido en las sombras; sin embargo pienso que el viaje no duró más de dos o tres horas; debió ser a poca distancia de Frankfurt cuando se detuvo el coche. Una mano me agarró por el brazo, sólidamente, pero sin violencia, y una voz, que no era la del marqués, me dijo con cortesía:

–Tenga la bondad de descender, señor Bálsamo.

Obedecí. Mis guías – pues al ruido de sus pasos me percaté que eran tres o cuatro – mis guías y yo caminamos durante un buen rato; sentí un viento fresco mover mis cabellos; luego se produjo una detención de algunos minutos, durante la cual un sonido de hierros chirriando me indicó que se abría una puerta. Se me dijo:

–Pasad. Cuando hayáis contado sesenta escalones descendentes, os detendréis y esperaréis.

Yo avancé sin vacilar; comencé a descender una escalera que me pareció ser de piedra. Me sorprendía que, a medida que me hundía en las profundidades del duelo, no experimentaba esa sensación de humedad concentrada, de aire más enrarecido, que se produce cuando se penetra en una cueva o en otro lugar subterráneo. Por el contrario, me parecía que el espacio se ampliaba en mi derredor, que una brisa pura y sana como los vientos de alta mar me envolvía, me empujaba suavemente; este descenso me daba la impresión de una ascensión; si mi venda hubiese caído en ese momento, no me hubiese en absoluto sorprendido de encontrarme sobre la cima de una montaña, en la intensa claridad del aire libre, por encima de las nubes.

Después del sexagésimo escalón me quedé inmóvil, tal y como se me había ordenado hacer.

¿Qué iba a ocurrir? No me sentía inquieto, pero mi curiosidad estaba considerablemente expectante.

La venda voló de mis ojos. Digo que voló, pues fue desatada como por arte de magia, y tuve la impresión de que se produjo un aleteo por encima de mi frente.

Miré. Estaba en una sala muy amplia y sombría, cuadrada, toda de mármol negro. Del techo, apenas visible de lo elevado que se encontraba, colgaba, al extremo de una larga cadena de oro, una lámpara redonda, roja, que parecía un enorme rubí.

Ni un asiento, sino un escabel de mármol delante de una mesa, igualmente de mármol, donde se encontraba un pergamino desplegado al lado de una especie de pluma para escribir. Esta sala tenía la majestad siniestra de un templo sepulcral cuyo dios estuviese muerto.

Sobre una de las paredes negras, aparecieron unos signos, formando estas palabras:

«Sí, esto es un sepulcro. El hombre que entra aquí no entrega su cadáver, sino su alma purificada y renovada.»

Permanecí confundido con esa muda respuesta a mi pensamiento; tal vez había pensado en voz alta.

Los signos de desvanecieron y dieron lugar a otros que me dijeron:

«Siéntate, escribe, confiesa.»

Esta orden no tenía nada de sorprendente; esas especies de «confesiones escritas» o de «testamentos» preceden de ordinario a las iniciaciones masónicas. Me senté, tomé la pluma, pero no había tintero en la mesa. No sabiendo como escribir, levanté la cabeza instintivamente, y leí sobre la pared sombría:

«Que tu vida trace tu vida.»

No era difícil comprender que debía escribir con mi sangre. Desenvainé mi espada, y como era un buen cirujano, practiqué un ligero corte en la vena de mi brazo izquierdo; la sangre salió gota a gota, y en ella mojó el plumín.

Debo confesarlo: como no tenía ninguna razón para ser tan sincero con unos desconocidos que me interrogaban por intermediación de una pared, como con Frai Pancracio, mi digno carcelero y amigo, estimé oportuno añadir algunos complementos al relato de mis aventuras. Pasé por alto, tan rápidamente como me fue posible, los pecadillos que habrían podido no hacerme honorable, y me dispuse con más ahínco a poner de relieve aquellas de mis acciones que creí adecuadas para dar más lustre a mis virtudes. No oculté que había llevado durante tiempo el nombre de Acharat, que era seguramente el hijo de uno de los soberanos más poderosos del mundo, y que había visitado lejanas tierras dejando sobre mis pasos buenas acciones de todo tipo. Apenas acabé de confeccionar ese panegírico, cuando un estallido de risas reverberó tras mis hombros. Me volví; nadie. Cuando levanté la mirada hacia la pared de mármol que se elevaba frente a mí, leí esta luminosa palabra: «¡Mientes!» Un poco humillado, reconocí que había errado en contar la verdad, – que, en definitiva, no podía serme más que bastante ventajoso, – y retomé la pluma con la intención formal de mostrarme esta vez completamente franco. Allí permanecí estúpido, pues la hoja de pergamino sobre la que había escrito ya no estaba; otra la había reemplazado, en cuya cabecera leí: «Extracto del código escrutador»; y esa hoja relataba los hechos más íntimos de mi existencia, desde mi entrada en el convento de Castelgironne hasta la hora presente, sin omitir un detalle, sin hacerme incluso el favor de olvidar algunos malos pensamientos que había podido tener aquí y allá. Tal era la veracidad de esa biografía que mis confesiones apenas son tan verídicas. Pero lo que me sorprendió más que cualquier otra cosa, fue

que la escritura trazada sobre el pergamino se parecía perfectamente a la mía, o más bien era la mía en realidad. ¿Estaba en un lugar donde la necesidad de decir la verdad anulaba la facultad de mentir? Me sentí inundado de respeto y esperé con cierta angustia.

La espera no fue muy larga. No tardé en observar no sé qué lenta agitación de formas vaporosas al otro lado de las paredes. Estas, que yo había creído de mármol debían estar formadas de inmensas lamas de vidrio o de cristal; yo miraba con atención lo que se desarrollaba detrás de su oscura transparencia. Líneas y colores pronto se afirmaron, componiendo rostros, trajes, actitudes; y todos esos seres, que se movían silenciosamente, parecían vivos, pero con una vida particular que despertaba la idea de una resurrección más que la propia vida.

A través de la pared que tenía enfrente, se dibujó un palacio de granito rosa, sobre la terraza del cual dos hombres, en suntuosas vestimentas, se apoyaban acodados en cojines de seda; alrededor de ese grupo, jóvenes esclavas desnudas formaban rondas silenciosas, agitando sus brazos donde estaban incorporadas unas alas de ibis y de cigüeñas que refrescaban el aire; uno de los hombres llevaba la corona de doce puntas de los primeros faraones, y tenía en su mano colgante un cetro de metal incrustado de pedrerías, que parecía a punto de caer; el otro, tocado con la mitra de los grandes sacerdotes, tenía junto a él, sobre su diván, una larga cruz de ébano, donde se enroscaba una culebra de oro, imagen de su dios. El sacerdote y el rey permanecían inmóviles, con la frente hacia el cielo. Al pie del palacio se extendía una enorme llanura, completamente arenosa, donde una multitud de hombres, unos tirando unos carros, otros llevando sobre sus hombros piedras y sacos de tierra, caminaban penosamente hacia una colosal pirámide, todavía inacabada, allá abajo, bajo el azul deslumbrante del cielo. Se curvaban, se tambaleaban; varios se dejaban caer y no se volvían a levantar. Aunque estuviesen bastante alejados, me era posible distinguir sus rasgos; había sobre todos los rostros la expresión de una antigua fatiga, de una incomparable desesperación. Por instantes, la multitud hacía un alto; miraban con ojos llenos de cólera el gigantesco monumento, nunca terminado, y se hubiese dicho que no querían penar, sudar, sufrir. Pero entonces el faraón y el pontífice se levantaban sobre la terraza del palacio de granito rosa, bajando hacia la multitud, el uno con su cetro, el otro con su cruz, que se alargaban, se multiplicaban, se convertían en número desmesurado e innumerables; y esta nube de bastones, donde la culebra divina añadía millares de correas, fustigaba furiosamente a la multitud, obligándola a retomar, desfalleciente y jadeante, su eterna labor.

Yo me volví hacia otra pared.

Un pueblo victorioso regresaba hacia su ciudad. En su viril orgullo, tanto como en sus bucles bronceos, reconocí a los griegos de Lacedemonia. Con flores y sonrisas, jóvenes hermosas acudían a recibir a los vencedores; aquellas que incluso buscaban en vano a sus esposos o sus hermanos, no tenían lágrimas en los ojos; más lejos, sobre los muros de la ciudad gloriosa, los ancianos estaban juntos, apacibles, augustos, llenos de una alegría serena, y levantando hacia el cielo sus brazos agradecidos. Pero, en torno de la ciudad, en las llanuras donde el buey horada sus surcos, había, en gran número, criaturas lasas, viles, curvadas, que no se regocijaban; eran los esclavos de los hombres libres; aquellos que no tenían más patria que la ignominia y el trabajo sin salario, y cuya vida no era más que una eterna derrota.

Delante de la tercera muralla, me estremecí de horror.

Unos colgados de un techo de piedra por cuerdas anudadas que les desgarraban las axilas, otros extendidos sobre caballetes, aquellos con los pies en los cepos, los otros con el cuello en el cadalso, hombre, mujeres, niños también, desnudos, sangrantes,

torcidos, crispaban horrorosamente sus miembros, y todas las caras estaban convulsas por el rictus de los supremos dolores. En medio de la especie de cueva donde palpitaban esas formas trágicas, un amplio caldero humeaba encima de un gran fuego, y en el caldero estaban hundidos hasta medio cuerpo espantosos condenados. Sin embargo, sentados sobre grandes sillones al fondo del subterráneos, y dominando a los atormentadores y a los atormentados, dos sacerdotes vestidos de rojo consideraban esta escena; había sobre la pared un gran crucifijo de madera negra.

Cerré los ojos; cuando los volví a abrir, había sido transportado ante el cuarto muro, y no pude impedir sonreír.

En un salón de encajes y de seda, unas lámparas, donde temblaban llamas perfumadas, hacían reflejar las telas, destellar los dorados de las maderas ornamentadas, y ponían como sol en los paisajes de las tapicerías y en los camafeos de las puertas, donde se veían ninfas gordas y sonrosadas que se escapaban a medio camino de los abrazos de algún sátiro, con una audacia provocadora, con la punta de su pie blanco en el agua. Acodados en una mesa donde la espuma del vino de champán desbordaba unas copas, estaban un hombre y una mujer que cenaban. Los reconocí, habiendo visto a menudo sus rostros. Era un rey de Francia y la reina de ese rey. Ella era muy bonita con sus labios impertinentes que reían, con sus dos o tres lunares que endiablaban su rostro de ángel, bajo el polvo que se elevaba un poco a cada movimiento de su cabeza. El rey bostezaba. Pero ella tendió el brazo como para decir: «¡Mira!» y del otro lado de una cortina a medias elevada, el rey pudo percibir, en la penumbra de una pequeña habitación, una pálida figura de joven desnuda, que retrocedía asustada. Él la miró largo rato; su boca lasa, cuyo labio colgaba, mostró una lasciva sonrisa. Entonces Luis XV y Mme. Du Barry se pusieron a comer y a beber, charlando; lo que se decían debía de ser extraño, pues sus ojos se iluminaban, y aunque solos, no se atrevían a hablarse más que en voz baja. Este espectáculo no me disgustaba completamente; mi virtud se acomodó pronto a un poco de desenfreno. Pero de repente, pensé que me volvía loco. El champán en las copas apareció espeso y rojo, y cada vez que el cuchillo de uno de los convidados trinchaba el ala de una perdiz, me parecía que, del animal muerto, salía algo rojo también; al mismo tiempo vi que sobre las pinturas y sobre las tapicerías de las ventanas, las figuras ya no eran ninfas ni sátiros, sino miserables hombres, sentados sobre piedras de calabozos, con la cabeza pesada, o leñadores en los bosques, con el rostro completamente bañado en sudor mezclado con lágrimas, o trabajadores con el pie sobre su pico, desencajados, lívidos, o de mujeres furtivas, en harapos, teniendo entre sus brazos algo envuelto, que era un niño, y depositándolo, sin osar mirarlo una última vez, en el agujero negro de una muralla. Ni el rey ni la favorita parecían observar esos cambios. No, ellos no se dieron cuenta de que las paredes de la habitación estaban ahora decoradas con sus víctimas vivas. Luis XV bebía el vino rojo con aire satisfecho y hacía chasquear su lengua. Incluso tuvo un gesto de desdeñosa despreocupación, y creí comprender, en el movimiento de sus labios, que pronunciaba esta palabra que después, ha sido tan a menudo reprochada: «¡Después de mí el fin del mundo!» De repente la botella de champán, sin que nadie la hubiese empujado, cayó sobre la mesa, y con horribles *glous glous* salió una ola espumosa, que cubrió todo el mantel, mojó los vestidos de los convidados, se extendió sobre las flores de la alfombra, se hinchó, hirvió, discurrió por el suelo y llegó a las paredes, como si toda la sangre de la Francia martirizada hubiese brotado de la botella. Bajo esta marea creciente desaparecieron, siempre sonrientes, Luis XV y Mme du Barry, y los muebles, y las siniestras cortinas, y toda la habitación. Ya no veía más que un amplio arroyo púrpura que humeaba y espumeaba, y era como una sangrante avalancha cuya opacidad no dejaba siquiera transparentar las ruinas que arrastraba, y donde distinguí solamente, tras algunos

minutos que me parecieron desmesuradamente largos, dos pecios flotando pronto sumergidos: un cetro y una cruz.

Las visiones de desvanecieron. No tenía a mi alrededor más que silencio, soledad, sombras; meditaba sintiendo pensamientos nuevos surgir en mi cerebro.

Pronto me pareció que la losa sobre la que me mantenía de pie se movía y se elevaba; sí, por pusilanimidad, había dado un paso hacia delante o hacia atrás, hubiese caído y me hubiera roto el cráneo contra el mármol; no me moví, dispuesto a todos los peligros, decidido a afrontar todos los espantos. Un esplendor de antorchas encendidas deslumbró mis ojos; mi cuerpo emergió en otra sala, de mármol blanco, donde, sobre unas gradas circulares, estaban sentados unos hombres en numero imponente, vestidos con amplios frac rojos, con el rostro medio oculto bajo unas capuchas, sin insignias, inmóviles.

Uno de entre ellos habló; – más tarde supe que era el jefe de los Epoptes, – me dijo sin levantarse:

–¿Has visto?

–He visto – respondí.

–¿Has comprendido?

–He comprendido.

Añadió:

–Mira todavía.

A algunos pasos ante mí resplandecía una mesa sobrecargada de piedras preciosas y monedas de oro; sobre este montón de riquezas brillaban un cetro, una corona y una espada; y yo admiraba, al pie de la mesa, sobre un cojín púrpura, una cruz con ornamentos episcopales.

El jefe de los Epoptes continuó:

–Si esa corona, ese cetro, y esos otros monumentos de la degradación e imbecilidad humanas tientan tu orgullo, si es eso en lo que sueñas, si quieres ayudar a los reyes a oprimir a los hombres, nosotros podemos darte un trono, pues nuestra voluntad tiene este nombre: ¡Todopoderosa! Pero nuestro santuario te será cerrado, y te abandonaremos a las consecuencias de tu locura. ¿Quieres por el contrario, dedicarte a hacer a los hombres felices y libres? Se entonces bienvenido. Hombre, interroga a tu corazón y elige.

No puede impedir pensar, aparte que allí había algo de agradable en ese ofrecimiento de la realeza, hecha al hijo de un decorador de Palermo, que, antes, hubiese cedido de buen grado por un plato de macarrones todos los derechos que hubiese podido tener en los tronos de la tierra. Pero yo me cuidaba mucho de parecer sorprendido; paseé una mirada de desdén sobre esos símbolos de la grandeza terrestre, y dando un paso hacia delante, tire con la mano la corona, los florines de oro y las piedras preciosas. Confieso que los espectáculos que se me habían ofrecido habían producido una profunda impresión en mi espíritu; además sospechaba que, si hubiese aceptado la corona, se hubiesen guardado bien de no dármela.

Dije una frase conveniente:

–¡Que todos los reyes perezcan aplastados bajo sus tronos!

Entonces el gran Epopte se levantó:

–Joseph Bálsamo, voy a recibir tu juramento.

Detrás del jefe de los sacerdotes se distinguió el muro de mármol blanco, y apareció un altar, donde un gran crucificado – que no era una vana imagen, sino un hombre real con una llaga sangrante en el costado, – suspiraba en los estertores de la agonía.

Me arrodillé.

–En el nombre de Jesús de Nazareth, que es el Dios de los pobres y los oprimidos, – dijo el sacerdote, – juro destrozará los lazos carnales que te vinculan todavía a tu padre, madre, hermano, hermana, esposa, parientes, amigos, amantes, reyes, jefes, bienhechores, y todo aquel al que hayas prometido fe, obediencia, gratitud o servicio.

La obligación de renunciar a los lazos carnales que me vinculaban a mi esposa me turbó algo. Pensé que mi querida Lorenza no dejaría de desaprobarme ese compromiso; pero, observando que las palabras «lazos carnales» podían ser entendidas de diversos modos, respondí:

–Lo juro.

–¿Juras renegar del lugar que te vio nacer, para ascender a otra esfera, donde no llegarás más que tras haber abandonado este globo apestoso, vil excrecencia de los cielos?

Como Palermo es una ciudad bastante malsana, donde tenía muchos acreedores, no vi ningún inconveniente en renegar de ella y dije:

–Lo juro.

–¿Juras revelar al jefe, que te será conocido desde hoy, lo que hayas visto o hecho, leído o entendido, aprendido o adivinado, e incluso de buscar y esperar lo que no se ofrecería a tus ojos o a tus orejas, para confiarlo?

Eso no me pareció mal, pues soy curioso y valiente.

–Juro.

–Juras honrar y respetar la empuñadura, la espada y las demás dagas, el agua tofana, la cantarela y los otros venenos, como medios seguros, rápidos y prudentes de liberar el mundo, mediante la muerte o la locura de aquellos que buscan envilecer la verdad o arrancarla de nuestras manos?

–Lo juro.

–Juras aún que evitarás España, Nápoles y cualquier otra tierra maldita.

–Lo juro.

–Juras finalmente, ¡oh hermano mío! Que huirás de la tentación de desvelar los misterios en los que vas a ser iniciado y el secreto que conocerás. Piensa que el trueno no es más rápido que la muerte que te golpearía a la hora de tu traición, ¡en cualquier lugar del mundo en el que estuvieses!

–Lo juro.

Se produjo un gran silencio. Mientras tanto, yo esperaba arrodillado un tanto inquieto. La curiosidad de ser iniciado en los últimos misterios, de conocer el secreto supremo, no me impedía pensar con una especie de estremecimiento en las crueles ceremonias en las que se completaba, según se me había asegurado, la afiliación a la secta de los Iluminados.

El jefe de los Eoptes dijo:

–Levántate. No será en esta sala donde te será comunicada la Palabra. ¿Ves esa puerta que está en la pared, a tu derecha, y que parece cerrada? ¡Ve hacia ella y empújala, entra, y que el gran Arquitecto del Universo te proteja!

No hay que decir que esas palabras no tenían nada de tranquilizador; el gran Arquitecto del Universo podía tener otras intenciones en mente; sin embargo, hice de tripas corazón y me dirigí hacia la puerta que se me había indicado.

¿Qué iba a ver allí? ¿Con qué espantos me iba a encontrar?

Había oído hablar de fantasmas agitando cadenas alrededor de precipicios donde os obligaban a arrojaros, de cien puñales dirigidos hacia vuestro pecho, de vasos de sangre que había que beber, de calderos hirvientes donde había que sumergirse completamente.

Empujé la puerta de mármol y me encontré en un pasillo absolutamente oscuro, que me pareció muy estrecho.

¿Por qué desconfiaba? Tenía miedo; sentía gotas de sudor frío humedecer mi frente y mis sienes.

De repente el suelo se abrió a mis pies; me vi engullido y emití un grito desesperado, cerrando los ojos.

Es probable que no cayese desde muy alto, pues no me hice ningún daño; pero mi asombro fue tan grande como si hubiese llegado al más profundo de los infiernos, en medio de diablos agitando sus tridentes.

Me encontraba en un despacho, poco amplio y sencillamente amueblado con una mesa, algunas sillas, una biblioteca que debía contener dos o trescientos volúmenes. Bajo la luz de una lámpara, cuya tulipa verde aislaba la claridad, un hombre, que me pareció joven todavía, ojeaba un grueso libro con la cabeza inclinada; ante él tenía dos tazas de porcelana blanca, al lado de una tetera de donde salía una ligera humareda.

–¡Ah! ¡ah! ¿sois vos, señor Joseph Bálsamo? – dijo

Había girado su rostro hacia mí. Era un hombre joven, en efecto; no debía tener más de treinta años. Bajo unos cabellos tan rubios que parecían casi blancos, como los de los niños pequeños, su rostro, un poco pálido, estaba sonriente; tenía en sus ojos azules, muy grandes, una profunda dulzura, y como un candor de virgen. Observé que llevaba un camisón de un color casi apagado, y que tenía en los pies unas zapatillas bordadas.

– Tened la bondad de sentaros, – dijo en italiano, pero con acento alemán muy pronunciado; – me alegro de conoceros.

Tome asiento donde me indicaba, sin saber que creer ni que decir. Él prosiguió:

–Pues bien, ¿qué pensáis de nuestras pequeñas diabluras? Por lo demás, he recomendado que se os ahorrasen las pruebas absurdas que no son útiles más que para disuadir y confundir a las almas banales; supongo que se ha hecho según mis instrucciones.

Adoptaba modales familiares, cordiales, un aire muy sencillo que en absoluto parecía fingido.

–¿Quién sois vos, señor? – pregunté.

–¡Ah! es justo; vos no me conocéis; vuestra curiosidad es legítima. Pues bien, mi querido conde, yo soy el barón Spartacus de Wisshaupt, para serviros, si soy capaz de ello.

¡El barón de Wisshaupt! Ese hombre que estaba allí, ante mí, bajo su lámpara, al lado de la chimenea, era el terrible quijote que, junto con el barón de Knige, que se hacía llamar Philon, con Swach, que se hacía llamar Caton, con el marqués de Constanza, que se hacía llamar Diomedes, con el librero Nicholaï, que se hacía llamar Lucien, había fundado la asociación del Areopago; el jefe al que obedecían los iniciados de cualquier grado, los Novicios, los Minervales, los Mineros, los Mayores, los Eoptes, los Regentes, los Filósofos y los propios Hombres-reyes; el todopoderoso que con una señal podía hacer levantarse cien espadas y hacer cader cien cadáveres, y quien, cuando quisiera, precipitaría contra los tronos los cincuenta mil iniciados de Baviera, los ochenta mil masones de Prusia, y los doscientos mil iluminados de Rusia, de Holanda y de Francia!

–Se exagera un poco, – dijo con una sonrisa, pues comprendió lo que yo pensaba. – Pero lo cierto es que disponemos de alguna influencia, y que tenemos proyectos bastante ambiciosos. Fijaos, en el momento en el que vos habéis llegado, me ocupaba precisamente de un asunto de cierta importancia, en el cual vos nos seréis de utilidad, supongo.

–Hablad– respondí.

–¡Oh! no es más que un pequeño comienzo. Se trata de deshonar a la realeza comprometiéndolo a la reina de Francia. Pero permaneced sentado, mi querido señor Bálamo, y permitidme servir una taza de té...

FIN DEL PRIMER LIBRO

LIBRO SEGUNDO

EL COLLAR DE MARÍA

LIBRO SEGUNDO

EL COLLAR DE MARÍA

I

Donde se verá que me parecía a la vez a Jesucristo, a César y a Cromwell.

Varios años más tarde, me encontraba en Mittau, que es la capital del gran ducado de Courlandia; no es realmente una ciudad muy agradable, pero había sido acogido allí por toda la nobleza y por el gran duque con un tan profundo respeto que, por cortesía, consideraba que debía permanecer allí algunos meses. Mi querida Lorenza se quejaba un poco de la falta de diversiones, e incluso a veces bostezaba; no había nada malo en ello porque en su bonito rostro el bostezo no era más que una especie de sonrisa que hacía abrir más su boca: esa rosa perlada.

Creo que pocas personas habrían reconocido en el ilustre conde de Cagliostro al pequeño monje cuyos amores juveniles y escapadas he contado. Tenía un gran aspecto y un magnífico porte, y llevaba un tren de vida que hubiese hecho palidecer de envidia a más de un príncipe. Es evidente que era rico, puesto que era pródigo. Distribuía más oro a los pobres como mi alquimia prometía generar a los ricos bastante ingenuos para creerme. ¿De dónde procedían esas riquezas? Es inútil decirlo; prefiero que lo adivinen. Añado que sobre mí circulaban leyendas de las que tenía motivos para enorgullecerme; nadie ignoraba que había encontrado la piedra filosofal, que con una sola mirada convertía en diamante un guijarro del Rin, que leía el futuro como un abad en su breviario, y que me bastaba imponer las manos a un enfermo para que fuese curado de inmediato.

Todo eso era falo; mis curas, mis profecías, los muertos evocados por mi voluntad, eran el pasatiempo de todas las naciones civilizadas; es incuestionable que a mis propios ojos hubiese sido el más extraordinario y el más considerado de los hombres, si no hubiese sido un dios.

Esa mañana me sentía de muy buen humor. Había recibido agradables noticias de la Logia de Viena en Austria, donde el venerable Saba II me había evocado en presencia de todos los hermanos; parece que yo los había honrado con mi aparición, transportado por los aires por siete ángeles, en medio de una nube, y que les había dirigido un discurso lleno de hermosos pensamientos. Desde luego era capaz. El venerable Saba me testimoniaba su agradecimiento, y añadía, hablando de Lorenza: «¿Me atrevería a rogaros, oh mi padre adorado, oh mi Todo, oh mi Maestro eterno, ofrecer mi respeto y mi humilde obediencia a la divina Maestra?» Todo iba a las mil maravillas. Sin embargo me propuse hacer saber a los masones de Viena que harían bien en no evocarme a menudo de ese modo, porque esos viajes aéreos, aunque los hiciese en espíritu y sobre alas de ángeles, no dejaban de fatigarme un poco.

Tras haber recorrido algunas otras cartas, de las cuales una me había sido dirigida por la emperatriz de Rusia, que me solicitaba que acudiese a su corte, hice sonar una pequeña campana de oro puro, – yo no la había fabricado, – que estaba al alcance de mi mano.

Uno de mis servidores entró.

–Haz abrir las puertas del palacio. Acabo de ser advertido de que la Sra. de Recke me concede el honor de una visita.

Aunque habituado a mis dones, el criado no pudo disimular su asombro.

¿Por quién había podido ser avisado de esa llegada?

–Apresúrate, – le dije,– la carroza está a cincuenta pasos de la puerta.

Lo cierto es que yo había percibido el coche, fácilmente reconocible, de la Sra. de Recke, en uno de esos espejitos inclinados que por costumbre se aplican en el reborde exterior de las ventanas en Alemania y Courlandia. Había juzgado conveniente sorprender a mi criado. No hay que desdeñar ningún medio de hacerse valer, sobre todo a ojos de los inferiores.

La superstición de un criado, puede convertirse en una creencia de príncipe.

No comentaré más que algunas palabras de la Sra. Recke, aunque haya conservado de ella el más agradable recuerdo. Joven, bella, – bella sobre todo por la profundidad ensoñadora de sus ojos, – muy rica, lo que no tiene nada de irritante, y muy influyente sobre la nobleza del gran ducado, yo no había tardado mucho en hacer de ella una amiga, y me atrevo a decirlo, una especie de esclava. En cuanto a esto último no había tenido muchas dificultades. Esta encantadora mujer inclinada a lo místico; creo incluso que era un poco sonámbula; tenía un cariño apasionado por el Salvador del mundo, y diría que vagamente enfermizo, que la hacía caer en éxtasis a la simple vista de una imagen de Jesucristo. Creía que yo me parecía a su celeste amante. El hecho es que esta semejanza era puramente quimérica, pues yo comenzaba a echar ya un poco de barriga.

Pero permitía que la Sra. de Recke se mantuviese en un error que le resultaba muy querido. ¿Hubiese podido abusar de la devoción que me testimoniaba faltando a mis deberes de esposo? Era posible, pero tenía mucho cuidado de no hacerlo. Amándome, quizá hubiese dejado de adorarme.

Cuando entró en el salón donde yo la esperaba, tuve grandes dificultades en impedirle que se arrodillase; pero no puede evitar que me besase las manos.

Tenía los labios frescos como una rosa húmeda por el rocío.

–Amiga mía – le dije –, os agradezco vuestro celo, pero no puedo aceptar el ofrecimiento que me venís a proponer. Mi misión me ocupa por completo y no es compatible con las ocupaciones que me ocasionaría el gobierno del gran ducado de Courlandia.

–¡Oh, maestro! – exclamó, – ¿quién ha podido instruiros de ese modo?

–Vos sabéis, – respondí sonriendo,– pues era mi costumbre, sobre todo con las mujeres, mezclar un poco de familiaridad en los milagros; – vos sabéis que todo me es conocido. Pues bien, lo digo sinceramente, la corona gran ducal no tiene nada que pueda seducirme. Yo os estoy muy agradecido por haber hecho campaña a mi favor ante el conde de Medem, el conde de Howen y el mayor Vonkorf, con quien vuestra conferencia duró ayer hasta una hora muy tardía avanzada la noche; pienso, como vos y como ellos, que los Estados de Courlandia no rechazarían derrocar al príncipe reinante; y, desde luego, no tendrían ninguna dificultad para elegirme como su sucesor. Pero no hablemos de eso, os lo suplico. Son otros tronos a los que aspiro. Y, además, tengo cierta amistad con Su Alteza.

Ella se arrojó a mis pies; me instó a que consintiera que fuese el soberano de su país. La conspiración estaba bien urdida; yo mismo reconocía que el éxito estaba asegurado; solamente yo podía dar dicha a la pobre Courlandia. Pero le dije seriamente:

–Mujer, ¿por qué me tientas?

Ella se humilló. Le impuse como penitencia permanecer tres días sin ser admitida en mi presencia. Como lloraba mucho: «Bueno, ¡dos días solamente! Pero no rebajaré ni una hora.»

Cuando hubo partido, mi esposa entró violentamente (sin duda había escuchado tras la puerta) y me dijo:

–¡Hay que reconocer, Joseph, que eres un gran idiota! Yo estaría muy contenta siendo gran duquesa.

La tomé sobre mis rodillas y le besé la oreja tan pequeña y rosada que tenía.

–Lorenzina, – le dije, – César rechazó la corona de las manos del general Marco Antonio, y Cromwell la rechazó de manos del general Lambert. Puedo afirmarlo, puesto que yo estaba en Roma en el año 710 de la fundación de esa ciudad, y en Londres en el año 1657.

–¡Estamos solos, tonto!– respondió Lorenza.

Lorenza es tal vez la única mujer del mundo que no me haya testimoniado nunca demasiado respeto: nadie es profeta en su cama.

II

La gran obra.

Una hora más tarde, vestido con una lana sin mácula y la mitra mágica en la frente, portando en mi cintura la serpiente, la vara y la espada, – pues la serpiente evita los malos Pensamientos, la vara evoca a los buenos Espíritus, y la espada aparta los Terrores, – me mantenía de pie, en el centro de una inextricable multitud de hornos, de retortas, vasijas y frascos de todo tipo, bajo altas vigas de donde colgaban extraños animales, vagamente agitados. Estaba en el laboratorio que el gran duque de Courlandia había hecho disponer según mis indicaciones, en su propia residencia. El sol, que se inclinaba hacia el horizonte, entraba magníficamente por una amplia ventana e iluminaba los ojos de esmalte de los animales muertos, hacía brillar el vidrio de los utensilios herméticos, y a mí me bañaba con un esplendor sagrado.

Golpearon en la puerta. Sin hacer un movimiento, dije:

–Seas quien seas, entra.

Se presentó el gran duque, vestido según los ritos, con un amplio vestido sin cinturón; tenía la cabeza descubierta y estaba descalzo.

–¿Quién eres tú? – pregunté.

Él respondió:

–Soy uno de los príncipes de la tierra donde nos encontramos.

–¡Tú no eres siquiera un gusano de la tierra donde dormiremos! – repliqué.–
¡Desdichado el que se enorgullece de su rango o su nacimiento en el asilo de la ciencia y la verdad! ¡Desdichado el que se hace llamar príncipe o rey, en presencia de aquel en el que reviven los ilustres magos de antaño: Osiris, que fue Dios; Orfeo, que fue profeta; Apolonio de Tyane, que decía de Jesús: «Mi hermano»; Raimundo Lulio, que fue el leñador del árbol del bien y del mal; Nicolás Flamel, que murió pobre en medio de la lluvia de oro que expandió por el mundo; Jerónimo Cardán, el asceta puro, cuyo espíritu se había liberado de las apariencias terrenales; Cornelio Agripa, a quien los emperadores y los papas enviaban embajadores; Guillermo Postel, que conquistó la doctrina absoluta; y el más grande de todos, Filipo Theofraste Bombaste, llamado Aureola Parecelso, el irreprochable embriagado que vivió en un frenesí divino y lúcido, y que curaba a distancia por el efluvio de su mirada!

Bajo estos reproches, el príncipe de Courlandia bajó la cabeza.

–Dime que eres un hombre, con eso basta, – continué yo, – y trata de ser uno.
¿Qué quieres?

–Soy un humilde profano devorado del deseo de ser iniciado.

–Pides demasiado, – respondí; – el iniciado, – tal y como demostrará un sabio que nacerá dentro de veintitrés años, seis meses y doce días, – es aquel que posea la lámpara de Trismegisto, el abrigo de Apolonio y el bastón de los Patriarcas.

–Me conformaré con ser adepto.

–Todavía pides mucho. El adepto es el que, mediante el pensamiento y la obra, se exalta hasta la divinidad. ¿Has renunciado a los prejuicios y a las pasiones? Estás seguro de servir a la razón, la verdad, la justicia, más que cualquier otra cosa humana? ¿Te sientes capaz de obedecer a los cuatro verbos del mago: SABER, OSAR, QUERER, CALLARSE? Si puedes responder «sí» con sinceridad, te conduciré al *Sanctum Regnum*, que es el reino de la Magia.

–No lo entiendo de ese modo,– dijo el príncipe. – Quisiera tener la Piedra filosofal, que transforma en oro todos los metales, preserva de todas las enfermedades, asegura la juventud, la salud, la belleza y la vida inmortal.

–Pides poco, – respondí con un tono de desdén. – Escucha esta parábola: Una vez, Jesús viajaba en compañía de Judas Iscariote y Simon Bariona. Llegaron a una posada, y como tenían mucha hambre, se vieron muy compungidos por no encontrar más que una oca muy pequeña y delgada. La delicia era muy poca cosa para unos viajeros hambrientos; la tercera parte del animal ni hizo más que agujonear el apetito de cada uno. Jesús dijo: «Tenemos sueños; vayamos a dormir. Al despertar nos contaremos nuestros sueños, y aquel que haya tenido el sueño más hermoso se comerá él solo la pequeña oca.» Hicieron como Jesús había propuesto. Al despertarse: «Yo, dijo san Pedro, soñé que era el vicario de Dios; » Jesús dijo: «Yo soñé que era el mismo Dios;» Judas Iscariote, a su vez, dijo con tono hipócrita: «Yo soñé que siendo sonámbulo, me levantaba, bajaba silenciosamente a la cocina, tomaba la oca y la comía.» Los tres se dirigieron a la cocina; la oca había desaparecido; Judas, en lugar de soñar, la había comido. – Profano que me escuchas, ¿es que quieres imitar a Judas? ¿Prefieres la vil realidad a las sublimes verdades de las ideas?

–Los sueños hermosos son una bella cosa – dijo el duque, – pero Judas comió la oca.

–Recibe pues la parte menos buena, – repliqué yo–; ¡tendrás la Piedra!

–¿Qué? ¿En serio? ¿La obtendré?

–A fe mía que sí. Es un juego para el Mago materializar el principio de vida, resumirlo, condensarlo en la piedra filosofal, llamada también Oro Virgen, y que, machacada en polvo rojo, su sensibilidad es tal que se disuelve lentamente bajo la mirada.

Él me besó las manos. Yo continué:

–Los procedimientos mediante los cuales se obtiene la piedra divina son claramente revelados en algunos preceptos que el gran Hermes grabó sobre la Tabla de Esmeralda.

–¿Claramente?

–Claramente. Hermes dijo:

«Separarás la tierra del fuego, lo sutil de lo grosero, suavemente, con gran esmero.

«Sube y recibe la fuerza de las cosas superiores e inferiores.

«Tendrás por ese medio la gloria del mundo universal, y toda esa oscuridad huira de ti.

«Es la fuerza fuente de toda fuerza, pues vencerá toda cosa sutil y penetrará en todo sólido.

«Así fue creado el Mundo.»

El gran duque me escuchaba con una especie de espanto.

–Lamentablemente solo escucho palabras, – dijo – pero no percibo su sentido.

–Entonces te hablaré como se hablaría a un niño, – respondí mirándolo con un aire de altiva piedad. – ¡El primer elemento es el oro terrestre!

–Eso lo entiendo. Es necesario oro para conformar la Piedra Divina.

–Sí.

–¿Mucho?

–Mucho.

–No importa, los cofres del Estado no están vacíos; además, se pueden establecer impuestos. Continúa, maestro.

–El primer elemento está sometido a la acción del gran y único Atanor.

–¿Atanor?

–Sí, has escuchado bien.

–¿Qué es eso? ¿Lo poseo?

–Todo el mundo lo posee. Esta al alcance de todo el mundo. Imitaré el pudor de los auténticos adeptos, no dándole su nombre vulgar; adivinarás fácilmente de que se trata, cuando te haya dicho que se le designa bajo el emblema de la estrella de cinco puntas o del llamado pentagrama.

–¡Vaya!–suspiró el príncipe.

–Prosigo. El primer elemento, sometido a la acción del gran y único Atanor, se depura espiritualmente, y se convierte en el Oro Filosófico – u Oro Pálido,– el cual, refinado con azufre, mercurio y sal, genera un alma en la semilla universal. Tras haberlo reducido a polvo, – bajo la claridad de los rayos de luna, – hay que hundirlo en aguafuerte, donde se disuelve lentamente; luego se coloca la mezcla sobre un fuego para que se produzca una evaporación lenta y continua. Desprendido de la humedad, la masa restante es tratada una segunda vez con azufre, mercurio y sal, y se obtiene el Oro Negro. Este, maleable en la mano, exhala emanaciones mortales, y el adepto debe apresurarse con su trabajo, haciendo aparecer sucesivamente el Oro sombrío u Oro Violeta, – hay que evitar tocarlo, pues es cáustico, – el Oro Celeste u Oro Azul, el Oro Macho u Oro Amarillo, el Oro Hembra u Oro Rojo, cuyo color se hace más intenso cuando se le expone a los rayos del sol, y por último el Oro Virgen u Oro Blanco, que esta vivo en la mano y que late como un corazón! Hasta el instante en el que este aparece, los peligros de la operación son temibles. Una negligencia, un descuido, un ralentizamiento en la cocción, pueden producir la explosión del laboratorio y la muerte del adepto. Pero, en el momento del éxito, durante la última transformación, que carece de peligro material, las angustias son indefinibles. Nicolas Flamel lloró sintiendo el Oro Virgen retorcerse en su mano, y Raimundo Lulio, fue presa de una inmensa piedad, ¡librando a las llamas la materia animada que se debatía bajo sus dedos!

–¡El Oro Virgen!– exclamó el duque estremecido de esperanza, – ¡la Piedra Divina! Pues bien, ¡qué importan las angustias! Mi corazón es fuerte. Intentemos de inmediato la terrible operación...

–No aún, – respondí. – Son necesarios numerosos preparativos. Necesitamos trajes de lana hilados por una virgen; es necesario que el sello de Salomón sea grabado sobre el umbral de la puerta y sobre los escalones de la escalera, y que el pentagrama, en el que se resumen todas las figuras cabalísticas, consagre los utensilios que vamos a utilizar. El seño de Salomón, o macrocosmos, protege a aquel que se ocupa de la obra; el pentagrama aleja las influencias funestas; el primero es una armadura; el segundo un escudo. Y además no tenemos el primer elemento, que debe ser en cantidad suficiente...

–¿El oro?

–El oro.

–¿Cuánto es necesario?

–¿Para una experiencia decisiva?

–Sí.

–Mil marcos aproximadamente.

–¿Si lo tuviérais, podríais acometer la obra hoy mismo?

–Tal vez.

Desde el momento en que pronuncié el tal vez, el gran duque se dirigió hacia la puerta. Le pregunté a donde iba; no respondió, sino que me rogó que lo esperase; salió a toda prisa.

Me pareció evidente que mi discípulo no tardaría en regresar, cargado de riquezas. Cualquiera otro alquimista, en mi lugar, se hubiese regocijado. Yo en cambio me sentí lleno de dudas.

Frente a mí, el sol se ocultaba en un inmenso lecho de oro, como si el horizonte hubiese sido tocado por la Piedra Divina. Muy en lo alto, por encima de una banda de azul anaranjado, brillaba una estrella plateada; era Hesperus que surgía; se hubiese dicho un blanco resplandor en la frente de un genio invisible. Luego se oscureció lentamente; me pareció que mi espíritu también se devenía sombrío. Escuché pasos por el camino delante del castillo; me incliné; vi a un hombre muy viejo que gemía, con la espalda curvada bajo un atillo de ramas muertas; al pasar, mostró el puño a la residencia principesca. De inmediato, alejé lejos de mí la serpiente, la vara y la espada, y, observando a ese anciano, me invadieron unas ganas de bajar al camino para ayudarlo a portar su carga de madera.

Un pesado ruido de oro me sacó de esas ensoñaciones. El gran duque había regresado; cuatro lacayos depositaban unos sacos sobre una mesa próxima. Me levanté, estremecido, y, apenas habían salido los criados, exclamé con formidable voz:

–¡Tomad ese oro, todo ese oro a puñados, Alteza, y arrojadlo por las ventanas del castillo!

–¿Eh? – pronunció el gran duque.

–¿Me has entendido?

–Pensad, maestro...

–¿Tu maestro? ¡Obedece entonces!

Jamás olvidaré la cara que puso en ese momento el príncipe de Courlandia. Su perplejidad era visible; si por una parte se sometía por temor a contrariarme, y también por la idea de que esa dispersión de metal tal vez fuese un comienzo de alguna operación mágica, le parecía muy duro, por otra parte, ser el Júpiter de esa lluvia de oro, sin la compensación de ninguna Danae.

–¿Y bien? – insistí yo con altivez.

Él agachó la cabeza, tomó tres sacos de la mesa, y avanzó hacia la ventana. Pero apenas hubo puesto la nariz fuera, retrocedió vivamente. Me anunció con mucho espanto que por el camino pasaba un grupo de gitanos, negros, salvajes, seguidos de sus mujeres y carromatos llenos de niños, de donde colgaban harapos rojos; los marcos serían absorbidos por esa muchedumbre mendicante, como un chaparrón por una tierra seca, y no se podría recuperar ni uno solo.

–¡Arrojadlo!– repetí.

Al mismo tiempo, tomé varios sacos y le di ejemplo.

El gran duque me imitó con una condescendencia de la que no pude impedir admirarme.

¡Podéis adivinar el efecto producido por esta precioso granizo! Al principio, los nómadas permanecieron como estúpidos por el asombro; cuando hubieron comprendido, a mis señas, que les estaba permitido recoger el maná gran ducal, se produjo una desbandada extravagante, gritos de alegría, cien gestos enloquecidos; todo el grupo, y los niños apeados de los carromatos, se arrojaron sobre las monedas que no cesaban de llover. Pronto, todos nuestros sacos fueron vaciados y todos sus bolsillos estuvieron llenos. Yo les gritaba: «¡Dios os guarde! ¡marchaos!» y, tras haber cerrado la ventana, me volví hacia el príncipe tan estupefacto como los gitanos, pero por una razón absolutamente contraria.

–Gran duque o rey, alteza o majestad! – le dije – el agente universal, el príncipe supremo, no es Atanor, es la justicia quien, bajo su forma más amable, tiene por nombre Caridad! ¿Qué querías hacer con ese oro? Yo he hecho de él felicidad. Regocijaos, no se trata de la gran obra...

El balbuceó:

–¡Conde! ¡conde! ¿qué decís?

–Digo que no he venido a vos para quemar carbón, para calentar crisoles, ni para aumentar vuestros ingresos, sino para anunciaros que la hora está próxima en la que la humanidad se renovará, para arrojaros, a vos y a vuestro pueblo, en la fermentación universal! ¿Estabais tan encerrado en vuestro estrecho poder que no sabíais lo que pasa fuera? He sido enviado para enseñároslo; ¡honrad al Alquimista, saludad al Masón!

–¡El Masón! – repitió el gran duque.

–Sí, aquel que construye y cimenta, aquel que, sobre las ruinas de la sociedad a medias quebrantada, eleva un joven y vigoroso edificio. ¿Has leído, príncipe alemán, a los filósofos de Francia? ¿Sabes que se abre en todas las naciones, unos Espacios donde los mismos Borbones vienen a reclamar su parte de igualdad, y que el Iluminismo es como un gran leñador glorioso, donde millares de justicieros augustos, con rostros enmascarados, arrojan incesantemente los prejuicios, las esclavitudes, los fraudes, el vano derecho de los reyes, y las conquistas sangrientas!

–¡Quimeras!– dijo el príncipe, en el que la estupefacción comenzaba a dar paso a la ira.

–Sí, quimeras, cosas del pasado! Quimeras también, las ciencias misteriosas de las que apenas balbuceamos la primera palabra! Ya no hablo más, no quiero saber nada más; me he servido de ello para acercarme a ti. Pero verdad, el futuro! Verdades, la ley nueva de equidad y de amor, la emancipación del hombre! Y he aquí la Piedra Divina que buscaremos juntos, si tú quieres, mi real discípulo!

Yo siempre he tenido gran capacidad de elocuencia, y como el sujeto estaba atento a mis palabras, pensé que no sería interrumpido antes de una buena hora al menos, si el gran duque no hubiese exclamado:

–¿Así que no eres alquimista?

–Soy un renovador.

–¡Tú eres un charlatán y un ladrón! – respondió.

Tras esas palabras, que me hirieron tanto o más, toda vez que ese día yo precisamente me expresaba y me conducía con una perfecta honestidad, el príncipe de Courlandia, rojo de cólera, – pues tenía un temperamento que le predisponía a la apoplejía, – prorrumpió en grandes gritos para llamar a su gente. Comprendí que el laboratorio no era un buen sitio para mí. Puesto que el revolucionario había comprometido al mago, era justo que el mago librarse al revolucionario del peligro. Rápidamente me volví hacia un horno donde había grandes bidones llenos de alcohol y otras drogas inflamables; los vertí sobre las brasas, y, antes de la llegada de los criados, desaparecí por una pequeña puerta, detrás de un espantoso fuego que no dejó, creo, sin chamuscar algunos cabellos y la barba del soberano courlandés.

Cuando me encontraba fuera de la residencia, – gracias a un estrecho paso cuyo secreto me era conocido, – no perdí el tiempo en echar pestes contra ese estúpido gran duque, que había hecho mil caricias a un supuesto brujo, y que no hubiese dudado en fustigar a un verdadero filósofo; ¡eterna injusticia humana! Decidí vengarme de la injuria que se me había hecho. Nada debía resultarme más fácil. ¿No me había ofrecido la Sra. de Recke, la dignidad gran ducal? Ahora estaba decidido a aceptarla, – lo que sería muy del gusto de mi querida Lorenza, – y me dirigí a toda prisa hacia mi domicilio. Mi intención era vestirme con el traje conveniente, y presentarme sin demora en casa de la gran dama. Pero el destino dispuso de mí de otro modo.

Ante mi puerta había una silla de viaje dispuesta a partir, y reconocí mis baúles sobre el coche.

Como me acerque, un poco sorprendido, la cabeza de mi esposa apareció en la portezuela.

–Sube, rápido – dijo Lorenza.

Yo sabía que ella, al margen de sus frivolidades, era una persona prudente y buena consejera; subí y me senté a su lado; apenas acababa de sentarme cuando los caballos partieron al galope.

Entonces mi mujer me contó lo que había sucedido. Durante mi ausencia, «alguien» había venido de parte de «alguien». Lo que eso significaba, lo entendí de inmediato; y, muy a mi pesar, me estremecí. Aquel que había venido había dicho: «Es la hora», y había dejado para mí una carta y una cajita que Lorenza me mostró. La cajita, de madera de roble, con esquinas doradas, era de un peso extraño; sobre el anverso de la carta, debajo de un signo que reconocí, estaban escritas estas palabras: «El conde de Cagliostro se encontrará, el doce de julio, cayendo la noche, en la ciudad de Merspurg, cerca del lago de Constance, en la hospedería de la Posta. El conde de Cagliostro abrirá esta carta el doce de julio, después de que el reloj de la catedral haya dado las diez de la noche; entonces sabrá lo que se espera de él.» A esta orden, toda consideración personal debía ceder; felicité a Lorenza por haber dispuesto nuestra partida, – pues apenas tenía tiempo de llegar a Merspurg el día indicado; – coloqué la cajita bajo la silla, la carta en el bolsillo de mi vestido mágico, y mientras los caballos nos transportaban, me dispuse a soñar, no sin inquietud, con la nueva aventura en la que estaba destinada a representar un papel.

Sé bien lo que se cuenta acerca de esa brusca partida; se ha dicho que había debido abandonar Mittau a consecuencia de un robo de mil marcos de oro cometido en perjuicio del gran duque. Ya he contado la historia de esos marcos, y pienso que me honra. Lo que da lugar sin duda a tan inverosímil calumnia, es que, poco después de haber pasado las puertas de la ciudad, me encontré con los gitanos con los que tuve tanta generosidad. Al observarlos, ellos me reconocieron, y esas buenas personas, – con una delicadez poco común en los de su condición, – me rogaron aceptar la mitad de la suma que les había arrojado. Quise rechazarla, pero viendo que mi negativa los ofendía, no insistí por un sentimiento que apreciaron todas las almas. Mis enemigos se vieron autorizados por eso a añadir que era yo quien había dado orden a los gitanos que pasasen bajo la ventana del laboratorio. Se convendrá que hay que tener una imaginación bien fantástica. En total me entregaron quinientos marcos de oro que empleé, de inmediato, para fundar un hospital en la ciudad de Estrasburgo, y en comprar unos rubís a mi bien amada Lorenza.

III

Donde se trata del caso de una señorita que tenía una pulga en su blusa, y de un burgués en levita marrón que no quería que se hablase del Diablo.

La jornada había sido muy triste; era la quinta de nuestro viaje; no debíamos tardar en percibir las primeras casas de Merspurg. Una lluvia fina, que más bien era una bruma espesa, ocultaba la lejanía y cubría el campo de una especie de velo. El cielo gris plomizo, donde era imposible adivinar la marcha del sol, se oscurecía cada vez más, – sombría y pesada cúpula que tomaba aquí y allá tintes más intensos; el aire era sofocante y estaba lleno de presagios de tormenta.

La ruta subía hacia una colina en cuya cima distinguí un gran edificio cuadrado, con un rótulo llamativo, pintado con ese rojo chillón con el que los alemanes, por un gusto más que cuestionable, pintan sus casas e incluso sus iglesias. Debía tratarse del albergue de la posta. No me equivocaba.

Nuestra entrada pareció provocar un cierto tumulto en la casa. El anfitrión, obsequioso, con su gorro bajo el brazo, se quejaba de la acumulación de viajeros que le imposibilitaba recibirnos como hubiese deseado. El barco que realizaba la travesía de Souabe en Suiza había sufrido una grave avería la antevíspera por un incendio cuya causa era desconocida, y las personas llegadas a Merspurg para embarcar se veían obligadas a albergarse allí. Este incendio, que había motivado esa estancia, fue objeto de mis reflexiones. Yo conocía los métodos de los Iluminados; se entienden perfectamente con el azar. Sin embargo, el posadero nos alojó en unas habitaciones bastante limpias, donde esperamos la hora de la cena, que debía tener lugar en la sala común.

Mi bella Lorenza, cuyo éxito en sociedad era lo que más me alegraba, se engalanó de una de esas formas de la que solo ella tenía el secreto. No sé como lo hacía, pero con una cinta, una flor, una tira de encaje, componía adornos cuyo principal atractivo era su rareza. Tenía tanto talento en ello, que no tenía rival en el arte de potenciar su belleza. Yo la admiraba cada día más; era el Proteo de la seducción; era una mujer en todo superior a cualquier fortuna que yo pudiese ofrecerle.

Llegada la hora de la cena, no fue sin cierta emoción que entré dando el brazo a Lorenza, en el comedor del albergue donde ya se encontraban cuatro personas.

La primera que atrajo mi atención fue una mujer bastante bonita, con un aspecto completamente extravagante. La reconocí, habiéndola encontrado antes en la corte de Polonia; toda Varsovia se entretenía comentando los insensatos amoríos del conde de Brulh, gran escudero, que se arruinaba con esa criatura. La llamaban Srta. Renaud; su oficio era bailar, cuando eso la divertía, en el gran teatro de Viena. Caprichosa y libertina más allá de lo que es tolerado por la indulgencia de la buena compañía, era una persona malvada en todo el significado del término. La opinión pública me había informado al respecto, e incluso yo mismo me había entrevistado con el conde de Casanova, que había prometido no hablar de ello en sus Memorias y que no mantuvo su palabra, como aventurero que es.

A su lado se encontraba sentado un hombre en levita marrón, que debía ser un burgués de la región, llegado a Merspurg para la feria próxima; tenía un leve aire de ministro hugonote y se mostraba muy escandalizado con los modales de su vecina, que no dejaba de jugar y reír, y abría de vez en cuando su blusa, para buscar una pulga que, según ella, allí había entrado pocos días antes, en la corte del elector de Tréves. Una pulga archi-episcopal.

La Srta. Renaud nos saludó con gesto deliberadamente protector. Yo me incliné, modificando la apariencia de mi rostro, para evitar ser reconocido por esa casquivana. Desde que aparté la mirada de ella, vi a dos mujeres jóvenes que ocupaban el extremo de la mesa y ya no me ocupé más que de ellas.

Aunque no se parecían demasiado, era fácil adivinar que eran hermanas, y por algunas frases en su conversación deduje que eran francesas.

La mayor – a lo sumo tenía veinte años – me sorprendió por lo atrevido de su mirada; evidentemente no debía tener miedo de nada. Por el contrario, a ella sí que se la podía temer. Era de una belleza irregular, completamente sobrecogedora. Muy delicada en sus modales, bastante bajita, no sin un poco de gordura, yo encontraba en ella el encanto atractivo que emanaba de Lorenza. Unos grandes ojos azules, llenos de expresión y vaga ternura, iluminaban su rostro, mientras sus cejas negras y bien arqueadas denotaban valor y voluntad férrea. Me produjo el efecto de una gran dama en estado de eclosión. Su rostro oval estalla lleno de orgullo, pero su boca rosada y sonriente, amueblada con unos pequeños dientes nacarados, corregía ese gran aire mediante una sonrisa encantadora. Sus manos blancas y finas, de un puro diseño aristocrático, tenían unos dedos largos y delicados; raramente he visto unos pies tan pequeños como los que se ocultaban en sus zapatos. Embelleced todo esto de una blancura nívea, intenta y deslumbradora, ajena por completo a las palideces de la cera y a los tonos mates del marfil, y tendréis el retrato de esta peligrosa criatura.

Sin embargo hay que decirlo todo. Veo bien y veo todo. Los graciosos contornos de su busto tenían algo preocupante. Cuando su blusa se hinchaba bajo el esfuerzo de la respiración, no se levantaba más que de un *solo lado*. El seno izquierdo permanecía inmóvil, como si Dios lo hubiese hecho de acero para encerrar en él un corazón temible. Tal vez hubiese otra razón para eso.

Era difícil ser bonita al lado de esa hermana mayor. También la hermana pequeña no tenía ninguna pretensión. Fillete – su hermana la llamaba así – me dio la impresión de ser un bella burguesita de dieciséis a diecisiete años, rubia, risueña, expansiva, y de modo que hubiese podido contentar muy bien a un hombre decente.

Yo me había sentado al lado de Lorenza, no lejos de las dos viajeras francesas. La cena transcurrió bastante silenciosa, como sucede en los viajes, cuando los convidados se desconocen. La Srta. Renaud, que no detestaba nada tanto como el silencio y la inmovilidad, no taró en romper el hielo. Nos manifestó claramente que era una buena muchacha, – de lo que yo no tenía ningún motivo para dudar, – y que tenía las piernas más bonitas de Europa; por poco que las hubiese mostrado. Viajaba a fin de olvidar sus dos últimos amantes, y yendo a París, donde entraría en un convento con la intención de hacer penitencia; pero era posible que saliese si encontraba alguna buena ocasión o un contrato en la Ópera. Mientras pronunciaba ese bonito discurso, varias veces regado con vino de champán, nos preguntó quienes éramos, de dónde veníamos, a dónde nos dirigíamos, y cuales eran nuestros proyectos. Es cierto que no esperaba respuestas a sus preguntas. Súbitamente, tras engullir un último pastelillo, cayó en una profunda melancolía y abandonó la conversación cayendo sobre su asiento; se puso a mirar hacia el techo los vapores de vino que emanaban de su cabeza.

Su charla había hecho nacer alguna familiaridad entre los comensales; solo el burgués con aire de pastor hugonote conservaba un aspecto serio y permanecía mudo. Yo no disimulé que era un caballero Peregrino, y por su parte las dos damas francesas nos dijeron que se llamaban Jeanne y Fillete de Saint-Rémy. Eran huérfanas, libres de sus personas, y perseguían un asunto que debía asegurarles la posesión de uno de los más grandes dominios de Francia, injustamente expoliado a su familia. Se les había hecho esperar la protección poderosa, casi soberana, de un gran señor al que ellas no

temían ir a buscar a Viena. Pero, de camino, habían recibido el aviso de que el personaje con el que querían entrevistarse regresaba a Francia, y habían considerado inútil ir más allá.

–Puedo, sin indiscreción, – les dije, – preguntaros cuales son las tierras que reclamáis?

–No es un secreto, – respondió Jeanne de Saint Rémy; – son los feudos de Fontete, de Essoyes y de Verpillière.

–¡Diablos!– exclamé– si no me equivoco esos son unos feudos de la Corona.

–Es así, – respondió la muchacha.

–¡Oh! – dije sonriente, – eso no tiene nada que me sorprenda. Sabed que lo he visto con claridad en vuestros cabellos, cuando tuve el honor de sentarme junto a Vuestra Belleza.

–¿Lo qué?– preguntó ella

–Una flor de lis de oro.

Yo no mentía más que a medias, lo que es admirable para un brujo. Mediante una alucinación que me pareció entonces muy estrafalaria, no era en los cabellos de Jeanne de Saint-Rémy donde había visto la flor de lis, sino sobre su seno vivo, ¡sobre el que palpitaba!

La bella señorita enrojeció, tal vez de asombro; la sangre subía a su bonita cabeza.

–Señor – dijo– ¿solamente sois vos un caballero Pelegrini?

–¡Por Proteo! – respondí – un solo nombre para un hombre como yo, sería poco! También soy el conde Harat, el genio Fénix, Belmonte, que ha vivido en el mundo subterráneo de las pirámides, el marqués de Anna, y vuestro servidor, el conde Cagliostro.

–¡Cagliostro! – exclamó la Renaud dando un brinco sobre su silla. –¡Eh! ¡caramba! Sí, es él. ¡Ah! conde, esta vez, no me voy sin que me hayáis leído mi porvenir.

–¡Bueno! No es fácil adivinar el futuro para una cabeza como la vuestra; yo os predeciría el paraíso que vos convertiríais en infierno para hacerme trizas.

–Señor – me dijo con un tono de reproche el burgués de levita marrón – le ruego que no hable del infierno.

Iba a preguntarle la causa de esta observación, cuando la hermosa Jeanne, que me miraba fijamente desde que había dicho mi nombre, me habló en estos términos:

–Señor conde, es usted muy conocido en Francia, y puede comprobar como incluso las muchachas jóvenes saben allí vuestro nombre. Los poderes que os son atribuidos son de tal modo extraordinarios que uno no sabe lo que creer. Yo me congratulo del azar que nos ha hecho conoceros, pero ¿sois realmente mi servidor, como decís?

–No lo dudéis, señorita.

–Pues bien, deseo poner vuestra ciencia a prueba, si la señora consiente en ello, – añadió inclinándose hacia Lorenza, – pues sospecho se trate de la condesa de Cagliostro por su incomparable y maravillosa belleza.

Lorenza enrojeció y, con su franqueza italiana un poco ingenua, envió un beso con la punta de sus dedos a la bonita francesa.

–¿Me vais a pedir, – pregunté yo – vuestra buenaventura?

–Buena o mala, – respondió Jeanne seriamente.

–Puede que os la diga; pero dado que ya hemos llegado a los postres, podemos posponer para más tarde nuestras pequeñas diabluras.

–¡Caballero! – exclamó de nuevo el burgués con pinta de hugonote, – no mentéis al diablo, ¡os conjuro a ello!

–¿Sois muy sensible a los asuntos teológicos? Las diabluras forman parte de la experiencia. ¿Acaso creéis en el diablo, por casualidad?

–¿Y vos? –dijo el extranjero, – ¿es que vos no creéis en él?

Uno no controla ciertas debilidades de espíritu. Esa voz era tan fría, ese rostro helado me miraba de un modo tan extraño, que por un instante me quedó la lengua paralizada; un estremecimiento, no sé por qué razón, me recorrió el cuerpo. No fui el único en experimentar esta molesta impresión y casi de espanto. La bella Jeanne permaneció pensativa; incluso la señorita Renaud dejó de parlotear. Se sirvió el postre; permanecimos sentados en torno a la gran mesa del albergue, silenciosos; nadie parecía tener intención de levantarse. Las velas, dispersas aquí y allá, no producían más que una leve claridad. Por las rendijas de las contraventanas que se acababan de cerrar, nos llegaban destellos de luz súbita; eran rayos. La lluvia no golpeaba los cristales; pero el viento gemía en los pasillos, hacía que el cartel del hostel chirriara y la tormenta crecía. A la vez sonó en la lejanía un reloj de un campanario. Diez lentos golpes, solemnes; eran *las diez de la noche*; dos truenos completaron la medianoche. La Señorita de Saint-Rémy elevó hacia mí su rostro.

–Os he preguntado – dijo ella.

–¿Exigís que os responda?

–Sí.

–Seréis satisfecha. Pero, – añadí yo con una sonrisa que fue la última de la velada, – la adivinación no está exenta de alguna charlatanería, y hay ciertos instrumentos indispensables que debo ir a buscar.

Cuando regresé a la sala, tras una muy breve ausencia, situé sobre la mesa algunos objetos necesarios para realizar mis experiencias. Mi esposa me observó y me dijo, muy angustiada:

–¿Qué te ocurre, Joseph?

–Nada – respondí con voy que me pareció temblorosa.

Lorenza me contaría más tarde que jamás me había visto tan pálido como en aquel instante.

Las señoritas de Saint-Rémy y la Renaud se levantaron a mi entrada; en cuanto al burgués, se había retirado al rincón más alejado de la sala, sin duda para no tener nada que temer de mis “diabluras”.

Me dirigí a Jeanne de Saint-Rémy:

–Vos sabéis querer, vos sabréis. Dad la mano a la Iniciada.

Lorenza, a lo que yo indicaba, se estremeció a estas palabras. Ella nunca se prestaba sin un poco de espanto a mis operaciones mágicas. Me dijo: «No, ¡esta noche no! Esta tormenta me ha destrozado. Te lo ruego...» Yo contaba precisamente con la ayuda de la tormenta que, por lo común, exaltaba de un modo singular la organización nerviosa de mi esposa. Cuando tronaba, me bastaba dirigir mi mirada hacia sus sienas o hacia su estómago, para que ella se estremeciese completamente y cerrase los ojos. Le respondí severamente: «Obedece.» Ella curvó la frente y se acomodó en su sillón con la mirada casi apagada y los labios balbuceantes.

A una señal que hice, la Señorita de Saint Rémy se acercó. Se situó frente a Lorenza, a quien dio su mano, no sin un poco de desconfianza. Lorenza tomó esa mano entre las suyas y la apretó lentamente. Sus ojos se pusieron vidriosos; su fisonomía cambió, mostró una expresión de sufrimiento y angustia; sus mejillas se hundieron, sus labios se tornaron morados, y *uno de sus senos* se dobló. Estaba llegando a estar sometida al imperio de un poder desconocido, a ese fenómeno de asimilación, que yo pedía a mis artificios materiales. Sí, Lorenza comenzó a asemejarse a Jeanne, pero de un

modo lúgubre y desastroso, como un fantasma y, de sus labios pálidos, con un esfuerzo desgarrado, salieron estas lamentables palabras:

–¡TENED PIEDAD DE LA SANGRE DE LOS VALOIS!

– ¡No! ¡no! – exclamó Jeanne, retirando su mano de la Inspirada, – ¡eso no! ¡eso no! Vos nos conocéis, señor, y nos hacéis víctimas de una infame comedia.

–¿Creéis eso? – respondí mostrándole a Lorenza; miradla bien.

Jeanne se acercó a mi esposa, empujó su cabeza hacia atrás, la contempló durante un buen instante, comparó ese rostro siniestro con la belleza radiante que antes la había deslumbrado, y dijo:

–¡Despertadla, señor conde, despertada! me volveré loca. Sí, todo esto es real. He sufrido lo que se lee sobre esta frente alterada: ¡el frío, el hambre, los golpes, las mordeduras! ¡siendo niña, he pasado un calvario! ¡*Tened piedad de la sangre de los Valois!* Sí, he repetido mil veces esas dolorosas palabras, mendigando media desnuda bajo la lluvia, en la nieve, quemada por el sol, helada por el viento, – yo, ¡la hija menor de Francisco I! ¡Pues vos habéis visto la flor de lis brillar en mi frente!

–¡Calmaos! – le dije, pues sentía que la crisis de Lorenza se volvía contagiosa, – quiero que os calméis:

–De acuerdo, – dijo enloquecida, – os prometo ser prudente...

Esa frase sumisa y acariciadora, que me garantizaba su obediencia, me conmovió profundamente. Desperté a Lorenza, besándola en los ojos y soplando sobre sus párpados.

Fillete y la Señorita Renaud me miraban con un espanto supersticioso; en su rincón, el burgués permanecía sin moverse y sin hablar, espiándome, casi inquietándome, pues era el único de los presentes sobre el que yo no tenía ninguna información, y se encontraba allí sin duda por un azar auténtico. Jeanne de Valois dijo:

–No es el pasado lo que deseo leer, es el futuro.

–Si queréis conocer el futuro, señorita, – dije a la noble Jeanne que me miraba con sus grandes ojos, – debemos interrogar a un ser lo suficientemente puro como para entrar en comunicación con los poderes inmateriales, y, sin embargo, no puede ser un niño. El vidente o la vidente, debe haber alcanzado la edad de la pubertad y poseer la inocencia más perfecta.

–Mi hermana Fillete, – respondió ella, – es precisamente lo que vos necesitáis. Si aceptáis su mediación evitaremos introducir nuevas personas en las confidencias de nuestros secretos, y eso constituirá para mí una garantía de vuestra sinceridad.

Estas últimas palabras me demostraron que la joven, aunque muy alterada, no dejaba de razonar con mucha claridad. Para mi gran sorpresa, Fillete opuso una fuerte resistencia, y no cedió más que ante la orden formal de su hermana; vi el momento en el que ella iba a acusar una debilidad para escapar al honor que queríamos hacerle; pero Jeanne respondió de su hermana menor y nos la mostró como una «tontita» sin amor y sin malicia.

Esta inteligencia inocente no impedía que su hermanita tuviese coraje, y me aseguré de ello mirándola de cerca. Me pareció muy adecuada para la experiencia que íbamos a intentar. Mientras los viajeros se entretenían charlando en voz baja, con una discreción mezclada de terror, yo disponía sobre la gran mesa los artefactos de adivinación. Por encima de una tela muy fina y de una blancura inmaculada, extendí el gran tapiz masónico negro, donde estaban bordados en rojo los signos cabalísticos de los Rosa Cruz de grado superior. En el centro situé un jarrón de cristal perfectamente transparente, que contenía agua de lluvia pura. La consagré a los siete planetas, y arrojé siete pellizcos de polvo metálico de una extrema finura tomados de los siete metales mayores. El agua adquirió un matiz grisáceo, con raras ondulaciones. Rodeé el jarrón

con diversos emblemas defensivos y frascos llenos de agua lustral, situados entre dos pequeños ídolos egipcios de jade verde reverenciados por los magos. Detrás del jarrón se levantaba el *particular crucifijo* que preside este tipo de operaciones. Pronuncié las palabras que invocan a los genios reveladores y tapé el jarrón con un disco de cristal que lacré con un sello de cera verde que llevaba la impresión augusta del Tetragramatón.

En el momento en el que terminé esos preparativos, un trueno hizo temblar el albergue por completo y me dejé llevar por el espanto. El cielo, evidentemente, se asociaba a mis trabajos; los genios de las regiones etéreas, demasiado a menudo sordos a la voz de los mortales, planeaban por encima de nosotros; podía sentir el horror piadoso que inspira la presencia de seres invisibles.

Fillete, vestida según los ritos, es decir completamente desnuda bajo una tela blanca, estaba arrodillada delante de la mesa y contemplaba con un vago espanto el límpido cristal donde se reflejaban las claridades circundantes. Se le cubrió la cabeza con un velo ligero que no interceptase la visión, y bajo el cual hice quemar perfumes embriagadores. La mirra, el cinamomo, el incienso se elevaron en blancos vapores, retenidos alrededor de la frente de la Colomba – ese es el nombre que se le da a las jóvenes intermediarias, – por la gasa que la envolvía. Entonces la llamé:

–¡Fillete!

Todo el mundo estaba pendiente; extraje mi espada que agité por encima de nuestras frentes y que apoyé a continuación sobre la cabeza de la niña.

–Mira, – dije – y dime lo que ves.

–No veo nada, – respondió ella al cabo de un instante.

–¡Mira mejor, – le indiqué, levantando la espada, de modo que su punta tocara la frente de la Colomba, – y habla en nombre de Dios! ¡Habla en el nombre de la Espada!

–Sale fuego de la espada, – dijo la Colomba; – retiradla.

–No antes de que hayas hablado.

–Por desgracia, – dijo ella temblorosa, – veo nubes, personas armadas, batallas, tempestades, pero todo eso se mezcla y no distingo nada.

–Los Genios van a descender; mira atentamente por todos lados. ¡Dime lo que sale por la sangre de tus venas!

–Veo, – dijo Fillete, con tono más firme, – un gran espacio abierto donde el día transcurre lentamente. Es un campo enorme, con arroyos, lagos y grandes árboles bajo los que se pasean caballeros y damas. Una de ellas es más bella que las demás. Es... no, me equivoco; es una campesina, una lechera; todas esas personas son aldeanos; ¡pero son apuestos y esbeltos! Es molesto que la tormenta siga rugiendo. Sin embargo el cielo esta azul. Al fondo se encuentra una mujercita que lleva una casaca rayada, verde y rosa; se diría que es mi hermana Jeanne cuando va el domingo al Cadran-Bleu con su enamorado, y no quiere llevarme...

–No la interrumpáis, – dije a Jeanne que le levantaba completamente sonrojada.

–Es una monadita... y es mi hermana. ¿Eres tú, Jeanne? No responde. Se acerca a la lechera. Ambas sonríen; charlan, parecen gustarse. Curioso, es divertido, una noble y una lechera que juegan con diamantes más magníficos que los diamantes de una reina! ¡Oh! ¡qué hermoso collar! ¡el bonito collar que se pasan la una a la otra; parece una serpiente de estrellas. Y ambas tienen una corona en la frente, – la misma corona. ¡Qué fastidiosa es esta tormenta! El cielo se cubre; tienen miedo, huyen por todas partes. Las flores de lis de las diademas se han transformado en moscas de oro, que vuelan y giran alrededor de las dos amigas. Son espantosas avispa. Jeanne, ¡ten cuidado! ¡Ah! no quiero seguir viendo... ¡Quitad, quitad eso!

–Mira, – dije a Fillete, – no dejes de mirar.

–No, ¡no quiero!

Cayó sobre sus talones, inclinada hacia atrás, y se cubrió el rostro con las manos.

– ¡Levántate! quiero que mires, quiero que hables.

– ¡No! ¡no! – gritaba la inocente debatiéndose.

– ¡Yo lo quiero!

– ¡No! – repetía ella rodando sobre el entarimado del suelo, loca de emoción, presa de la exaltación lúcida de los videntes.

La tormenta nos fue de mucha ayuda. Un nuevo y terrible relámpago sacudió el albergue hasta sus cimientos; yo tomé a Fillete delirante, tratando de mitigar sus convulsiones desordenadas, y la mantuve frente al globo de cristal, donde el agua irradiada estaba agitada por extraños borbotones. La Colomba trató de desasirse; pero sus ojos se encontraban invenciblemente atraídos por el punto luminoso donde se agitaban los genios.

– Veo, – dijo – gente que se pelea, lanzas, gorros rojos y una gran guadaña de acero que corta grandes árboles como si fuese trigo y las cabezas de los caballeros!

– ¡Es a mí a quién debes ver! – dijo Jeanne.

– Busca a tu hermana.

– ¿Mi hermana?... Sí... ya la veo... ¡Qué bella está! Está deslumbrante de luces, de piedras preciosas...

– ¿Tengo puesta la corona? – preguntó Jeanne triunfante.

– La corona ha desaparecido. Pero una de las moscas de oro ha quedado. Sobrevuela alrededor de Jeanne que huye delante de ella; la persigue, la ataca... en el seno... en el seno!.. ¡Dios! ¡esa flor de lis!

– ¿Ella soy yo? – dijo Jeanne.

– ¡Está roja! – sollozó Fillete, – roja como el fuego, ¡y es Jeanne la que se quema! ¡Señor! ¡Señor! ¡Tened piedad de la sangre de los Valois!

La niña cayó desfallecida, emitiendo ese grito desesperado; la tensión de sus nervios había alcanzado el paroxismo. La levanté para confiarla a Lorenza que la tomó sobre sus rodillas y la abanicó dulcemente.

Al cabo de algunos minutos, la pobrecilla se puso a llorar. Yo hice desaparecer rápidamente los objetos que había utilizado para nuestra evocación, y cuando la Colomba, al salir del baño de aire con el que la habíamos rodeado, abrió lentamente los ojos, tenía el aire vago y dulce de una marmota que se despierta.

Jeanne de Valois había permanecido ajena a los cuidados dispensados a su hermana.

Se había retirado a una parte oscura de la sala y, preocupada, sombría, miraba ante ella con una especie de estupor. Finalmente, mediante una señal, me llamó para que me acercase. Le tomé las manos y nos miramos.

Ella no bajó los ojos.

– Está bien – dijo – No mentís. Sois un ser extraordinario. Tengo confianza en vos. ¿Qué me aconsejáis?

– Ir hacia delante, – le dije yo. – No hay más que un tipo de personas que triunfan, las que no se detienen.

– Tengo enemigos, – dijo ella.

– Hay que perderlos.

– Hay obstáculos.

– Hay que destruirlos.

– ¿Recuperaré los bienes de mi familia?

– No.

– ¿Por qué?

– Porque una poderosa voluntad se opone a ello.

–¿Una voluntad real?

–Más grande todavía.

–¿Qué puede haber más grande en el mundo que un rey – o que una reina?

–Un pueblo.

–¿Seré rica, al menos?

–Sí.

–Actualmente sin fortuna, sin protector, ¿en qué me apoyaré?

–En una idea fija y una voluntad perseverante; sobre la inteligencia que aprovecha las circunstancias y que las hace nacer de la necesidad; sobre la seducción, la estrategia, la audacia. Vos tenéis una gran fuerza, sois mujer, y una gran debilidad, sois demasiado femenina.

–¿Vos qué sabéis? – dijo ella.

–¿Por qué fingís confundiros con el sentido de mis palabras? Naturalmente que sois casta, y no es vuestro corazón el que os arrastrará; ambos sabemos que no hay nadie ahí – dije yo posando el dedo sobre su seno izquierdo.

Ella no pudo impedir enrojecer; todavía era muy joven.

–Cuando digo que soy demasiado femenina, – continué yo, – quiero decir que sois frívola, vanidosa, que amáis las joyas, los diamantes – sobre todo los diamantes, – todo lo que brilla como vuestros ojos deslumbrantes y dulces.

–Me corregiré. ¿Me ayudaréis?

–Sí, si me obedecéis. Sé que no hay nada en vuestro bolso; yo pongo a vuestra disposición doscientos luses; os ofrezco también una casa que tengo en París, en la calle Saint-Charles. Pero no le daréis empleo.

–¿Cómo es eso?

–Allá vos. Sin embargo, acordaos de una cosa: sed siempre la fiel aliada, no de Cagliostro – yo no soy importante, – sino de los que están detrás de mí y actúan por mí. Si entráis en lucha con su voluntad estáis perdida.

–¿Quiénes son ellos?

–No puedo decíroslo. Dirigid vuestro brazo en la dirección del empuje; pero siendo su instrumento, no les obliguéis a que os lo rompan.

–Trataré de comprender y obedecer.

–Eso está bien.

–¿Qué queréis ordenarme hoy?

–¡Escuchad!– le dije tendiendo el brazo hacia la ventana.

–¿Qué?

–Ese ruido afuera.

La tormenta se había calmado; no se oía más que la lluvia golpeando las ventanas. Pero sobre esa base monótona, unos gritos, se oyeron unas llamadas; la puerta de la casa fue golpeada con rudeza; los sonidos metálicos de una bota poniendo pie en tierra anunciaba que algún gran personaje se acercaba a la hospedería. En efecto, el rodar de una carroza se hizo oír y se detuvo ante la puerta.

–¡Ahora, mirad! – dije.

Unos guardias irrumpieron en la sala, sin parecer percatarse de nuestra presencia; y, precedido por el hostelero, entró un hombre vestido como un caballero, con el tricornio sobre la oreja, la mirada orgullosa y aire altivo y desdeñoso. No hizo más que atravesar la sala y subió hacia las habitaciones superiores, seguido de sus criados.

–Ese es el hombre que os llevará a Francia,– dije a Jeanne de Valois.

–¿Quién es?

–Es el caballero Louis de Rohan, embajador de Francia en la corte de Austria.

–¡Es con quién iba a entrevistarme en Viena!

–¡Será él quién os pida un favor en Paris!

–¿Y que tengo que hacer?

–Hacedlo vuestro amante.

–¿Por qué?

–Porque está enamorado de la reina de Francia.

Un destello brilló en sus ojos. Me murmuró «¡De acuerdo!» y tras haber dicho con voz absolutamente natural: «Ven a acostarte Fillete,» salió de la sala llevando consigo a su hermana.

Me volví hacia la sala. La Renaud, al no poder hablar había bebido; finalmente se había quedado dormida tan profundamente que el ruidoso paso del embajador no la había despertado. Le soplé en la frente; tuvo un pequeño sobresalto y me dijo:

–¡Ah! ¿sois vos? ¿Habéis acabado de decir la buenaventura a vuestra señorita francesa? ¿Sabéis que no hay nada más divertido que la escena de antes? Era tan bonito como un acto de ópera. Esa pequeña Fillete actuó muy bien, sin parecer que lo hacía. Pero, conde, ¿es necesario tener jarrones, espadas y tapices rojos para predecir el futuro de las personas? Me hace mucha gracia el decorado, pero profetice mi destino como un brujo corriente.

–Muy bien. Os convertiréis en una burguesa de Paris y os casaréis con un imbécil.

–¿De qué mano?

– De las dos.

–¡Cómo! – dijo la Renaud estupefacta,– ¿me volveré una mujer decente?

–Yo no he dicho eso. ¿Habéis oído hablar de Boehmer y de Bassanges, los orfebres de la reina? ¿Sí? Vos seréis la esposa de Boehmer, eso es todo.

–¡Ah!–dijo ella – se trata de una broma. Boehmer es muy rico, y es poco probable que se preocupe de una mujer como yo.

–Sois demasiado modesta. Vos tenéis una dote que le hará abrir los ojos.

–¿Yo? ¿Una dote?

–Sí. Dos millones, que yo os entrego.

–Soñáis despierto, mi querido conde.

–Más bien tengo por costumbre velar soñando. Dos millones en diamantes que aquí están,–añadí–; mirad.

A estas palabras, abrí bajo los ojos de la Señorita Renaud una pequeña cajita que había traído con mis artilugios de mago. La bailarina no pudo contener un grito de admiración ante la visión flamígera que le quemó los ojos. Cerré la caja y dije:

–Es muy lógico que un orfebre se case con diamantes. Tomad pues esta caja, y partid para Francia. Con estas piedras, Boehmer hará *un único collar*, vos conseguiréis eso de él. A decir verdad, debo añadir algo; si no os casáis con el joyero de la reina, me veré en la obligación de reclamaros los diamantes.

Aturdida, desconcertada, no sabiendo que creer ni que decir, la Señorita Renaud tomó el pequeño cofre de esquinas doradas y se precipitó hacia la escalera. Recuerdo que ni siquiera me dio las gracias; era una mujer cruelmente ingrata. Sin embargo, estas diferentes escenas habían sobrecitado profundamente mis nervios, y comenzaba a ansiar el momento en el que me dormiría al lado de mi querida Lorenza. Me acerqué a ella para preguntarle si no tenía sueño, cuando alguien me preguntó:

–Caballero, ¿no me haríais el honor de contarme algo sobre mí?

Había olvidado al hombre de aspecto serio que me había intrigado un poco durante la cena. Había quedado mucho tiempo en un rincón; acababa de salir de allí.

–No, señor,– respondí.

–¿Y la razón, por favor?

–Es que creo que no hay gran cosa que decir de vuestra persona.

–Me halagáis, – respondió con una ligera sonrisa, – pues considero el silencio como una alabanza; pero ¿no tenéis curiosidad por saber mi opinión sobre vos? – Vos sois un pontífice y un caballero de negocios, un mago y un charlatán, un filósofo y un fraude. Ni principios, ni apetitos. Un gran hombre quizá, un niño con seguridad. Unas facultades prodigiosas a las que dais un uso bueno o malo según las circunstancias y vuestro capricho. Más resolución que voluntad. Una habilidad especial para aprovecharse de todas las casualidades de la vida y la facultad de dar a las personas cobre persuadiéndolas de que es oro. Una seducción natural tan poderosa que vos mismo cedéis a ella y no os aleja demasiado de creer en vos mismo. Tenéis dos pasiones ardientes y una completa despreocupación. Mis contradicciones os adornan. Adoráis a vuestra esposa y la engañáis; permitís incluso que ella os engañe. Inspiráis a la vez entusiasmo y repulsión. Se os adora o se os aborrece. Y no está ahí todo lo que el mundo ve. Detrás de vos –no habéis mentido – algo enorme y negro se agita, una espantosa araña de la que vos sois una de las patas. Creo que sé de qué se trata. ¡Dios os perdone, señor Joseph Balsamo!, haréis perder la cabeza a muchas personas, pero pereceréis más miserablemente que vuestras víctimas.

Recuerdo que al principio pensé en encolerizarme. No lo pude conseguir. Ese extraño personaje tenía un modo de hablar que imponía un no sé qué tipo de respeto; me limité a preguntarle, bajando un poco la cabeza, y tratando de sonreír:

–¿Quién sois, caballero?

Él tomó su sombrero, que estaba sobre una silla, y se dispuso a partir.

–Señor conde, – dijo – soy vuestro servidor; tenéis en mí a un humilde ministro del evangelio; vivo en Zurich, en Suiza, y me llamo Gaspard Lavater.

IV

Historia de una sultana, de un gran sacerdote, y de una bonita bruja llamada O'Silva.

Una mañana, entré en la habitación de mi esposa, y confieso que ese día estaba de muy mal humor. ¿Tenía algún motivo para estar descontento? Nadie lo creería. Mi reputación estaba en su apogeo; tras varios viajes donde mi gloria había adquirido un nuevo lustre, después de haber estado en Estrasburgo donde curé a mil enfermos y saqué de la miseria a mil infortunados, había regresado a París y triunfaba desde hacía dos años. Tenía una corte compuesta no solamente por adoradores, sino fanáticos. Lo que contaban de mí hacía palidecer, y no podía decidirme a creerlos, a pesar de su sinceridad. El príncipe de Rohan, gran capellán del rey, obispo y cardenal, no conocía más que un ser infalible en el mundo, ¡yo! Sobre la chimenea principal de su domicilio figuraba mi busto con esta inscripción en letras de oro:

DIVO CAGLIOSTRO

Del amigo de los humanos reconoced su figura inmensa;
Todos sus días están marcados por grandes proezas;
Prolonga la vida, socorre la pobreza;
El placer de ser útil es su única recompensa.

Los versos hubiesen podido ser mejores, pero el cardenal, disponiendo de cuatrocientas cincuenta mil libras de ingresos, no tenía porque ser un buen poeta. Cada vez que me encontraba, se hincaba de rodillas ante mí, y no se levantaba hasta que yo le hubiese dado a besar mi mano; debo confesar que no me disgustaba ver a mis pies la púrpura romana. Por añadidura, apreciaba mucho a ese prelado, aunque algunos impertinentes hubiesen pretendido hacerle pasar por un personaje de una extrema credulidad y con una inteligencia fácil de sorprender. Él distinguía muy certeramente la parte de verdad que había en mis prodigios. No podía negar que se había dejado engañar por la señorita de Valois; pero por mí, no; se verá enseguida. Sea como sea, París me pertenecía ya, y Lorenza, cuya belleza aumentaba al mismo tiempo que mi fortuna, me pertenecía todavía. Esta ilustre ciudad y esta hermosa mujer, eran motivos sobrados para estar satisfecho. Sin embargo, esa mañana yo me encontraba absolutamente contrariado.

Lorenza, que estaba acostada sobre un sofá, me arrojó a las narices una de sus zapatillas, y la vista de su pie descalzo ni siquiera consiguió hacerme sonreír.

–¡Qué aspecto tan serio! – dijo con su bonita risa de niña. –¿Es el momento de estar triste, el día en que tú mujer va a ser elevada a la más alta dignidad de la tierra?

–Sí, tú serás esta noche Gran-Maestra de la logia de Isis. Puesto que pareces una diosa bajada a la tierra para solicitar altares es necesario que se te eleve. Pero, precisamente, hay en la ceremonia de entronización algunos detalles que me preocupan.

–¿Y cuáles son, mi Joseph?

–Tu vestido de Gran-Maestra debe quitarse en un momento dado...

–¿Y?

–Estoy celoso, Lorenza.

–¡Bueno! ¡Bromeas! Tú sabes bien, tonto, que esa noche solamente estarán los Iniciados y tú.

–Es cierto. Quizá tenga otro motivo de inquietud. Dejemos el asunto, ya volveremos a hablar de ello. ¡Ah! ¡ah! aquí tenemos un periódico de Holanda extendido sobre la alfombra. ¿Te han contado la historia de la sultana María? No hay nada más divertido y tengo ganas de leértela.

Me senté cerca de Lorenza, recogí el periódico sin que ella respondiese, y me dispuse a leer en voz alta:

–«Érase una vez un califa apuesto que gobernaba a su pueblo con bondad, sin tiranía, y no pedía más que una cosa en el mundo, que se le permitiese fabricar jaulas para los abejorros, por los que sentía gran curiosidad...»

–¡Vaya! – dijo mi bella Lorenza, mordisqueando las plumas de cisne de un abanico pintado por Adelaïde Guyard, – tu cuento comienza agradablemente; continúa, Joseph.

–«Ese buen califa no quería más que la felicidad de su pueblo, a condición, por supuesto, de que no estuviese obligado a vigilarlo demasiado de cerca, y que no se le criticasen sus inocentes manías. (Tenía celdas para aquellos hombres que reprobasen sus jaulas para abejorros.) Al no ser todavía más que un presunto heredero de la corona de Persia, había dado una hermosa prueba de su docilidad casándose, sin conocerla, con la primera princesa que se la había ofrecido. Por fortuna, cuando llegó el momento de conocerla, se encontró que era la más hermosa sultana de la tierra.

«Se llamaba María, a causa de su orgullosa prestancia, de su espléndida figura, de bonitos ojos soberanos y de su deslumbrante blancura; todas ellas, cualidades expresadas mediante ese nombre de María que se reserva a las divinidades, y que se puede traducir por “diez mil perfecciones.”

«María no tardó en dar a su esposo una bonita hija, y el buen rey, que no esperaba verse en semejante fiesta, pues jamás había tenido hijos, incluso antes de su matrimonio, quiso regalar a su esposa un collar de diamantes de una magnificencia tal, que la sultana quedó aturdida. Pero esta maravilla era cara y las finanzas del Estado estaban muy mermadas. María creyó deber mostrar una grandeza de alma inusitada, y rechazó el collar, declarando que era mejor comprar un navío para el Estado con el dinero que habrían costado las joyas. Un respuesta tan noble hizo muy popular a la sultana, y los poetas de la época, pues esta gentuza pulula por todas partes, declararon que el collar no valía el lugar que lo hubiese guardado...»

–Se dijo eso, – interrumpió Lorenza, – pero los diamantes están hechos para que no se estropeen. En fin, hay que resignarse, puesto que los cuentos orientales están de moda. ¿Entonces?

–«Después de la niña, – continué leyendo, – llegó un niño, y los festejos fueron más allá de los que te puedes imaginar. El rey volvió a la carga; el precioso collar, que valía dos millones de dinares, – más o menos (no le he valorado, y Dios sabe que no me preocupa), – fue nuevamente regalado. Pero en vano. Ese nuevo acto de desinterés causó en el país tal entusiasmo que la sultana comenzó a morir de ganas de tener ese collar que pasaba todo el tiempo rechazando.

«Los joyeros de la corte, que eran hábiles profesionales, traían de vez en cuando en sus mangas el milagroso collar; lo hacían brillar a los ojos de María como un espejo para cazar alondras. Verlo no costaba nada. Ahora bien, de repente circuló el rumor de que la princesa de Trébizonde, – a menos que no fuese la reina de Portugal, – compraba el collar que quería quitar a Persia.

«Piensas que esta noticia no fue del agrado de María y que sin embargo redobló su deseo.

«Vivía entonces en Ispahan un ilustre noble, gran-sacerdote del dios del lugar, – gran sacerdote galante, y que yo creo pariente de aquel al que se lo obligó a lamer una espumadera.

«El nuestro estaba perdidamente enamorado de la bella María a la que había conocido muy joven en una corte extranjera, y que, antaño, lo había acogido. Pero había caído en desgracia de la soberana, a causa de ciertas indiscreciones que un hombre de bien no debe permitirse divulgar.

«Desesperaba por reconquistar su antiguo favor, cuando un azar bastante dulce le hizo conocer a una bonita bruja, llamada O'Silva, la cual tenía fácil aproximación a la sultana.»

–¿Es nuestra bruja de Treinta y Seis? – me preguntó Lorenza.

–Tal vez, mi bella curiosa, – respondí un poco asombrado de la perspicacia de mi esposa; pero no me interrumpas más, o la historia no acabará nunca.

«O'Silva, muy hábil en echar las cartas, leyó el horóscopo al gran sacerdote, y le declaró que no obtendría el favor de la sultana a menos que le ofreciese la maravillosa joya; la bruja añadió que ella se encargaría con mucho gusto, – únicamente por cariño hacia monseñor,– de llevar el presente. Un corazón muy prendado no duda en semejantes circunstancias. El gran sacerdote no tenía el dinero necesario para comprar el rico collar; pero, aunque comprometido en bastantes asuntos turbios, tenía crédito, y compró a los joyeros el talismán que debía procurarle la inestimable dicha de ser amado por María.»

–¿Y que resultó de todo eso? – dijo mi mujer.

–Te haré observar, – continué yo, – que leo este cuento en la *Gazeta de Holanda*, y que esta revista tiene por costumbre contar sus historias por capítulos e interrumpirlos en los momentos cruciales. Volví la página, y leí: « *La continuación, en el próximo número.*» No puede pues continuar.

–Dame la revista, – dijo Lorenza con un poco de desconfianza.

–¡He! tú no sabes leer, querida italiana.

–¡Hum!– dijo ella. – ¿Y si te pidiese la continuación de la aventura a ti, amigo mío? Tú todo lo sabes y eres para mí la mejor de las revistas.

–Temería equivocarme,– respondí; – pues si te he de ser sincero, no tengo mucha confianza en esa bonita bruja que lleva al gran sacerdote cogido por la punta de la nariz. Es demasiado ambiciosa por su cuenta, y sobrepasa el límite de los roles que se le confían. El gran sacerdote me parece preocupado desde algunos días y no tiene el mismo aspecto. Temo mucho que se crea, y muy bien podría ser, que lejos de entregar el collar a María, se hubiese quedado con él.

–Eso es lo que explicaría,– dijo Lorenza – las tristezas del gran sacerdote.

–Sus tristezas serían poca cosa. Pero no tardará en concebir sospechas. Las pequeñas notas de agradecimiento que se le transmiten comienzan a no bastarle, y al no obtener ningún favor seguro de la sultana, se abandona en la meditación de estos bonitos versos de Molière, que los franceses cometen el gran error de considerar malos:

Bella Philis, uno se desespera
Cuando siempre se espera!

¿De modo que? – interrogó Lorenza.

–De modo que apremiará sin duda el asunto, aunque las estratagemas de O'Silva sean descubiertas, y que la inocencia de la sultana salte a los ojos.

–¿Lo que no debe suceder, aparentemente?

–Lo que no debe ser, – repetí seriamente.

Y, tras un silencio, continué con aire profundo:

–Era necesario que O’Silva empujase a la sultana a algún acto realmente comprometedor.

–Eso es fácil de decir, querido. María tal vez sea virtuosa.

–Sí, pero el collar es resplandeciente como un cielo estrellado en una hermosa noche. Tú misma, Lorenza, apenas resistirías con semejante deslumbramiento.

–¡Eh! no se trata de mí – respondió ella. – Mira, déjame decirte mi opinión sobre eso: tú harías cien veces mejor en no mezclarte en esas intrigas peligrosas y, sencillamente, darme el collar.

–¿Quién sabe, – le dije, – si no lo tendrás algún día?

En el mismo instante, se nos anunció una visita. Era Su Excelencia el príncipe de Rohan, que no pasaba nunca un día sin verme. Me levanté con aire de condolencia apropiada a sus melancolías, pues estaba muy taciturno desde hacía algún tiempo. ¡Caramba! vi entrar al príncipe en levita corta, con los labios sonrientes, la mirada brillante, el rostro expandido, orgulloso como Artaban, semejante a Marlborough partiendo para la guerra. Su alegría era tal que perdía el respeto. Olvidó besarme la mano y no pudo más que exclamar:

–¡Ah! mi querido maestro!

Lorenza vio que nos molestaba y desapareció dándonos la limosna de una de sus sonrisas. Entonces, puede observar a mis anchas al príncipe extasiado y le pregunté:

–¿Qué sucede, Monseñor?

–¡Sucede que todo está olvidado y que soy el más feliz de los hombres!

–¿Quién os lo ha dicho?

–¿Cómo, quién me lo ha dicho?

–Sí, la condesa o la misma «persona»? ¿O’Silva o María?

–Tengo algo mejor que palabras. Vos sabéis, mi divino Cagliostro, que no tengo secretos para vos; sois mi padre, mi maestro, mi oráculo, y mi Dios, – la Trinidad reservada. Pues bien, mirad.

Me tendió una pequeña caja adornada con diamantes, en forma de medallón, que me pareció húmeda de los besos con los que la había cubierto. La abrí, y confieso que permanecí estupefacto.

Sobre dos cojines escarlatas, una mujer estaba acostada, en todo su esplendor con deslumbrante desnudez. El pequeño tamaño de la imagen no excluía el acabado de los detalles, y la semejanza de rasgos era tal que no se podía ignorar el original de un retrato tan comprometedor. ¡Aquella que se había hecho pintar así, era María!

Se admitirá que la alegría del cardenal no tenía nada más que legitimidad; este regalo – María se lo había enviado por la intermediación de O’Silva, – no dejaba ninguna duda sobre las intenciones de la sultana. Por lo que a mi respecta, estaba pasablemente asombrado, y muy satisfecho también. Aquella a la que llamábamos O’Silva se había adecuando a mis instrucciones; habíamos obtenido éxito más allá de nuestras esperanzas. El barón de Weisshaupt estaría contento conmigo.

Sin embargo, no estaba tan triunfante como debiera, pues la bonita bruja estaba sometida a precauciones, y no sé qué sospecha me atravesó el espíritu. Miraba ampliamente el amable y temerario retrato, a fin de fijar en mi memoria los menores detalles de la rara belleza que se ofrecía a mis ojos, previendo que esos recuerdos podrían serme útiles. Pero tenía mucho cuidado de no preocupar lo más mínimo a nuestro prelado, y él me quitó el amor del alma y la embriaguez del corazón.

Además, debí retomar para el día siguiente el esclarecimiento de este asunto, – por mucho que me importase, – porque mi mujer y yo habíamos hecho grandes preparativos

para la inauguración del altar de Isis, que debíamos abrir, esa misma noche, en la calle Verte-Saint-Honore. Esta solemnidad se relaciona tan estrechamente con la historia que cuento que me es imposible no decir algunas palabras.

La logia de Isis

En aquella época, las setenta y dos logias masónicas de París veían en mí a un Vidente con un poder que ellas habían advertido; creían que yo recibía la luz del hogar central y se sometían a mis decisiones. Philippe de Orleans, Gran Maestro de los nuevos Templarios, no daba ningún paso sin mi opinión y sin la del duque de Luxemburgo, que ejercía efectivamente la autoridad de la cual Philippe tan solo era el titular.

Apoyado como estaba por los masones de Alemania y de Italia, obtuve de los maestros de la orden la autorización de crear una logia andrógina, en las que los dos sexos gozarían de iguales privilegios. Era sobre estas premisas como ya había establecido, durante mi estancia en Lyon, la MADRE-LOGIA EGIPCIA, bajo el vocablo de la *Sabiduría Triunfante*. Debo confesar que los lioneses se mostraron reticentes a esta innovación; los padres, los hermanos, los maridos escrupulosos quisieron conocer por adelantado las ceremonias de iniciación a las que yo consideraba someter a las damas de la ciudad; esta pretensión me pareció ultrajante, y la rechacé como era conveniente. Por lo demás, no buscaba prosélitos al estar seguro de que el valor de mi idea bastaría para asegurarme el éxito. Si tenía algunas dudas sobre la igualdad que quería proclamar, eran todas a favor de las mujeres, cuya superioridad me parece incuestionable; ellas siempre fueron superiores a nosotros en generosidad, entusiasmo y abnegación. Por lo que respecta a la pueril objeción extraída de su indiscreción natural, existe un medio muy sencillo de impedirles que traicionen un secreto masónico, el no tenerlo.

Me parecía que creaba un centro admirablemente preparado para recibir los fundamentos de la nueva Logia. Pero era necesario evitar herir la opinión y apartarse de la malignidad francesa, que tiene por costumbre mataros con un vaudeville o una canción satírica. Lorenza, aconsejada por mí, anunció que el venerable duque de Luxemburgo la había ordenado Gran Maestra de la Regla de Isis, que comprende los tres grados de iniciación: el Aprendizaje, el Compañerismo y la Maestría. Por tanto abriría “un Templo” exclusivamente dedicado a las mujeres. Por temor a espantar a las damas parisinas, que pasan injustamente por ser un poco frívolas, ella tuvo mucho cuidado, en la reunión preparatoria que tuvo lugar en mi casa, de revelar el objetivo sublime y profundo de la Logia, que no era otra, propiamente dicho, que la salvación de la humanidad por el apostolado de la mujer. Se trataba simplemente, según Lorenza, de preparar la regeneración física y moral del sexo femenino, por medio de la ACACIA, o materia primigenia, que procura la longevidad, la juventud y la salud; y la operación simbólica debía consistir en la aplicación del pentágono místico, que restituiría a las iniciadas la inocencia perdida por el pecado original – o de todo otro modo. Se podría sospechar, si se estuviese provisto de alguna malicia, que muchas mujeres experimentaban la necesidad de reparar pérdidas de esta naturaleza, pues nos fueron dirigidas más de trescientas suscripciones, pese a que el precio de la admisión hubiese estado fijado en cien luisas; yo había elevado esa cifra a propósito para disuadir a las burguesas y las robinas. Solamente treinta y seis solicitudes fueron consideradas dignas de ser admitidas en la Luz, y las elegí entre los nombres más grandes de Francia y las más inteligentes mujeres de la corte. No llevaré tan lejos la discreción, hasta el punto de no mencionar, entre otras, a la Sra. Charlotte de Polignac, las condesas de Brienne y Desalles, la marquesa de Havrincourt, las Sras. de Brissac, de Choiseul, de Espinhal, de Boursennes, de Trévières, de la Blache, de Montchenu, de Ailly, de Auvet, de Evreux, de Erbach, de la Fare, de Monteil, de Bréhan, de Bercy, de Baussin, de Genlis y

de Loménie. Si he guardado para el final el nombre de la condesa Jeanne de Valois, que acababa de hacer reconocer su real parentesco, y cuyos favores eran tan grandes según se contaban, que disponía de las carrozas de la corte, es para decir que me había solicitado que admitiese a una persona que no quería ser ni conocida, ni nombrada. Este misterio podía ser tolerado por nuestros reglamentos y me cuide bien de no extraer de ello ninguna consecuencia atrevida.

Sin embargo la hora indicada para la inauguración del Templo se acercaba.

Se han contando tantas historias falsas sobre esta reunión y sobre las ceremonias de iniciación tomadas del rito egipcio, que creo deber restablecer la verdad ofendida por la ignorancia y la maledicencia.

Nuestras bellas profanas se habían preparado mediante unas purificaciones personales; durante ocho días, debieron levantarse y acostarse con el sol; – eso alteró un poco sus hábitos; – y fue el siete de agosto, a las once de la noche, cuando Lorenza golpeó con un martillo de oro la puerta del santuario, que se derrumbó ante ella.

Las treinta y seis elegidas, tras haber sido introducidas por unos espectros de aspecto pacífico y de una perfecta discreción, fueron distribuidas por habitaciones de seis personas; se les instó a quitar sus ropas y deshacer sus moños. Cuando estuvieron en camisa, se pusieron unas levitas blancas de lana muy fina, que dejaban al descubierto el cuello y que se cruzaban sobre el pecho. Estos hábitos, de una graciosa sencillez, estaban sujetos por unos cinturones de diferentes colores, según la diversidad de los grupos. Había seis cinturones negros, seis azules, seis amapola, seis violetas, seis rosas y seis imposibles, de un nombre de un color de moda que no sabría designar de otro modo. Las aspirantes tenían además los cabellos sueltos sobre los hombros, sin maquillaje, sujetos sobre la frente por una diadema del mismo color que el cinturón. Todas estaban calzadas con zapatillas y medias de seda blanca, y sus ligas se anudaban por encima de la rodilla. Finalmente unos grandes velos cubrían sus cabezas y no permitían distinguir sus rostros. La división de los grupos había sido hecha según el deseo de las discípulas, de modo que fuesen agrupadas las personas que reuniesen de ordinario razones de conveniencia o simpatía.

No formaba parte de mis intenciones someter a estas grandes damas, la mayoría muy bellas y un poco escépticas, a pruebas terroríficas, a los sumo a conmover los espíritus vulgares. Sin embargo, debía suscitarles interés y activar su imaginación; evidentemente habrían estado defraudadas si no tuviesen miedo.

Se las condujo hacia amplios sillones, instándolas a sentarse y a guardar silencio. Una música celestial se hizo oír; nubes olorosas se elevaron por los aires. Los perfumes siempre han desempeñado un papel en las iniciaciones, pues predisponen admirablemente el espíritu hacia lo maravilloso. Una cadena de acero, de mano en mano, enlazaba a las asistentes, y las apretaba con fuerza, no pudiendo abandonarla bajo ningún pretexto. Esta cadena, cargada de efluvios magnéticos, desarrolló rápidamente en ellas una tensión nerviosa, que no dejaba de tener algo agradable. Las lámparas con las que se iluminaba la ceremonia parecieron apagarse poco a poco, y un punto luminoso de una gran intensidad surgió por encima de una especie de altar de mármol blanco que ocupaba la parte más alejada del templo. Todos los ojos se fijaron en esa claridad que se proyectaba deslumbrante. Al mismo tiempo, unas figuras altas y pálidas aparecieron entre las nubes de humo que subían hacia las bóvedas, figuras intangibles flotando en el aire como dudosas visiones, pero en las que se podían distinguir los gráciles contornos y las formas femeninas.

La música cesó; el punto luminoso aumentó, se expandió y se convirtió en una gloria celestial, en medio de la cual apareció en Gran Copto – el Gran Copto era yo – vestido con magníficos hábitos resplandecientes de piedras preciosas.

Entonces mencioné la miseria del pueblo, la despreocupación de los ricos, el desorden de las cortes; anuncié que los tiempos se acercaban; predije el diluvio, el cataclismo, la catástrofe que iba a destruir el viejo mundo, – y el ruido de las respiraciones jadeantes de mi amable auditorio llegaba hasta mí.

De repente, ¡un estrépito súbito, las trompetas del juicio final, gritos desgarradores, agudos silbidos, truenos de tormenta y los fregonazos del rayo! todo eso resonó y se cruzó por encima de las espantadas cabezas. La claridad se desvaneció; la oscuridad añadió su horror a ese estrépito sobrehumano; la cadena de acero vibró y arrojó chispas; circulaban llamas por el aire; las neófitas muertas de miedo se reunían en enjambre y emitían amplios gemidos...

Al cabo de un momento todo se calmó, la luz regresó y se proyectó sobre una figura divina, de pie sobre el altar de mármol blanco.

Estaba vestida con un traje de lana, pero este vestido, abierto de pies a cabeza, dejaba percibir una joven diosa que llevaba, atada a la cadera izquierda, una larga cinta de fuego adornada con el monograma de Isis. Era escultural en su belleza soberbia; su orgullosa desnudez levantó amplios murmullos de admiración. Yo descendí de mi gloria, me arrodillé ante la Gran-Maestra, y, agachado besé su pie blanco que ella retiró para apoyarlo dulcemente sobre mi cabeza.

Desaparecí. Un rugido de órgano, seguido de una dulce y penetrante sinfonía, anunció que la ceremonia de Iniciación comenzaba.

Cada grupo se adelantó a su vez y se colocó en fila, frente a Lorenza, que se inclinó lentamente y cuyo vestido se había cerrado.

Las seis neófitas descubrieron su seno izquierdo y tendieron la mano. La Gran-Maestra les dictó el juramento que las comprometía, y a su respuesta: «¡Lo juro!» les entregaba la «pieza mágica» donde estaba trazado el pentagrama. Con sus dedos daba la unción crucial a cada seno descubierto, y besaba a cada una de las iniciadas en los labios. Mientras besaba a todas las hermanas presentes, les confiaba en voz baja las palabras de reconocimiento que acababa de darles a conocer.

Quedaba por cumplir una última ceremonia. Lorenza tomó sobre el altar una cesta de oro, repleta de cintas de un color deslumbrante. Se sentó sobre un trípode de bronce, y las neófitas se acercaban a ella, una tras otra, entreabriendo sus vestidos vaporosos para recibir la banda de Isis. Lorenzo se la ataba a sus caderas izquierdas, – concediendo dispensas a las iniciadas que por razones sociales no podían llevar esa gloriosa enseña. Todo eso se hacía en el crepúsculo, entre la armonía y los perfumes, con un respeto religioso y un profundo recogimiento; pues, bajo el imperio de una exaltación ficticia, esas cabezas aturdidas y coquetas comprendían que en el fondo de esos ritos, había un objetivo elevado, una gran idea, un voto de regeneración social, superior a las puerilidades de los dogmas de la magia.

Sin embargo, oculto bajo los pliegues de una cortina, detrás de Lorenza, en un lugar oscuro desde donde podía observar todo, yo miraba.

El grupo negro se adelantó en último lugar; fue éste donde se había introducido la adepta desconocida. A pesar de los gruesos velos con los que se envolvía, reconocí al principio a la condesa de Valois por su cintura, por su elegante pierna y su pequeño pie. Pero la persona que la seguía la superaba en una cabezal; tenía la majestad y la ondulación del cisne, aunque su caminar fuese un poco descoordinado. Se podía apreciar que era presa de una intensa emoción. Sus compañeras la sostenían suavemente con una especie de respeto, y parecían animarla. Ella recibió la cinta de Isis, y yo palidecí, y sentí volverme loco ante la blancura nívea y el esplendor magistral de sus formas. Reconocí, sí, reconocí el original del retrato que me mostró el cardenal de Rohan! ¡Cómo! Sería posible que María... Pero de repente, un golpe de gong sonó,

llenando la nave de vibraciones metálicas. Lorenza se levantó, estremeciéndose como una pitonisa, extendió la mano sobre las frentes que se curvaban ante ella, y exclamó: «¡Id en paz, mujeres, y haced hombres!» En el mismo instante, el Templo se iluminó; una marcha marcial se hizo escuchar, y los grupos se dispersaron por las habitaciones de donde habían salido.

Eso fue, lo digo en voz alta, todo lo que pasó en la logia de la calle Verte el día de su apertura. Las mismas ceremonias se repitieron, con ligeras variantes, con ocasión de nuevas iniciaciones. Protesto, con toda la indignación de un corazón honesto, contra los libelos y los panfletos que han tratado de deshonorar una noble idea, una sublime creación. Se me acusó de haber convocado a esas solemnidades a «los amantes de esas damas» Eso es del todo un hecho impertinente. Si cometiese el atrevimiento de disponer de alguna de nuestras iniciadas para una debilidad del corazón, –¡Dios me guarde de tal pensamiento! – no se podría razonablemente admitir que ella hubiese querido dar audiencia a un adorador ante tantos testigos; y, en cuanto a suponer que hubiese allí hombres disfrazados entre las neófitas, eso sería absolutamente absurdo, después de lo que he dicho del vestido obligatorio. Lorenza nunca fue engañada. Se me reprochó, con más justicia, es cierto, haber asistido, en tanto que Gran-Copto, a esta solemnidad. He confesado esta presencia. Pero siempre me he disimulado lo bastante para no causar ninguna vergüenza a las iniciadas, y los secretos de belleza que ellas me han revelado han quedado entre Dios y yo.

VI

En que la bruja inquieta al mago.

Lorenza no se asombró de encontrarme presa de profundas preocupaciones, tras una inauguración que no podía dejar de proporcionarnos mucho honor. El nombre del Gran Copto, iba a convertirse tan respetable como el del Papa, y no habría en mi iglesia ni protestantes, ni disidentes, ni ateos. ¡El medio de no aceptar una religión que contaba con tan amables devotos!

Otra cosa que habría debido satisfacerme, era que nuestras empresas, en lo concerniente a la sultana María, había resultado exitosa. Esperaba que una voz, procedente de Alemania, no tardaría en decirme: «Está bien.» Sin embargo nos habíamos servido de los azares que no dejaban de ser oscuros a mis propios ojos, y, a causa de esa oscuridad, no dejaba de sentir cierta inquietud.

Desde luego, la bella y majestuosa criatura que había venido a la logia de Isis a recibir el beso de paz del Iluminismo era desde luego el original del retrato que me había mostrado el indiscreto cardenal, y ese retrato, era el de la sultana. Sin embargo eso me parecía imposible. Mi razón luchaba contra esa realidad.

Yo sabía cual era el carácter frívolo de María; sabía que ella no le hacía ascos a ciertas extravagancias, e incluso que había llegado en más de una ocasión a cambiar por desprecio el amor más sincero que jamás princesa alguna hubiese inspirado a su pueblo. «¡Si los pobres no tienen pan, que coman brioche!» había dicho, en un acceso de risa, una favorita atontada; y María, habiendo tocado con sus labios los labios que habían proferido estas palabras, había tomado en ese beso la mitad de la blasfemia. Contaba con enemigos, incluso entre los cortesanos arrodillados a sus pies. Si el nacimiento de un infante real fue saludado con un insulto, ella lo debía a un príncipe sentado a su lado sobre las escalones del trono: «¡Nunca, había dicho él, obedeceré al hijo de Coigny!» El pueblo escuchaba desde abajo, y él se asombraba al ver sus dioses jugar a cubrirse de lodo, como los traperos de las encrucijadas.

Sin embargo, y vacilaba en creer que María, por imprudente que fuese, hubiese perdido toda discreción y pudor; y, por momento, rechazaba el testimonio de mis ojos.

Dormí mal y salí temprano de mi cama, con la intención de visitar a la Sra. de Lamotte-Valois, que evidentemente sabía todo.

La condesa, según lo que me dijo un criado muy emperifollado, había dormido en Versalles, en el Castillo, y acababa de llegar.

Su importancia crecía día a día. No evitaba nada, además para proclamarlo, no hablaba demasiado a sus amigos más que de su creciente intimidad con la sultana. Lo que no se podía negar, es que había sido recibida por Mesdames; y, desde que sus títulos de nobleza habían sido certificados por d'Hozier de Sérigny, había logrado ingresar a sus hijos en Trianon. Su petulancia, su altivez, su modo de ser insolente, sus arranques de alegría un poco nerviosos divertían a los caballeros de alto rango; ella pasaba por una mujercita “divertida y sin relevancia”; nadie se preocupó de evitarla. Yo desconfiaba de ella, pues en el fondo no me gustaba, tal vez porque mi magia, que la había conmovido con tanta intensidad en el albergue de Merspug, perdía cada día un poco de su influencia sobre esa cabecita no menos obstinada que encantadora. Cuando la condesa quería algo, lo quería sin concesiones, y, si le convenía callarse, era imposible hacerla hablar. En eso pensaba yo entrando en su salón.

La encontré negligentemente acostada sobre su sofá, y ocupada en “hacer costura,” lo que era entonces un divertimento de moda, aunque disgustaba a los visitantes que portaban galones en sus trajes.

Al verme, levantó sus pequeñas tijeras doradas, y vi que me miraba no sin alguna lástima.

Delante de ella, sobre un mueble, se encontraban dispersos unos trapos y unos papeles, entre los que observé una pequeña tarjeta que no me pareció adecuado que se encontrase en ese lugar para pasar desapercibida. Como tengo una vista excelente, logré, alargando un poco la cortesía de mi saludo, leer esta línea: *A mi prima de Valois*. Muy bien. He aquí que debía imponer respeto a los imbéciles e incluso a algunas personas cabales. Me apresuré a decir a Jeanne algunas galanterías de buen gusto sobre el frescor de su tez, y le solicité noticias de su marido, una especie de gran gendarme lleno de buena voluntad, con el que se había casado sin saber demasiado por qué. «Para disfrutar del adulterio» decían las malas lenguas.

–Mi querido conde, – dijo la bella Jeanne, – os preocupáis de mi marido antes que de mí; hablemos de cosas serias. ¿Qué deseáis de mí?

–¿No lo sabéis?

–Me juzgáis demasiado sutil.

–Pues bien... con toda franqueza...

–¿Con toda franqueza?

–Sí.

–Vais a mentir. Pero seguid.

–Pues bien, ¿quisiera saber, bella Jeanne, si no representamos un poco la comedia?

–Si la representamos, ¿no sois vos el que ha escrito el guión?

–En parte. Pero vos sois mujer a aportar más de un cambio en vuestro papel. ¿Estáis segura de que no os burláis de nuestro excelente príncipe, y por añadidura de mí?

–En lo que respecta al príncipe, debéis reconocer que merece que una se burle de él. Además hay algo en su pasión por la reina que no tengo motivos para quejarme del poco caso que hace de mí? Pienso que mi persona, por incompleta que sea, bien vale un homenaje a mi sola dirigido, y me irrita cambiar de nombre cuando las luces se apagan. En cuanto a burlarme de vos, ni lo penséis, mi querido conde. Tengo mucho cuidado en ofender a un brujo de vuestra fuerza.

–¿Así que no queréis decirme nada?

–¿Qué os diría que no hayáis visto ayer en un jarrón o leído esta mañana en los ojos de Lorenza? Supongo que os burláis.

–¡Condesa, tened cuidado! Un primer éxito os da mucha audacia, y estáis equivocada no siendo amiga mía.

–Vos amáis demasiado a vuestra esposa para tener necesidad de amigas. Además, ¿de qué os quejáis? ¿Acaso no os he servido bien? ¿No se ha hecho todo según vuestros deseos?

–Quizá. Pero no me gustan los éxitos que me sorprenden. Ponedme al corriente. ¿Algunas palabras solamente al oído, querida?

A estas familiares palabras, que probablemente le dirigí en memoria de complicidades olvidadas, Jeanne se ruborizó, luego sonrió:

–¡Bueno!– dijo – Inclinaos.

Yo me incliné ingenuamente. Cortó con sus pequeñas tijeras medio galón de oro de mi traje, y lo arrojó a su cesta de costura.

–Esto es lo que se gana – dijo – por atormentar a las mujeres.

Me alejé de ella, con bastante mal humor, sabiendo que no obtendría nada más. En cuanto a mi galón, aunque pudiese valer una decena de luses, no me preocupaba demasiado. Ese pequeño pillaje era común entres las personas de mejor tono, y uno se arriesgaba menos atravesando el bosque de Bondy que visitando por las tardes a las bonitas costureras. Lo que me pareció cierto, es que la condesa, ayudando a la empresa acordada, intrigaba también por su propia cuenta. ¿Cómo se atrevía a separarse de aliados tales como nosotros en un asunto tan temible? Eso no era explicable más que por un exceso de esa audacia femenina que no se arredra ante nada y arranca por necesidad su presa a los leones hambrientos. Fuese lo que fuese, me hubiese gustado saber donde estaba el collar, toda vez que Lorenza tenía muchos deseos de verlo. Empujado por un vago presentimiento, me hice conducir a Versalles, y me dirigí caminando a Trianon. Admiré la elegancia de sus árboles y sus misteriosos setos. Medité sobre esa rápida decadencia de la majestad soberana que, tras haberse elevado en Versalles y en el Louvre en su pompa altiva, había caído de jardín en jardincillo, de parque en bosque, de palacio en casucha. Catherine de Médicis acabó de pastora en Watteau.

De repente, un tumulto de gritos, de «¡Noel!» un rodar de carrozas, de pesadas cadenas rodando sobre sus goznes, mientras que los tambores sonaban en los campos y como los centinelas presentaban las armas. María-Antoinette de Austria, reina de Francia, regresaba de su paseo, y su cortejo entraba en el patio pavimentado. Yo entré a continuación de sus acompañantes y me mantuve a una respetuosa distancia.

¡No, no! no me era posible dudar: ¡*era ella, sin duda!* Yo había experimentado cien veces la precisión de mi vista en parecidas observaciones, y, si se quieren recordar mis errores de juventud, se me concederá algún conocimiento sobre las mujeres. Pocas personas saben desnudar a esas adorables muñecas con tanta seguridad como yo. Realmente no me equivoco demasiado. Además, lo confesaré irreverentemente, fui cruel e impúdico en mi investigación. Mi mirada disipó los ropajes blancos, flotantes y ligeros, con los que se cubría esa diosa de la tierra; su belleza, bajo esos tisús, se me apareció sin velo y en todo su esplendor. Eran unas formas soberbias, las líneas ligeras y curvas que no se habían dejado de fijar sobre el marfil. Las ondulaciones al caminar, la suavidad de los movimientos denotaban esa plenitud de contornos armoniosos cuya perfección hace olvidar el atractivo de las bellezas juveniles. Esa rodilla que se apreciaba en la tela me había sido desvelada, en su blancura inmaculada, en la iniciación de Isis; – y lo que más me turbaba, lo que sin embargo debo decir, es que estaba seguro, por haberla mirado bien, que *el medallón del príncipe Luís no había sido hecho sin modelo.*

De este modo, la partida estaba ganada. Solo quedaba conocer el objetivo perseguido por la condesita, que la situación obligaba a tratar con algún miramiento. Lorenza había concebido a este respecto extrañas ideas, que yo había robado a su sueño. Una vez, nos habíamos acostado en Versalles, en casa de la bella Jeanne, que tenía un apartamento cerca del Castillo; se nos ofreció una cama donde la condesa había dormido la noche anterior. La sensibilidad de los nervios de mi esposa era tan perfecta que se sintió muy turbada al meterse entre las sábanas donde había reposado nuestra amiga. Yo trataba de calmar su agitación; me habló con los ojos cerrados; veía en sueño a Jeanne derrocando a María, y vestir la púrpura real!... – No me atreví a prolongar esta experiencia que me asustó un poco. Además, en semejantes circunstancias, Lorenza me procuraba distracciones naturales; como, para interrogarla, me veía obligado a proyectar mi mirada a los huecos de su pecho, no podía impedirme mirar al lado, lo que la despertaba y le hacía decir riendo: «¡No pienso en dos cosas a la vez!»

Sin embargo, yo había regresado a Paris y allí encontré a Lorenza muy preocupada por mí. El príncipe Luis había venido y me esperaba.

–¡Seré primer ministro antes de un mes! – me dije – más contento que de costumbre.

No me pertenecía a mí insinuarle lo contrario; yo lo dejé con mi esposa, y me retiré a mi despacho para escribir al barón de Wisshaupt.

Estaba ocupado anunciando nuestro triunfo al jefe de los Areopagistas, cuando se me anunció al padre Loth, religioso mínimo que había encontrado dos o tres veces en casa de la señora de Valois. Era un monje gordo, muy buen muchacho, pesado, pero de un espíritu bastante liberal, que había obtenido predicar ante el rey, por la protección del gran capellán de Francia. Me acordé incluso, en esta ocasión, que la condesa lo había desolado al afirmar que «predicaba como un pantufla».

El reverendo padre entró, se aseguró por una mirada que estábamos solos, y me hizo una señal masónica tras la cual le tendí la mano.

–Se os confunde – dijo – y también al príncipe Luís.

Añadió:

–Tened cuidado, que un asunto de esta importancia no acaba por un escándalo minúsculo, cayendo sobre vos, y que no os sería de ningún provecho.

Me hizo un gesto de discreción y de fraternidad, retomó el porte pesado que había abandonado al hablarme, y salió.

Corrí a encontrarme con Lorenza y el príncipe, que parecieron sorprendidos de verme regresar tan aprisa.

–Príncipe, – dije vivamente, – ¿Qué pruebas seguras tenéis del favor del que vos gozáis?

–De entrada este, – dijo él llevando la mano al medallón que tenía en el cuello.

–¿Y luego?

–¿Qué os diría yo? Sonrisas, signos imperceptibles con los que los ojos no se equivocan.

–Poca cosa – respondí. – Temed las trampas y los errores. Vos sabéis que tengo presciencia; escuchadme. Solicitaréis verla en persona.

–¡Es un atrevimiento ingenuo!

–La fortuna está en los audaces. Hace falta también que ella os escriba. Exigidlo.

–Obedeceré, querido conde.

–¡Que este consejo quede entre nosotros!

–Os lo prometo.

A continuación el príncipe nos dejó, y yo dije a mi esposa:

–Lorenza, ¿sabes lo que preveo? que nuestra condesita va a estar en apuros.

–¡Oh! – dijo Lorenza, – ¿por qué? Es extraño en ti tener tan buena opinión de las reinas, tú que conoces tan bien a las mujeres.

VII

De una entrevista que mantuve en un carruaje con el gran capellán de Francia, y la conclusión que extraje de ella.

Salí con Lorenza de la logia de Isis donde acabábamos de iniciar a treinta y seis nuevas profanas. Lo que me había impactado fue la singular cantidad de mujeres hermosas que hay en Francia, y todavía no había podido valorar sus rostros.

Sobre más de cien iniciadas, que se habían asociado a nuestros trabajos, habría sido imposible citar cuatro que tuviesen mal tipo. Tal vez las feas huían de la Luz.

Abandonando el Templo, subimos a nuestro coche; alguien se nos había adelantado; era el cardenal de Rohan. Tanto como pude juzgar a la claridad de las linternas, estaba alegre al mismo tiempo que solemne, como un hombre que vive en comunión con algún gran misterio. Me besó piadosamente la mano y saludó a Lorenza con un embarazo que yo disipé con unas palabras.

–Ella no nos escuchará, – dije yo posando la punta del dedo sobre la frente de mi esposa.

– Pues bien,– me dijo el cardenal, mientras el carruaje nos llevaba, – os he obedecido y he triunfado.

– La persona... ¿os ha escrito?

– Me ha escrito. Tengo sus cartas.

– Príncipe, – dije seriamente, – habéis sido elegido por grandes cosas. Estoy feliz, pues os quiero. En los acontecimientos que se desarrollan en torno a vos, seréis apoyado por un poder desconocido. No lo resistáis, y no tengáis conmigo jamás falsas delicadezas. En tanto como vuestro maestro en la Doctrina os ordeno mostrarme las cartas que habéis recibido.

Tuvo un instante de duda. Finalmente extrajo de un maletín rojo algunas cartas que me entregó. Ordené a mi cochero detener el carruaje y, acercándome a la ventana, observé las cartas.

La escritura me resultaba absolutamente conocida; el papel, la fragancia, la tinta eran desde luego aquellos que María usaba de ordinario; no había nada que reprocharles al respecto; yo no lo hubiese hecho mejor. Sin embargo, mi desconfianza no disminuyó. Al contrario. Esas cartas resultaban *demasiado* evidentes.

Algunas, insignificantes, daban cuenta de servicios prestados; – esta me pareció importante:

«El ministro (ese era el modo en el que María tenía por costumbre designar al sultán) está en este momento en mi habitación. Desconozco cuanto tiempo permanecerá aquí. Vos conocéis la persona que os envió. Confíadle el joyero y permaneced donde estéis. No temo no veros hoy.»

–¿Por quién os ha sido enviado esta nota? – dije al príncipe.

–Por el Sr. Delesclaux, el mayordomo de la reina.

–¿Dónde?

–En el domicilio de la Sra. de Valois.

–¿Conocéis bien al Sr. Delesclaux?

–Sin duda, le he visto más de cien veces. ¿Por qué me preguntáis eso?

–Porque un collar de dos millones puede extraviarse. En vuestro lugar, yo hubiese preferido ponerlo a recaudo en manos propias.

–¿La nota no es suficiente? Además, me lo han agradecido al día siguiente.

–¿Quién?

–La propia interesada.

–¿Dónde?

–En la galería del Ojo de Buey, en presencia de toda la corte.

–¿Qué os ha dicho?

–Nada; pasó a mi lado, me miró y me sonrió.

–¿Vos no teníais la vista baja?

–No, desde luego, –exclamó el príncipe. ¿Os gusta mortificarme?

–Yo no os mortifico, querido. Lo que digo es en vuestro propio interés.

–Dos días después, Boehmer escribió a la reina para agradecerle haber aceptado el collar.

–¿Y qué respondió la reina?

–Nada.

–La carta puede haber sido interceptada.

–Y el cielo puede caer sobre la tierra, – dijo el cardenal, – en cuyo caso acabaríamos todos destrozados. Si Boehmer, joyero de la corte, que tiene en sus libros entradas de Su Majestad, no sabe enviarle una carta, no hay nada seguro en el mundo.

–En efecto, Bohemer no es idiota, aunque se haya casado con la que hoy es su esposa.

–Es un estratega muy hábil, os lo aseguro. Cuando debió reducir a doscientas mil libras el precio de ese maldito collar, creí que moría.

–Esa rebaja, príncipe, no es real.

–¿A quién le dice eso? Tomad a la pequeña condesa. La reina, según decía, disfrutaba del collar, que no se atrevía a llevar, habiéndolo rechazado de las manos de su esposo. No era manirrota, lo encontraba demasiado caro y ofrecía entregarlo...

–¿Estáis seguro de ese último punto?

–Boehmer está ahí para afirmarlo, puesto que él ha preferido consentir en esa enorme rebaja.

–¿Y, así todo se ha arreglado?

–Todo, salvo que el collar no ha sido pagado.

–La reina tiene tiempo, y vos sois bastante rico, cardenal, para intervenir.

–¡Hum! – exclamó el príncipe Luis, – los negocios de mi primo Guémenée han afectado negativamente a los míos.

–Tenéis amigos.

–Los amigos que prestan un millón son escasos.

–¡Un millón! ¡Qué bagatela! ¿No estoy aquí?

–¿Vos, conde?

–Yo mismo. Charlaremos de ese detalle llegado el momento.

–Bien – dijo el príncipe, a quien las lágrimas inundaban los ojos, – no quiero ocultaros nada. Hay algo que no me creía con derecho a revelar. No importa, – añadió plegando las rodillas. Y pienso que se hubiese arrodillado si el carruaje no fuese demasiado estrecho, – no importa, conde, vos lo sabréis todo. La reina no solamente me ha escrito; me ha concedido su divina presencia.

Yo miraba al cardenal. Él bajaba los ojos. Me hizo el efecto de un pavo y una oca al mismo tiempo. Debo añadir que ese aire no le era común; era un noble eclesiástico de muy bella apariencia.

Yo proseguí:

–¿Habéis visto a la reina?

–La he visto.

–¿De cerca?

–De cerca. Le he hablado.

–¿Cuándo?

–Anteayer.

–¿Por qué no me la habéis venido a contar ayer?

–Porque... ayer... No pude acabar.

–Príncipe, – dije mientras los caballos trotaban, – os juro que está en juego vuestra salvación en este mundo. ¿Me prometéis una absoluta y plena franqueza?

–Sí.

–¿A qué hora y en qué circunstancias habéis visto a la persona de la que hablamos?

–Durante la noche de anteayer, en Versalles. Eso es lo que ha pasado. La Sra. de Valois, que me parece que vos conocéis, mi querido conde, me había avisado que recibiría esa noche la recompensa de mi devoción y mi fidelidad. Yo entré, cuando las once sonaban, por la puerta de los Reservados y, pasando bajo el bosque, bajé por el césped para penetrar en el bosquecillo de Venus, donde se me había citado. El barón de Planta me acompañaba; le rogué que se alejase y permanecí solo. De repente apareció alguien; era la condesita. «Vengo de estar con la reina, –me dijo–; está muy contrariada y no podrá prolongar la entrevista por mucho tiempo que hubiese deseado. La Sra. Elisabeth y la condesa de Artois la acompañan. Sin embargo, encontrará el medio de escaparse y dirigiros algunas palabras.» Al cabo de un momento vi aparecer una forma blanca y majestuosa que se adelantaba ligeramente hacia mí. Conde, ¡era ella! Yo flexioné la rodilla balbuceando palabras de amor y respeto. «Podéis esperar, – me dijo una voz emocionada, –que el pasado sea olvidado.» Y mi reina bien amada me tendió una rosa, de la que me apoderé bañando de lágrimas la mano que me la presentaba.

–¿Cómo estaba vestida Su Majestad? – pregunté.

–¡Ah! ¡Todavía la estoy viendo! Llevaba un amplio vestido blanco de lino, una mantilla blanca, y un pañuelo que me permitió admirar el dulce rostro que ella inclinaba hacia mi.

–Hacía muy buena noche para ver tantas cosas – respondí.– En fin, mi querido príncipe, ¿no tenéis ninguna duda sobre la realidad de la aparición?

–¿Y la voz? ¿y la rosa? – respondió.– Os juro que era mi adorada soberana a quien hablé en el bosquecillo de Venus. Mis ojos y mis oídos no han podido engañarse. ¿Qué extrañas sospechas tenéis, conde? ¿Creéis que es tan fácil entrar en las residencias reales, donde se ejerce una vigilancia más que rigurosa? Si las barreras se bajaron ante mi, si los guardias permanecieron mudos, es que me sentía protegido por una influencia todopoderosa. Por añadidura, puesto que mi débil merito y me devoción absoluta no os explican tantas indulgencias, pensad que José II llega a Paris para negociar el préstamo rechazado por Breteuil, y que el poder de su real hermana no tendrá límites cuando estemos en el ministerio.

–Así sea, – respondí; – pero me debéis el final de vuestra historia.

El príncipe continuó:

–Me levanté cuando la condesa de Lamotte-Valois se acercó precipitadamente hacia nosotros. «Venid, –dijo a la reina – venid aprisa. La Señora y la condesa de Artois están aquí.» La reina partió entonces, no sin haber apoyado su blanca mano sobre mis labios.

–Y ayer noche, cardenal, apuesto que la habéis vuelto a ver.

–Lo confieso, – dijo.

–¿Más cerca aún?

El príncipe se levantó enrojeciendo.

–Os considero demasiado bien educado, conde, para seguir preguntándome.

–Por supuesto, – dije yo, – no ignoro nada de lo que quería saber. ¿Cuándo os volveréis a encontrar?

–Jueves. Sabéis que es el día de la Asunción y que yo oficio en Versalles.

–¡Dios os bendiga! Os pregunto cuando la volveréis a ver... cara a cara?

–Dentro de ocho días, tal y como la condesa me ha prometido.

–No. La veréis pasado mañana, aquí, en la próxima reunión de la logia de Isis.

–¿Y pensáis?

–Seguramente. Y para que no dudéis de ello, os invito a cenar con ella.

El príncipe, para quien yo era un oráculo, no se atrevió a replicar; ni siquiera yo emití más palabras.

El carruaje se detuvo ante mi puerta.

En el momento que estuvimos solos, Lorenza y yo:

–¡Eh! ¡santo padre! – me dijo ella, –¿qué te has atrevido a prometerle?

–¿Nos escuchabas, curiosa?

–Un poco. ¿Estás seguro de que no es Ella?

–¿Qué importa? De todos modos, tendremos al invitado prometido. Si ella no se llama María en efecto, sabré descubrir quien es, y le rogaré que venga.

–Pero, ¿si es María?

–Entonces se lo ordenaré.

VIII

Donde no oculto mi opinión sobre los demás y sobre mí mismo.

La cena que había «profetizado» no tuvo lugar, y por la ausencia de invitados. Por el contrario, hubo un almuerzo muy divertido en la abadía de Clairvaux. Yo no estaba allí, pero el padre Loth me contó los incidentes, y creo que son dignos de ser conservados para la edificación de la posteridad.

Tres días después de las indiscreciones del cardenal de Rohan, – ¡y además, me había mostrado otras cartas! – Dom Rocourt, el digno abad de veinte abadías que le reportaban quinientas mil libras de renta, daba una fiesta a una jovencita, gran amiga de la reina de Francia y engalanada con los reflejos de su real favor. El abad no era otro que ese robusto reverendo a la vista del cual María Antonieta había exclamado: «¡Oh, que apuesto monje!» Exclamación ingenua de la que el abad se enorgullecía con justicia. La jovencita era la Sra. de Valois. Una especie de corte la rodeaba: el marqués de Saissevax, el abad de Cabres, el conde de Estaing, Rouillé d'Orfeuil, intendente de Champagne, Dorcy, y el viejo mariscal de Richelieu, habían tenido el honor y el placer de estar en esa fiesta a la vez devota y galante. Así pues, todo iba perfectamente, y el vino de Champagne espumeaba en las copas, cuando el conde Beugnot llegó con una cara melancólica.

–¿Qué ocurre? – le preguntaron.

–El cardenal de Rohan acaba de ser detenido.

Imaginad las exclamaciones, ¡los brazos al cielo! Únicamente, la Sra. de Valois tuvo la sangre fría de pedir explicaciones, y el conde Beugnot contó lo que había sucedido en mejores términos de los que yo sabría hacerlo, pues era muy letrado y agradable cuando hablaba; pero yo añadiré algunos detalles que me han sido dados por el padre Loth, y creo que no son conocidos por nadie.

Esa misma mañana, día de la Asunción, 15 de agosto de 1785, Monseñor el príncipe Luis de Rohan, cardenal, gran capellán de Francia, vestido con sus hábitos pontificales y rodeado de su clero, esperaba en la gran galería de Versalles la llegada de sus majestades, cuando se presentó el barón de Breteuil gritando al capitán de los guardias: ¡*Detened al cardenal de Rohan!* El duque de Villeroy se adelantó y dijo algunas palabras al cardenal que se inclinó. El teniente de los guardias vino a situarse junto al príncipe. Mientras la multitud de cortesanos que llenaba la galería se preguntaba sobre este suceso, el cardenal seguía al duque de Villeroy. De repente se detuvo y se bajó para arreglar el nudo de su zapato; se dejó de vigilarle un instante; escribió algunas palabras sobre un trozo de papel que ocultó bajo su birrete; luego se levantó y retomó su marcha. Se subió a una carroza; el prisionero supo que se le conducía a la Bastilla. Entonces solicitó pasar por su casa para tomar algunas prendas. Se consintió en ello; atravesando su antesala, deslizó el papel que había escrito, en la mano de un criado de confianza que partió raudo para París. El caballo cayó muerto llegando al Marais, pero el abad Georgel, vicario de la Gran Capellanería, recibió el mensaje, que una vez entregado, el mensajero desapareció de inmediato. El abad desplegó la nota; no encontró allí más que caracteres apenas descifrables; sin embargo adivinó lo que se exigía de él y quemó la correspondencia íntima del cardenal, guardada en un pequeño maletín rojo. Mientras tanto, Monseñor de Rohan hacía su entrada en la Bastilla, que estaba muy lejos de ser tan agradable de habitar como el palacio cardenalicio.

–¡Diablos! – dije al padre Loth quien me comunicaba todos esos detalles en presencia de Lorenza, – eso si que son extrañas historias. ¿Y qué actitud mantuvo la condesa durante el relato de Beugnot?

–La mejor del mundo. Ella tan solo dijo: «Eso me afecta personalmente.» Luego añadió, dirigiéndose a Beugnot: «¿Quiere acompañarme?» y ambos partieron, dejando a los asistentes bajo el golpe de la terrible noticia. Una hora después, los caballos de su carroza galopaban hacia Bar-sur-Aube; Beugnot suspiraba mirando a su antigua amiga: «¡Ah! Jeannette, decía, que lejos estamos de antaño! Recordáis las tres docenas de pasteles que comíais, bebiendo sidra, en el cabaret de la Bastilla?» y la Sra. de Valois respondía: «Sí, eso me ocurría cuando no había cenado y no me atrevía a decíroslo. No me gusta el nombre de ese cabaret...» Así se entretenían...

Lorenza, por preocupada que estuviese, no pudo impedir reír en la nariz del padre Loth.

–¡Eh! ¿Cómo sabéis todo eso, padre? – preguntó.

–Mi cochero acompañó al cochero de la condesa hasta la primera posta. Pero no nos preocupemos de minucias. Vos, mi querido conde, ¿qué opináis del suceso, y que repercusiones tendrá?

–Ocurrirá,–dije gravemente, – lo que los Maestros quieran que suceda. El collar de la reina es el yugo de la realeza.

–¿Pero qué pensáis del cardenal?

–Que es un hombre espiritual que es imbécil.

–¿Y de la Sra. de Valois?

–Que es una princesa que es una zorra.

–¿Y de vos?

–Que tengo más espíritu que el cardenal, pero que he sido todavía más tonto. ¿Sabéis lo que veo en este momento? Al comisario Chessnon, en una bonita carroza; tomando la esquina del bulevar San Antonio, seguido de un gran séquito; y que yo seré arrestado antes de que Lorenza tenga tiempo de darme cinco o seis besos de despedida.

IX

Interrogatorios y canciones

No pienso perder mi tiempo en contar un proceso que todo el mundo sabe con detalle y que ha sido comentado en todas las mesas. Un cardenal acusado de haber calumniado a una reina; una mujer de sangre real sospechosa de haber robado diamantes; un Mago sospechoso de estafa. ¡qué aventura! La condesita, no sé muy bien por qué, me acusó con una especie de rabia, y yo me defendí lo mejor que pude. De entrada se me había involucrado en el secreto, lo que fue una crueldad inútil. La ignorancia acerca de mi suerte en la que estaba sumida mi querida esposa me atormentaba hasta el punto de hacerme insensible a toda otra tortura. Yo había contado con la ayuda de las Logias, pero el padre Loth no me había hecho pasar ningún aviso desde el día de mi arresto. En cuanto al cardenal, ya tenía bastante con defenderse él mismo; además, no estaba alejado de creer, que desde que me conviniese irme, pasaría a través de los muros. Asumo que mi brujería no llegaba más allá.

Tras nuestros primeros interrogatorios, fueron remitiendo algunas tropelías que nos habían hecho al principio. Los carceleros, orgullosos de tener bajo cerrojo unos personajes de los que se ocupaban Francia entera y Europa, no pedían más que dejarse corromper, – sin embargo, hasta cierto punto–. Yo pude hacer buenas migas y obtener algunos libros, entre los que se encontraba una pequeña edición de las *Centurias* de Nostradamus, datado en 1574. Algo que me sorprendió fue que el libro contenía una indicación que remitía a la página 187, y he aquí lo que leía en esa página:

El año ochenta y más, malandrines y villanos,
Algunos en libertad, otros encarcelados,
Reptan vivos; a saber, mujer que no es tonta,
Dos condes sin condados, gorro rojo sin cabeza.

¡Diablos! He aquí una cuaterna que, por haber sido impresa en el año 1574, no se aplicaba menos bien a la situación presente. En la «mujer que no es tonta,» se podía reconocer a la Sra. de Valois; La Motte y yo éramos, en efecto, dos condes sin condados, y el «gorro rojo sin cabeza» indicaba claramente a nuestro aturdido cardenal. Pero como la cuaterna no era elegante, tomé el partido de considerar a Nostradamus con un «viejo idiota» a quien se hace decir todo lo que se quiere.

Las confrontaciones siguieron a los interrogatorios, y yo me las arreglé bien en ambos casos.

Sabía que la justicia francesa era un poco frívola, y me había acicalado para la ocasión. Se me había peinado en bucles y mis cabellos caían sobre mis hombros. Llevaba puesto un hábito verde bordado de oro, que me sentaba de maravilla, según opinión de Lorenza, – en el poco tiempo que pude hablar con ella – y unos pantalones de terciopelo rojo. Hete aquí a los jueces instructores que se echaron a reír.

–¿Quién sois? ¿De dónde venís? – exclamaron.

Eso me indignó. Sabían perfectamente que venía de la Bastilla, y era lo bastante conocido para que se me planteasen cuestiones banales, de ordinario para los presos comunes.

–¡Noble viajero!– respondí con voz segura.

Pero ese montón de pelucas prorrumpió a reír con más intensidad. Entonces me indigné, y en una especie de transporte bien justificado, pronuncié altivas palabras, a fin de llamar a las gentes al respeto.

–¡Buen Dios! – me dijo Thilorier, mi abogado,– ¡hablad francés al menos! ¿Cómo queréis que se os entienda?

Es cierto que, en la efusión de mi corazón, me había expresado en griego, árabe, latín, italiano, egipcio, – sin hablar del vascuence, en el que estaba versado, – y fue en medio de una algarabía universal cuando se me rogó que me sentara. El Sr. Thilorier, que de entrada había parecido muy contrariado con mi discurso, acabó por resoplar como los demás.

–Vos sois mejor abogado que yo – dije,– y habéis ganado vuestra causa.

–¿Cómo es eso?

–Haciéndoles reír.

Yo había sido ofendido, fui humillado. Uno no es Gran Copte para nada. Pero hete aquí que, de repente, una especie de visión nubló mis ojos. Una gran y bella persona entró en la sala con porte de reina, y creí ver en ella a la propia reina.

Mientras la miraba con estupefacción, las personas se apresuraban a su alrededor con un interés sonriente y casi respetuoso. Incluso uno de los jueces, sobre algunas palabras que se le dijo al oído, hizo una señal a un ujier para traer un sillón. Ella se lo agradeció con aire de nobleza, mezclado con un poco de timidez, y las atenciones se redoblaron alrededor de su belleza regia.

–¿Quién es esta mujer?– pregunté a Thilorier.

Me respondió en voz baja:

–Una «mujer de mundo»; y si ahora no estuviese aquí, estaría en alguna silla del Jardín del Palacio Real.

Entonces lo comprendí todo. Yo tenía ante los ojos al original del medallón, a la iniciada de la calle Verte, en fin a la persona que, por su extraña semejanza con María-Antonieta, había engañado al cardenal!

–¿Cómo se llama?– pregunté a mi abogado.

–Nicole Le Guay, baronesa de Oliva.

–¿De Oliva?; fue la condesita de Valois la que la ha hecho baronesa.

–Así es, – dijo Thilorier, de Oliva y Valois es la misma cosa. Es casi un anagrama. Yo lo consideraría una broma.

Baronesa o no, la muchacha no dejaba de ser interesante. No se le dirigieron más que algunas preguntas a las que respondió con un llamativo candor; los jueces parecían disculparse por haberla hecho venir. De pronto se escuchó un sollozo infantil. La dama se levantó, completamente emocionada, e hizo un gesto suplicante a los jueces, que respondieron inclinando la cabeza. Entró una sirvienta llevando un bebé cubierto de encajes; la acusada descubrió un seno de una belleza incomparable y que yo reconocí muy bien; el niño aplicó allí su boquita rosada y «la ley se calló ante la naturaleza.»

Pido perdón a Lorenza por haber escrito «incomparable». Esa palabra puede disculparse en la boca de un hombre que no había visto más que carceleros y soldados desde hacía seis meses.

Así era esta bella joven a la que yo hubiese invitado a cenar si saliésemos ambos de la prisión!... Pero yo estaba un poco sorprendido de su maternidad.

–¿De dónde diablos procede ese niño? – pregunté a mi abogado.

–De la Bastilla.

–Muy bien; pero ¿de quién es?

–Se le ha preguntado a la madre.

–¿Y qué ha respondido?

–Que lo diría de buen grado si se acordase de ello.

Mientras la señorita Nicole cumplía con su deber de madre con una gracia y una ligereza que provocaba en los labios de los jueces un singular temblorcillo, yo

continuaba charlando con mi abogado. Como bien auguraba, en lo que a mi proceso concernía, no había que temer a comprometerse, y me puso al corriente de lo que había pasado.

El cardenal, según lo que me dijo, tenía bastante mal aspecto en el banquillo, aunque ese banquillo fuese un sillón, habiendo querido el tribunal rendir honores a un príncipe de la Iglesia.

Mi esposa estaba en la Bastilla, como yo, pero pronto debía ser puesta en libertad. Libre de mi más amarga preocupación, no tuvo ninguna dificultad para sonreír de las travesuras y extravagancias que se atribuían a la Sra. de Valois.

En la primera desesperación que había seguido a su arresto, la Sra. De Valois había querido romperse la cabeza con su bacinilla. Luego tomó la costumbre de Eva antes de la hoja de higuera, y deambular en ese estado por su celda, – lo que debía ser una locura muy agradable de ver. «¡Que venga el Sr. de Launay!»– dijo ella un día. El gobernador acudió; ella le echó una fuerte reprimenda sobre el mal estado de su cama, tan poco mullida que tenía cardenales azulados sobre los hombros y hasta en la espalda. Advertid que él se vio obligado a constatar la presencia de dichas marcas. Naturalmente el Sr. de Launay se interesó mucho en la reclamación, y, como tenía orden de tratar bien a la prisionera, le dio una cama de pluma y le hizo servir la comida en vajilla de plata. Además, no queriendo enemistarse con ese bonito demonio y sabiendo que ella tenía la manía de hacer agujeros en las paredes e intentar evasiones ingenuas, tomó la decisión de pasar sus jornadas junto a ella, e hizo llevar a la celda de la bella Jeanne su telar de tapicero. Quiero decir el telar de tapicero del gobernador, pues él era un entendido en ello. Aunque Jeanne acabó por estar molesta de una semejante asiduidad y propuso a Launay acostarse en la cama de plumas para hacer mejor su oficio de espía; se afirmaba que de Launay, en su celo, no se había echado atrás ante ninguna situación extrema.

Mientras que Nicole Le Guay continuaba amamantando a su bebé, – quizá para seducir a sus jueces, – mi abogado me hizo entrar en una sala de audiencia, y pude ver a la Sra. de Valois.

Su cautividad no había cambiado ni su figura ni su humor. Llegó vestida con una camisa de lino batista, que hacía resaltar el aumento de su cintura. Un pequeño gorro de gasa, sin cintas, al que estaba atado un velo muy fino con el que se tapaba el rostro, estaba posado sobre sus bellos cabellos, sin maquillaje. Entró con aire seguro, me advirtió y me mostró el puño, como una promesa. El ujier le dijo con tono seco, mostrándole el banquillo: «Señora, siéntese ahí.» La condesa se echó hacia atrás al principio, luego se aproximó al asiento, al que dio una patada de desprecio; después de que se sentase y se arreglase, estiró las arrugas de su vestido, y acabó por disponerse en una pose graciosa, como si estuviese acostada en la mejor de las hamacas. Fue interrogada; no respondió a nadie y mantuvo la conversación con todo el mundo, manteniendo la mirada del primer presidente, el Sr. de Brétignières, no testimoniando ni fatiga ni aburrimiento, como si ella estuviese dirigiendo la charla en su salón. Habló durante una larga media hora, sola, bajo pretexto de decir todo, y encontró el medio de no decir nada y ser encantadora.

Yo le testimonié mi reconocimiento mediante un saludo profundo que le hice cuando se levantó para marchar, tomando ella misma unos momentos que el presidente consideró aceptar. Su visita no había durado menos de tres horas.

Cuando llegó el momento de regresar a la Bastilla, Thilorier me deslizó en la mano una canción que corría por Paris, y en el que la opinión pública decidía sobre nuestro asunto. He aquí las principales estrofas, pues era interminable:

Henos aquí en los tiempos de Pascal:
¿Qué dicen ustedes del cardenal?

¿Acaso en Pascua cantará
Aleluya?

Oliva dice que él es un pavo;
Lamotte dice que es un pillo;
Él se comporta como un beato;
¡Aleluya!

El Santo Padre lo había enrojecido,
El rey de Francia lo ha ennegrecido.
Pero Themis le dará jabón,
¡Aleluya!

En Versalles, como en Paris,
Todos los grandes y pequeños
Quisieran liberar a Oliva.
¡Aleluya!

De Valois la novela tan dulce,
Comienza por una cita;
Un collar la terminará,
¡Aleluya!

Los acontecimientos se precipitaron. Pronto, mi Lorenza querida fue puesta en libertad, y la corte anuló su arresto el 31 de mayo de 1786.

X

La detención y lo que siguió.

Fui absuelto de toda acusación, y ¡qué más justo que eso! Pues, en fin, yo era absolutamente inocente de todo lo que había sucedido; el cardenal de Rohan y la bella Nicole fueron arrojados de la corte; pero la pobre condesa fue condenada a ser, desnuda y con la cuerda al cuello, fustigada a latigazos y marcada con un hierro candente en forma de V sobre los dos hombros, por el verdugo ante la Consejería, antes de ser encerrada de por vida en la Salpêtrière.

El cardenal llegó a sustraerse a una ovación que yo no evitaba. Más de diez mil personas me esperaban a la puerta de la Bastilla. Fue una explosión de embriaguez y entusiasmo. Se me llevó en volandas hasta mi casa del bulevar Saint-Antoine, con clamores que me llegaron hasta el fondo del alma. Las excepciones que trataban de oponerse a este desbordamiento de alegría estaban rabiosos, anulados y desaparecían en las oleadas del populacho. Lorenza se arrojó en mis brazos. En el momento en el que ponía pie en el umbral de mi puerta, sonaron unas fanfarrias. Todos los músicos del barrio me daban una serenata. Las damas de la Halle llegaron con enormes ramos de flores; yo abrazaba a aquellas que me parecieron bonitas, e incluso a las otras, pero menos intensamente. Un compositor de odas subió a mi casa, abrió mi ventana, y leyó a la muchedumbre una cantata en mi honor, y reconozco que eran unos buenos versos. Sin embargo, yo arrojaba a los que aplaudían, por encima de sus hombros, algunos centenares de luisés; la poesía no fue mejor acogida. No fue hasta medianoche cuando estas manifestaciones de regocijo finalizaron, y Dios sabe lo que fue ese momento, cuando las últimas puertas cerradas, tras ocho meses de separación, de cautividad, de sufrimiento, me encontré libre frente a mi Lorenza bien amada! Ella estaba más bella que nunca. Nos tendimos los brazos sin atrevernos a avanzar, casi con espanto, temiendo expirar en el éxtasis de nuestro primer abrazo. No diré más. Corazones sensibles que me leéis, – si tengo más lectores que el digno Pancraccio, mi carcelero y amigo, – adivinaréis perfectamente que no podría expresar lo que fueron, tras semejante ausencia, los goces inefables de un amor compartido!

Al día siguiente, recibía la orden de abandonar Francia, y hacía mis maletas. He aquí lo que se cantaba en las calles de París:

Target, en un amplio expediente,
Ha hecho tanto bien como mal
La extraña e historia deprimente
De ese pobre cardenal;
Y la vehemente elocuencia
De ese orador atosigante
Demuestra hasta la evidencia
Su inocencia después y antes.

Yo escucho de Francia al Senado
Decirle una de de estas primaveras:
Sed un poco honrados
Y dejad ahí las ramerás;
Pero el Papa, menos buena pieza,
Podría decir a este majadero:
Príncipe, quien no tiene cabeza
No necesita sombrero.

Para acabar con este triste discípulo, diré que la cólera real no dejó de perseguirle.

En vano solicitó veinte veces e regresar a la corte; perdió su tinta y sus bajezas, y la condesa de Marsan una parte de su crédito. El príncipe debió resignarse a vivir lejos de Versalles; pero tomó una decisión, gracias a una bella inglesa que él hizo venir a la Chaise-Dieu, y que siempre tenía sobre sus rodillas, lo que era un lamentable ejemplo para sus monjes.

XI

Donde la Sra. de Valois habla mucho, cree decir la verdad y miente a su valido

Si nunca tuve necesidad de consuelo, si nunca tuve en mi vida un día de desaliento, fue cuando salí de la audiencia que el barón de Wisshaupt me había difícilmente concedido.

–No tengo tempo que perder, – me dijo, – y os equivocáis en insistir en verme. Vos no sois un tonto, pero sois casi tan peligroso como si lo fueseis. Vuestro ego os ocupa demasiado; no merecéis trabajar en la obra. Sois un vividor, un excéntrico, como se dice en Londres a dónde vais. Eso es bueno. Os tolero. Id y comportaos bien. Yo no os necesito.

No es que en Londres pudiese reconfortar mi espíritu, turbado por lo que llamaba entonces una negra ingratitud.

En esa ciudad intenté retomar mi gris existencia de antaño; pero algo me separaba de mi pasado, y tenía dificultades en encontrar en mí al antiguo hombre. Lorenza se convirtió en mi ángel de la guarda y se convirtió más que nunca en el primer interés de mi vida.

Una noche nos encontrábamos muy aburridos por una climatología muy lluviosa que duraba ya varios días, cuando la aldaba de nuestra puerta sonó varias veces. Se trataba, sin duda, de un visitante de importancia. Abrimos.

El visitante era una mujer vestida de terciopelo y cubría su cabeza con un gran gorro. Apartó el velo que la cubría y nos mostró una carita pálida.

–¡Jeanne!

–¡Madame de Valois!

Jeanne hizo una reverencia a mi esposa, una reverencia cortesana, si queréis, y me dijo con un ligero acento irónico:

–¿Queréis darme la mano, conde?

–Seguro, – respondí.

–Hemos sido enemigos, pero eso puedo olvidarse, pues hemos pasado, vos por el exilio y yo por el fuego.

La observamos con asombro. ¿Cómo se encontraba en Londres? La espantosa detención que había padecido regresaba a mi memoria, y recordé todas las circunstancias que había leído en los periódicos.

Cuando se le leyó su condena, ella había alzado los hombros y mirado a las personas con piedad. Lo que no le había impedido, un poco después, ser presa de convulsiones que habían durado tres horas, y durante las cuales había destrozado, roto, torcido todo lo que había caído bajo sus manos. Una vez calmada, había pasado algunos días bastante tranquila. Esperaba su indulto, que no podía faltarle, según decía. Y cuando su espíritu se veía asaltado por alguna duda, miraba hacia Versalles y murmuraba entre sus apretados dientes:

–¡Tened cuidado!

El 21 de junio, una jovencita que la servía desde que ella había entrado en la prisión, vino a despertarla y le dijo:

–Madame, levantaos.

–¡Ah! ¡qué fastidio! – dijo la bonita Jeanne – dormía tan bien...

En efecto, dormía bien, y en un desorden encantador propiciado por el gran calor reinante.

Se cubrió, un poco turbada de estar demasiado bien vestida, y con medias de seda y zapatos planos.

–¿Qué me quieren?– dijo.

–Señora, se os solicita en el locutorio.

–¡En fin!–dijo Jeanne, que veía llegar su indulto y la libertad. –¿Cómo debo vestirme?

–Sencillamente, señora; no es para ir lejos.

La chiquilla repetía una lección. La condesa pasó una bata, puso un chal y tomó sus guantes.

–Debería peinarme, – dijo.

–Se me dijo que no hiciese nada.

Salió. Cuatro hombres la rodearon, altos, velludos, vigorosos, con rostro adusto.

–¿Qué ocurre? ¿Qué queréis de mí?

La tomaron por las muñecas y la arrastraron; otros hombres que estaban detrás de ella la empujaban de las rodillas a los riñones. Se le hizo descender la gran escalera de la prisión, y se la condujo, temerosa y temblando, ante un alguacil que le leyó su detención.

–¡Van a matarme! – exclamó mientras levantaba las manos sujetas por unos grilletes.

El alguacil se apartó; ella percibió al verdugo arrodillado, revolviendo un hierro enrojecido sobre una brasa ardiente.

–No!– dijo ella,– no, prefiero la muerte! – ¡Antoinette!...

A ese nombre, los ayudantes del verdugo la arrojaron al suelo, ahogando sus gritos en el polvo. Apartando sus vestidos, y unas correas sibilantes trazaron largos surcos sobre la carne de la víctima. Pero esos hombres tenían prisa por acabar, como si les hubiese horrorizado su acción. Tal vez ella estaba recomendada – o protegida... Protegida, ¡Dios santo! Apenas fue golpeada tres veces. Fuera de sí y casi sin conocimiento, un dolor agudo, atroz, la volvió en sí; sintió la carne de su hombro izquierdo chisporrotear bajo la flor del lis rojo; un sobresalto nervioso, invencible, la arrancó de sus verdugos; quiso huir; el ejecutor saltó sobre ella; ella trastabilló, cayó, se volvió bajo él, y el hierro que él quiso aplicar al hombro derecho, quemó y marcó el bello seno de Jeanne, el seno derecho, – el único.

Se acabó. Ella se levantó, loca de terror y de cólera, vomitando mil insultos que hicieron palidecer a los torturadores; amenazó al cielo, y, tendiendo sus puños al cielo gritó:

–Si es así como se trata la sangre de los Valois, ¿qué suerte está entonces reservada a la sangre de los Borbones?

He aquí lo me había contado. Y yo había observado que la línea de proyección de sus brazos extendidos, que se dirigían hacia Versalles, había debido pasar por la plaza de Luis XV, que los franceses llamaron después la plaza de la Revolución.

La triste ejecución había tenido lugar a una hora indebida y ante pocas personas. Excelente precaución, pues parecía que la pobre Jeanne tuviese graves defectos de lenguaje. Los curiosos y aficionados a los suplicios fueron advertidos demasiado tarde, y París, que se privaba de una diversión, se vengó mediante este epigrama:

A la moderna Valois
¿Quién cuestionará sus derechos?
La propia corte de los pares

Aunque en términos poco educados,
Le hace, por detención suprema,
Endosar las flores de lis.

Sin embargo, tras las primeras palabras de nuestra entrevista, Jeanne se volvió muda y soñadora; pensaba sin duda en las cosas que yo acababa de recordar, y no sabía como reanudar la conversación. Por fin se decidió a romper el silencio.

–Conde, – dijo – ¿vos estáis siempre en relación con lo que llamáis “La Luz”?

–Sí,–dije – pero he dejado de ser uno de los Maestros de la orden.

–¿Por qué?

–Porque vos me habéis engañado.

Ella me miró con aire singular.

–¿Estáis seguro de eso, conde?

–Desde luego. He tenido el honor de ver y escuchar a la baronesa de Oliva y su bebé. Es una reina muy agradable, pero a la que es difícil comprometer.

–Yo tuve a esa joven bajo mis manos, me he servido de ella, pero ¿qué prueba eso?

–Eso prueba que vos habéis hecho representar al cardenal el papel del perro que suelta la presa en la sombra.

Ella mantuvo todavía la mirada que había tenido un momento antes, y repitió:

–¿Estáis seguro?

–Sí – dije yo levantándome, pues me sentía irritado por ese cinismo; no os burléis más de mi, condesa, si queréis que permanezcamos siendo amigos. ¿Quién no conoce el rol de esta “muñeca”?»

–Yo he querido a la reina – dijo Jeanne de Valois, sin parecer escucharme; – vos no sabéis hasta que punto es fácil querer a las reinas. Sí, incluso conspirando contra ellas, incluso traicionándolas, algunas veces se las quiere. ¿Quién os dijo que yo no urdí a propósito toda mi estrategia, para endosar las imprudencias de la original?

–¡Calumnia! ¡invención!–exclamé- Condesa, ¿siempre mentiréis?

–Escuchadme tranquilamente, ¿queréis? Si he cometido el crimen del que se me acusa, – si yo, que disponía de la bolsa de Rohan y de la de veinte más, sola, sin cómplices, he profanado la majestad real, mancillado un nombre augusto, engañado a un diplomático, abierto jardines cerrados a todos, con el único objetivo de robar un collar, ¿por qué no se me ha condenado a muerte? Se ahorca a los sirvientes que roban un escudo.

–Pero no a las grandes damas que roban un millón – respondí yo.

–¡De acuerdo! En cualquier caso, el asunto está acabado, ¿resulta unánime que soy un monstruo execrable en la corte donde he cometido semejantes infamias?

–¡Desde luego!

–¿Y a la reina todavía más, a esa reina inocente y calumniada?

–Vos lo habéis dicho.

–¿Y vos me concedéis que toda nueva relación, toda entente, todo acuerdo conmigo, no podría más que deshonrarla?

–¿A dónde queréis llegar?

–A esto. Cuando yo ingresé en la Salpêtrière y tuve que ponerme el traje de prisionera, he aquí lo que dije al abad Tillet, prelado de la casa: «Padre, guardad vuestros sermones, la justicia ha muerto. Si existiese una bajo el cielo, la reina debería estar aquí en mi lugar, puesto que todo mi crimen es haberla servido demasiado bien.» Esto fue dicho ante cien personas, y se lo repetí. El cura Tillet recibió la orden de tratarme con deferencia.

–Eso era indulgencia.

–Si vos lo decís... Se ha sido indulgente también con Rétaux de Villette, mi secretario, que se confesó culpable de haber falsificado la escritura de la reina. Se le ha indultado. Falsificar una firma real, ¡bagatelas! Si hubiese falsificado la firma de un simple burgués, lo hubiesen ahorcado.

–¡Hum!

–En el pasado agosto, se me anunció una visita. ¿Quién era? Madame de Lamballe, me dijo la superiora sor Victoria. – No quise recibirla. Se informó de ello a la princesa, que insistió y que quiso hablarme a cualquier precio. «Señora, le dije, es imposible. – Y ¿por qué? – Porque Madame de Valois no está condenada...» La frase venía de mí.

–¡Hum!

–Yo soñaba, esperaba; no lamenté esos meses de prisión, conde. He ganado. Os divierto con los desalientos secretos que me perseguían, notas que me conjuraban a olvidar, ruegos que he rechazado; no me creeríais, puesto que no tengo pruebas. En fin, una pobre mujer, Marianne, que me servía en la prisión, pues se me trataba como una gran dama, me ofreció huir. Rechacé; ella insistió; un deseo de libertad me subió a la cabeza; acepté. ¿Sabéis lo que esa mujer me trajo al día siguiente?

–No

–Un traje de jinete de de cien libras. «¿Quién pagó eso, Marianne?» Ella no respondió. Me vestí, salí, me desvié; encontré a la superiora, a unas vigilantes que no parecieron verme. Tenía dinero en mis bolsillos. Llegué a la puerta, se abrió, y ¿qué fue lo que encontré llegando a orillas del Sena? A Marianne que me esperaba para acompañarme.

–¿Creéis pues no tener amigos?

–Perdonadme. Lo que os digo es la prueba contraria. Finalmente partí para Londres. Heme aquí, y espero a Madame de Polignac.

–¿Madame de Polignac?

–La misma. Debo verla mañana.

–¿Cómo la superintendente de la casa de la reina podrá abandonar París?

–Por razones de salud. Viene a tomar las aguas de Bath.

–¿Por qué os habría de ver?

–Para entregarme doscientas mil libras. He sido advertida por el barón de Breteuil. ¿Conocéis la escritura de la princesa de Lamaballe? Leed.

–Sí, son como patas de moscas. Es cuestión de papeles que vos debéis cambiar por doscientas mil libras.

–Y ese es el motivo de mi visita. Estos papeles por los que se me ofrecen doscientas mil libras, ¿queréis darme vos un millón?

–¿Yo?... ¿y por qué habría de hacer eso?

–Para vuestros amigos de «allá abajo.»

–No estoy autorizado. Y además, me gustaría ver las doscientas mil libras.

–Venid mañana, las veréis.

En efecto, las vi. La duquesa de Polignac una vez que partió, la condesa las puso ante mí en su escritorio. Uno pensará lo que quiera.

Las mujeres siempre tienen una segunda intención. Jeanne de Valois me retuvo cuando quise salir. Tenía algo que decirme. Me hizo jurar que yo era un gran medico, y se desnudó enseguida, enrojando, hasta la cintura.

Ese demonio tenía pudores de virgen. Simplemente me preguntaba si se podía hacer desaparecer el terrible estigma con el que la habían marcado. Yo lo miré durante

un largo rato. El seno herido había tomado su forma pura, Era a la vez espantoso y encantador.

Depositó un beso sobre la marca y le dije:

–No hay nada que hacer.

Dos años después, Jeanne de Valois se arrojó por la ventana. Una de sus flores de lys la identificaba; – se adivina cual de ella.

FIN DEL SEGUNDO LIBRO

TERCER LIBRO

EL SANTO OFICIO ROMANO

LIBRO TERCERO

EL SANTO OFICIO ROMANO

I

Donde me decido a hacer una tontería; y de la ingratitud que me testimonia San Juan, evangelista.

–Joseph, – me dijo un día Lorenza, –tu Inglaterra me entierra, esta isla me exilia, su niebla me confunde, su bruma me resfría; quiero irme.

–Como quieras, cisne mío.

Ese nombre cariñoso se me escapó y lo mantengo, aunque lamentablemente resultaba pedante entre mis amigos. Recordaba la gracia ondulante y la blancura exquisita de mi querida Lorenza, y, algunas demostraciones que me hizo, jamás pude emplear el masculino hablando de mi esposa.

–¿A dónde iremos? – pregunté a la bella italiana. El mundo tiene prejuicios contra mí. Quise plantar nuestra tienda en Turin, el año pasado; el rey me pidió abandonar el Piamonte en ocho días.

–No quiero ir al Piamonte.

–Ni yo. Nos hemos refugiado en Roveredo, bajo la paternal dominación de Austria; el emperador Joseph se ha ofuscado y me ha hecho decir que yo le incomodaba.

–Pues bien, regresemos a Francia.

–Breteuil de Launay y Chesnon tienen allí la mano larga. He hablado demasiado mal de la Bastilla.

–Vamos a Palermo.

–Allí he dejado amigos desagradables.

–A Roma. Me gustaría saber en lo que se han convertido mamá y la parentela, y si Lorenzo no está en las galeras.

–Tal vez sea el momento de pensar en ello. Pero ¿no es eso arrojarse en las fauces del lobo católico?

–Nosotros no carecemos de religión, Joseph.

–De acuerdo, pero Roma es un lugar donde hay que tener mucha precaución. Debes saber que el santo oficio tiene en sus cajones la bula *In Eminentí*, debida al papa Clemente XII, la cual fulmina a los masones y los condena a la horca.

–¡Bah! – dijo Lorenza.

–También está la bula *Providas*, del excelente Benito XIV; no data más que de treinta años atrás, y a fuerza de ley en los procesos eclesiásticos. Eso descarta la horca.

–¡Ves!

–Pero la sustituye por la hoguera, más acorde con las tradiciones cristianas.

–¡Tonto!– dijo Lorenza. – En el Vaticano se nos tiene en buena estima; el príncipe-obispo de Trento me lo decía anteayer en casa de lady Roseberry. Es muy amable y galante este obispo. Afirmó que si tú quería hacerle una confesión general, estaría encantado de verte.

–¡Habría que estar bien seguro! – respondí.

–El propio príncipe te lo dirá.

En efecto, me lo dijo. Ese príncipe obispo era un noble hombre no malvado, teniendo manga larga y absolviendo casos reservados. Lo tuve durante un tiempo por amigo de la casa. Se interesaba mucho por mis aventuras y en la Masonería, de la que yo le contaba los misterios. Aprendió a manejar el tablero, es septángulo, el triángulo, el compás, la escuadra, las piedras en bruto, cúbico, triangular, el punto, la escala, el globo y la corneja sagrada, de la que le expliqué el sentido real. Pero él estaba muy vinculado a la Iglesia y no lamentaba que esta repudiase los ritos nuevos. ¿Qué necesidad de reemplazar por todo lo que yo acababa de recitar, la cruz, la estola, el copón, la patena, la mitra, el rosario, el *Agnus* y el tabernáculo? Yo no sabía que responder. Un día en el que él miraba la banderola masónica que Weisshaupt me había confiado cuando partí de Francia, banderola bordada con las letras L.P.D., me preguntó lo que eso significaba. Le dije en voz baja: *Lilia pedibus destrue* (¡Pisotead los lises!).

–¿Y por qué no, – dijo él – *Loue pieusement Dieu*? Todo eso, mi querido conde, no son más que infantiladas. El papa os verá con placer. ¿Sabéis que viene de congraciarse con vuestro viejo amigo Louis de Rohan y declararlo *apto para el papado*?

–¿Louis será papa? – exclamé.

–Es un candidato.

–Entonces debemos partir – respondí.

Lorenza fue completamente feliz con mi decisión. Llegamos a Roma en mayo de 1789, y, tras una breve estancia en el hotel, nos fuimos a vivir al palacio Farnése. Fue allí donde fui arrestado por orden del Santo Oficio el 21 de marzo de 1790, día de la fiesta de San Juan Evangelista, que careció de gratitud hacia mí, pues yo había hecho de ese santo uno de los santos de mi rito egipcio, a causa de su divertido Apocalipsis.

»

II

Charlatán quizá; profesta con toda seguridad.

No pienso que se haya visto jamás un proceso tan singular como el mío. Se me hacía recitar mi catecismo, que ya tenía un poco olvidado, y en ocasiones oraciones, actos de fe, de esperanza y de caridad. Aparte de mí, pensaba en mi querida Lorenza y en los actos de amor que me estaban prohibidos. Lo que resultó más funesto fue lo que me habría debido hacer absolver por unos jueces menos prevenidos. Quiero hablar de esas facultades misteriosas, que me asombraban a mí mismo y de las que yo había constatado cien veces sus efectos; desde luego los debía a la protección especial de Dios; pero los inquisidores estaban decididos a encontrar al diablo en el asunto. En cuanto a mi masonería, las bulas eran formales y el caso era de horca. Pero lo que incitaba sobre todo contra mí a la horda siniestra de los sacerdotes, era mi *Carta al pueblo francés*, publicada en junio de 1786.

Adviértase esa fecha. Yo había escrito lo siguiente:

«¿Es este pues un medio de gobierno que esos abominables “cartas de sello» que hunden al inocente en un calabozo, apagan su voz y libran su casa al pillaje? ¿Sobre que se juzga al desgraciado que está fuera de la ley? Sobre quejas de las que no se sabe el origen, sobre informaciones tenebrosas, sobre rumores o infundios calumniosos, dispersos al viento por el odio y recogidos por la envidia. La víctima es golpeada sin saber de donde viene el golpe. Y se le ingresa en la Bastilla, ¡un infierno! La impudicia, la mentira, la falsa piedad, la ironía, la hipocresía, la crueldad desenfrenada, la injusticia y la muerte allí tienen su imperio. Ella encierra cadáveres vivos tachados desde hace tiempo de la lista de los hombres y de los que incluso se han olvidado sus nombres. Los desgraciados aspiran a la muerte y viven en una sombra eterna. ¡No es un crimen que no expire un mes de Bastilla! Y la inocencia ve todos los días las puertas abrirse para ella! Y la formidable prisión del Estado no toma su presa! Si, tanto que ese fantasma de piedra permanezca de pie, no habría en absoluta seguridad en Francia. Pero los tiempos han legado donde la razón humana la destruirá por la fuerza brutal. ¡LA BASTILLA SERÁ DESTRUIDA Y SE CONVERTIRÁ EN UN LUGAR DE PASEO! Y esta libertad del mundo, a la que yo he dedicado mi vida y cuyo hogar debe iluminarse en Francia, deslumbrará en el futuro!»

Tal era mi auténtico crimen. Había abierto mi mano llena de verdades, cosa imprudente. También no esperaba sin alguna inquietud el inicio de mi extraño proceso. Lo que me fue más cruel era que se me traía casi todos los días declaraciones firmadas por mi querida Lorenza, donde yo era acusado de mil mentiras, de mil infamias. Esos sacerdotes forzaban el amor a la traición.

Entre esas tinieblas de jueces inicuos y de abogados traidores, no tuve más que un día de claridad; ese fue aquel donde vi aparecer en el estrado de los testigos un rostro simpático que iluminó un instante nuestra negra asamblea con su fulgor. ¡Emilia! Era mi prima Emilia a la que volvía a ver después de tantos años de ausencia y que estaba todavía más bella. Me envió un beso tocando su corazón con la mano, y declaro, con la sonrisa en los labios, que yo era el menos malvado de los hombres. Su palabra cayó sobre mí como el rayo de luz que reconfortó a Daniel en la fosa de los leones. Mis leones eran obscenas hienas. Debieron sentir que su presa les era arrancada, y la mirada del primer ángel que yo hube amado me dio el coraje y me prometió la vida.

No se atrevieron a matarme. No expondré las consideraciones de mi condena a muerte, obra de iniquidad y mentira; el papa conmutó la pena y yo ingresé en la vieja prisión de San Leo de Urbino. ¡Cuántas Bastillas sobre la tierra!

III El cordon de San Francisco

Desde que ingresé en San Leo de Urbino, no tuve más que una idea: escapar. No tardé en hacerme un amigo. ¡Hablo de ti, mi querido Pancracio! Pancracio, en efecto, tenía el aspecto de un compadre. Me inspiró confianza, y una buena mañana le propuse que me confesara; reconozco que no era únicamente por devoción; tenía una estratagema. En realidad él no confiesa mal. Pero era partidario de las correcciones corporales, y yo procuraba darle la razón.

–Nada mejor que una buena “fustigación”, – decía – para hacer entrar a las personas en sí mismas.

A lo que yo no podía impedir responder:

–¿Tenéis pues dos penitencias, padre mío? En cuanto a mí, el reproche que hago a ese tipo de purificación, es el cansancio que produce, cuando se aplica en solitario. Comprendo que se fustigue a los demás o que se haga fustigar, pero es penoso hacérselo a sí mismo.

Pancracio me dijo:

–¡Que eso no os detenga, hijo mío! Yo os fustigaré cuando os plazca.

En efecto, al día siguiente de mi confesión, ese digno Pancracio me ofreció administrarme los golpes de látigo que creía necesarios para la estabilidad de mi conciencia.

Desde el momento en que consentí, el buen padre desató la cuerda que le ceñía los riñones, una buena cuerda firme y sólida, tan adecuada para ajustarse a las espaldas como para uso de un carcelero. La plegó en cuatro partes y me propinó algunos golpes. Me tomé mi tiempo, le arranque el cordón de las manos, y saltando sobre el digno franciscano...

.....
.....
.....

Aquí se detienen las Confesiones del divino Joseph Balsamo, escritas por él mismo en la prisión de San Leo de Urbino. Nada más que una media página blanca, o más bien amarilla y arrugada como una mejilla de anciana, pues se trataba de un papel muy antiguo. Los demás papeles que nos había entregado Lorenza eran documentos de poca importancia; epístolas en verso dirigidas al conde de Cagliostro por poetas de distintos países; reseñas de reuniones masónicas, sometidas a la apreciación del Gran Copto; cartas de reconocimiento de miserables agradecidos o de enfermos curados por Joseph Balsamo. Desesperamos por desconocer las últimas aventuras del ilustre Mago. ¿Qué había ocurrido? ¿Había logrado estrangular a Frai Pancracio con el cordón de San Francisco? ¿Había huido? ¿Había sido capturado? ¿Estaba muerto o vivo? Pues semejante hombre, que decía haber visto a César en Roma y a Cromwell en Londres rechazar la corona, bien podría vivir todavía en el año 1848, y no solamente estar vivo, sino incluso mantenerse joven, pues si hubiese tenido canas, no habría dejado de inventar alguna tintura que lo hubiese rejuvenecido a voluntad.

Volvimos a visitar a la vieja bruja que había sido una joven maga. Lorenza nos dijo:

– Cuando los franceses entraron en Roma, en la época de su gran Revolución, – hace mucho tiempo de eso, – quisieron liberar a Joseph. Se hicieron abrir las puertas de su prisión; pero no se encontró más que el cadáver de mi pobre marido; acababa de

morir; es posible que haya sido asesinado. No sé lo que pasó. ¿Queréis que os diga la buenaventura? Por media piastras os echaré las cartas, y os diré si vuestra bella amiga os es fiel.

Ahora bien, en este época, nuestra bella amiga, como decía Lorenza, nos inspiraba tal confianza, – éramos muy jóvenes, – que nos hubiésemos creído injuriarla interrogando a la magia sobre su fidelidad. Abandonamos a Lorenza, dejando sobre su mesa unas pocas monedas francesas. Más tarde supimos que esa mujer, a quien Joseph Balsamo había pedido perdón por encontrar “incomparable” el seno de Nicole Le Guay, había muerto en el hospital San Cristóbal. Se enterró en una fosa común, aunque hubiese sido el amigo de varios príncipes y de un considerable número de obispos. Sobre su tumba banal, los perros errantes aúllan a la luna.

Estábamos en vísperas de abandonar Roma sin haber recogido ninguna información precisa sobre los últimos años de Joseph Balsamo, cuando el azar, – los novelistas siempre tienen esa buena fortuna, – nos hizo conocer a un joven “Monseñor” Que no tenía más que cincuenta y nueve años, edad de adolescente para un dignatario eclesiástico.

–¿Joseph Balsamo? – nos dijo. – Un brujo,¿ verdad? Creo que fue quemado. Pero no, no, ya me acuerdo, se le conservó vivo durante mucho tiempo. Tenemos esos zorros en nuestras jaulas; luego se juzgó a propósito... Sí, recuerdo muy bien lo que pasó. Fue un franciscano, llamando Frai Pancracio, que se encargó del asunto, y pienso que todavía se encontrará aun entre los archivos cardenalicios el informe de ese digno monje.

Esto exasperó nuestra curiosidad, y al día siguiente, el complaciente Monseñor, – lo hemos vuelto a encontrar después en Viena donde protegía, pero para convertirla, a una joven cantante que acababa de debutar en el Lohengrin, – nos entregó el documento que se va a leer y que servirá de conclusión a esta historia.

Ilustrísimas eminencias,

Por la gracia de la Santísima Trinidad y la de San Pancracio, mi patrón, la Providencia me ha elegido para ser el instrumento del más justo de sus decretos. Pueda el poco mérito de mi acto interesar en mi favor la divina clemencia y merecerme, en el día del juicio, el perdón de mis innumerables pecados!

Debo deciros, ilustrísimos señores, que experimenté un afecto muy sincero por el prisionero llamado Joseph Balsamo. No era en absoluto un hombre despreciable, al menos en apariencia, y yo lo habría estimado mucho si no hubiese sabido que el diablo – Santa María me perdone por haber pronunciado este nombre ¡– es hábil en tomar todo tipo de engañosas.

Pero yo conocía los ardides del Maligno, y por eso era con un placer mezclado con desconfianza como yo escuchaba al señor Balsamo hablarme de hermosas mujeres que él había amado, y al mismo tiempo de las nobles acciones que había realizado. Según las órdenes que yo había recibido, fingía creerle y que me había convertido a sus ideas; no testimoniaba incluso ningún resentimiento por la brutalidad que él había usado a mi respecto, poco tiempo después de su llegada a San Leo de Urbino, tratando de estrangularme con el cordón de San Francisco, del que me iba a servir para santificar su carne impura. Sí, confieso que quería muy tiernamente a ese pecador, tanto o más que él me entregaba frecuentemente dinero, – con el que yo daba limosnas. Tenía mucha confianza en mí, y no me alegraba de ello, pues me sería mucho más fácil sorprenderle cuando la opinión me fuese comunicada.

Transcurrieron varios años; yo continuaba siendo el amigo muy sincero de Joseph Balsamo, cuando – ¡abominación de las abominaciones! – los franceses, no contentos con haber invertido en Francia el orden regular de las cosas y de haber atormentado a los dignos sacerdotes de su país, entraron al son de las trompetas, en la Villa Eterna. Era de temer que la fantasía no les dispusiese a liberar a nuestro prisionero, el cual había predicho, se aseguraba, lo que esos impíos llamaban, "la era de la libertad y la igualdad". Fue entonces cuando recibí y cumplí con fidelidad la misión que me valdrá la misericordia de la soberana justicia.

Según lo que me había sido ordenado, entré en la celda de Joseph Balsamo, y como él me preguntase la causa del ruido guerrero que había llegado hasta sus oídos, le respondí que el tiempo de carnaval había llegado, y que se permitía al pueblo divertirse. Habría sido una inútil crueldad revelar al prisionero que sus amigos habían conquistado la ciudad y se disponían a salvarle, – en el momento en el que yo iba a hacer imposible su liberación.

Todavía lo veo. Estaba sentado ante una pequeña mesa de madera blanca. Escribía lo que él llamaba "sus confesiones". ¡San Pancracio es testigo de que me sentía profundamente conmovido! ¡Ah! Ilustrísimos señores, que difícil es cumplir el bien, y cuántas encrucijadas hay en la ruta del deber!

Por una piedad de la que tal vez sea sancionado, no quise matar el alma de Joseph Balsamo al mismo tiempo que su cuerpo. Sí, realmente, lo quería a ese pagano, y le dije:

–¿Creéis en Dios?

–¡Caramba!–me respondió

–¿Y en la Santísima Trinidad?

–Si eso puede hacerte feliz...

–Pues bien, si creéis en Dios y en la santa Trinidad, haced la señal de la cruz.

–¡Eh!–me dijo–¿Por qué no hacer la señal de la cruz, si es lo que quieres, mi querido Pancracio?

La hizo. Unas lágrimas de ternura me mojaron los ojos. Gracias a la señal redentora, mi prisionero, mi amigo, mi hermano moría en estado de gracia!

¡Gloria a Dios! Me precipité sobre él, de improviso, y con ese mismo cordón con él que él había intentado matarme, – pero el cielo es testigo de que no lo quería! – lo estrangulé. ¡Plazca a Dios que no haya tenido tiempo de tener ningún mal pensamiento! Cuando los franceses entraron en la prisión, les dije que Joseph Balsamo era objeto de toses y “estrangulamientos”, y que acaba de morir entre mis brazos.

Fue así como obedecí las instrucciones del Sagrado Colegio, y me atrevo a esperar que la Santa Virgen no me guarde rencor por la piedad tal vez excesiva que mostré en el cumplimiento de mi deber. Al mismo tiempo haré observar a vuestras Ilustrísimas Eminencias que el puesto de abad en el monasterio franciscano de Civita Vecchia está vacante, y que los religiosos de ese venerable claustro se someterían sin disgusto

Ilustrísimos señores,
Vuestro muy humilde y apasionado servidor.
FRAI PANCRACIO.

FIN